

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

Muñecas rusas

Enrique Humvol

Tomo I

Alberto López Sanjurjo

ISBN: 978-84-685-5392-4

Año de publicación: 2020

Editorial Bubok

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

+++

Advertencia del Escritor

Agradezco al Editor todos los esfuerzos que desplegó y aunó por aceptar publicar este manuscrito que, espero, sea del agrado del Lector, siendo el mayor propósito divertirlo tal como se hizo en una época no tan lejana en las páginas de La Forja.

El título original del presente es “Matriochkka v matriochkije” transcripción fonética del ruso al español. Pero debido a la ausencia de la enseñanza del ruso en nuestras tierras, de ningún entendimiento hubiera sido el título. Tuve que traducirlo al castellano, a mi pesar, y ponerle el nombre de “Muñecas rusas” que tampoco suena mal, en eso de acuerdo estoy con el Editor que aceptó de muy buena fe publicar el manuscrito.

Sin embargo, la transcripción gráfica no da cuenta de la realidad fonética. Efectivamente, la letra “b” en ruso no equivale a la letra “b” en español. Se pronuncia “v” y no “b” a sabiendas de que en castellano la “B” y la “V” ya no tienen diferencia fonética pero sí gráfica. El Sr Covarrubias me lo confirmó y en él nunca he dudado por ser ducho en el tema y por haber frecuentado a Enrique Humvol y más precisamente a su hija.

Pero, indudablemente, pierde uno la imagen visual que también es importante. Esa idea de la historia dentro de la historia. Quiero decir, cuentos, fábulas, en pocas palabras, ficción dentro de la ficción que sin embargo es también metáfora y metamorfosis de la realidad dentro de la realidad, por supuesto a imagen de las muñecas rusas que si bien son de madera y palpable, esconden dentro de sí otras muñecas que no son necesariamente la repetición de la que se ve, la más grande sino otros tantos espejos que se reflejan entre sí, de la más diminuta a la más grande o viceversa, depen-

diendo de la perspectiva que uno le da a las cosas o dicho de otro modo, de las apariencias.

Al salir de la muñeca mayor, uno le da el orden o el desorden o la forma que quiera o la fantasía de su gusto. No obstante y de ninguna manera, un orden es una orden. Indudablemente, las muñecas no son más que muñecas, escondites y placas posibles e imaginarias. En pocas palabras, juegos y apariencias. El lector lo dirá.

Además, tuve que tomar ciertas libertades con el manuscrito mismo dado que la colección completa de La Forja no la he encontrado. Los episodios que utilicé para redactar dicha obra no llevaban ninguna firma tal como lo quiso el autor pero dudo de que otra mano pudiese sustituir las del literato, habiéndome acostumbrado a lo largo de los años a su propio estilo. Asimismo, las numerosas manchas de tinta, erratas y desgaste natural del papel me obligaron a desplegar ciertas habilidades para mantener intacto, en la medida de lo posible, el hilo del relato.

Me permito agregar que por cuestión de volumen y grosor de la presente publicación, lo cual se entiende perfectamente, varios episodios no aparecen. El que tenga la edición completa de los episodios publicados en La forja se dará cuenta de ello y se formará su propio criterio.

Por último, he de advertir al lector que algunos pasajes, la verdad, una cantidad ínfima, tienen una caligrafía distinta a la del conjunto de la obra. El tamaño liliputiano de ellos se debe a razones meramente técnicas. Si alguna lupa fuese necesaria, de todas formas, mejor una que ninguna. Que dispense de antemano el lector la contrariedad ocasionada.

Criterio, juicio y discernimiento han sido los faros de la vida de Enrique Humvol, a quien mando un último saludo a través de la publicación de sus andanzas de las cuales no soy más que el padre putativo, siendo él, escritor de su propia vida que prefirió guardar el anonimato, el verdadero.

Por mi parte, no hice más que intentar darle nombre, semblante, rostro, silueta, pensamiento y movimiento. Espero haber acertado. El lector, a su vez, se formará su propia opinión.

Por último, confieso mi naufragio al igual que él de Enrique Humvol en lo que al rescate completo de su obra se refiere. Para mí, será un misterio para siempre.

Con la publicación de este libro, renace él,

E.H.

Isabel Roscón

+++

Advertencia del Impresor

Sé de mi oficio bastantes cosas como poner una letra tras otra sin equivocarme. Si a veces me Equívoco, la culpa puede tenerla la calidad del papel o las manos heladas que tiemblan o el ojo,

Quevedos uso recordando a Pedro Calderón de la Barca,

Universidades me encargan trabajos, dibujos y cumplo siempre con la misma dedicación.

Irreverencias encuentro a menudo por tan sabias que son y me enorgullezco de reproducir obras del Espíritu;

No quiere decir que todas sean escritos doctos porque ligeros los hay como las finas plumas de acero

En el papel, o plomo derretido en el molde que corren al ritmo de inspiraciones, impresiones

Sonidos, líras y musas. Incluso el soplo divino es delicado regocijo cuando el plomo no frena aires.

Respiraciones, respiros de la rima, pausas de estrofas, silbidos de letras en el paladar,

Encantan los oídos, incluso de los más reacios a las artes, llamadas bellas con razón, poesía, novela, Sátiras, teatro.

Como suele decirse, el Impresor exprime la esencia de la flor expresando la belleza de las letras tal la Anáfora del poeta o el ánfora del alfarero,

Tinta y barro

Aguas dulces y amargas

Ron

O

N

Aguanse los barcos como se aguan los sótanos, las cavernas y la cerveza

Escondidos en los arrecifes, los peñascos de donde salen cantos preciosos y hermosos;

Hércules

Columnas levantó en la búsqueda de esas voces

Acuáticas,

Blancas y cristalinas

Oropéles de montes o valles escondidos

Esteros y deltas dormidos

Sueños y somnolencias, soñolencias y ensueños;

La China es canto

Alteraciones de asonancias como el áspic en la lengua o debajo de la piedra

La princesa persigue por el cielo de Oriente

La libélula vaga de una vaga ilusión como un

A

V

E

+++

Advertencia de Autoridades

Su Ilustrísima sabe de letras y espadas como pluma aguzada y acero afilado,

Ilustrada es su Majestad, todopoderoso es su Imperio.

Hablar por hablar es lengua llana porque llana es la lengua

Averiguar por averiguar es lengua corta y corta lengua;

Bellas son las Artes cuando de caza no se trata

Las dianas son celosas, envidiosas, desconfiadas y rencorosas;

A casa mejor a orillas del fuego regresar que arder vientos al desamparo del Cielo,

Sello real es verdad, real cédula es ley.

Hijo de la Misericordia sabe poner un pie tras otro sin tropezar

Innato es su vía celestial

Jovial sigue su camino sin apartarse de la fe

O se seca el molino de agua que ni dará pan para el mañana.

Descuidado va el marinero sin brújula

Engaño encontrará y tal vez plomo

Poetas, ilustres poetas se dejaron vencer por el dulce canto de las musas y sirenas

*U*pando ilusorias bandéras

*T*odo lo que reluce no es oro

A cada quien su destino.

*L*etra tras letra poner puede confundir a cualquiera

A, la primera, como Arrepentimiento ninguno, *B* la segunda, como Bastón de ciego,

H como hacha

O como olvidar

R como recompensa

*C*antar las verdades a medias a veces fiere

A veces pierde sentido y sentimiento

*T*estimonios cantan solos, hablan de por sí, sin necesidad de corregir pruebas

*E*logios y no enmiendas agradan tanto a la pluma, al moldeador como a la estampilla real y al lector

*E*s la ley de la escritura,

*S*in ella, el reino de la discordancia.

*P*or esa razones y otras

*E*naltecer las obras del espíritu es oficio real y no fabuloso como castigar a las plumas deshonestas;

*R*enacer a los mediocres solo tiene sentido en vidas mediocres y plumas mediocres.

*A*cuerdo, Bendición y Caudal de S.M a dicho escrito.

UDI-DEGT-UNAH

Los vecinos

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

I

El señor Humvol era de temperamento tempestuoso y de carácter huracán. Nacido en la misma aldea que sus padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos, de linaje podríamos decir indócil e indómito tan pronto a la refriega como un gallo de pelea y a la fuga como un ciervo alunado, murmuraban los aldeaños que lo habían hechizado las gitanas golondrinas y sus maestros que era un bruto inepto tanto a las asignaturas fundamentales

y secundarias como a la disciplina y a la enseñanza de Dios. En cuanto a sus padres, que en paz descansan, suficiente faena tenían con las ocho criaturas siguientes para no fijarse en demasía en las travesuras y picardías del hijo mayor.

Enrique Humvol creció al ritmo de las estaciones, de la lluvia, del sol, de largos e infinitos inviernos, del frescor, de los caminos y senderos lodosos e impenetrables, de los abrigos de fortuna y de los lechos sin paja y también, de los rocíos y ríos primaverales, de los veranos y otoños deslumbrantes y abundantes. Nada le faltaba: solo vivía del aire y del campo y como solía decir él mismo: “digan lo que digan, a mí me vale un carajo lo que piensa la gente. Son unos cuantos estúpidos de mala calaña”. Mala leche, lo era por cierto y los rastros que dejaban no eran una mera leyenda ni una fuente de sosiego.

El cambiazo tuvo lugar cuando se murió su padre, carpintero de oficio. Este, para ampliar las arcas y darle de comer al rebaño familiar se había

ido por golpe de fortuna a buscar mejores sueldos a la comarca vecina y por golpe de desgracia, se resbaló del campanario de la iglesia. El vecindario juntó los suficientes reales para enterrarlo digna e cristianamente pero las malas lenguas siempre comentaron esa brusca caída como la señal de un maleficio familiar.

En efecto, el bisabuelo Eusebio Humvol, también de oficio carpintero, se había muerto al caer de un techo, no de uno puntiagudo y sacro por cierto, sino de uno plano y profano que abrigaba a las más maravillosas criaturas del mundo, carne de pecado por cierto, que Dios me perdone, pero carne de pecado divino, como los caudalosos ríos y los campos fértiles. Incluso cundió el rumor de posibles sombras beatas que pasaban, de trecho en trecho y de techo en techo.

La muerte de Eustasio Humvol, padre de Enrique Humvol le afectó más de lo pensado y previsto y éste se dio como cometida tan inesperada como ajena a su índole, velar por los intereses de

la familia. Nadie en la aldea supo interpretar ese viraje tan repentino. ¿Obra de Dios? ¿Nuevo embrujo de los gitanos? ¿Súbito apego a la familia? ¿Trastorno mental? ¿Hastío por la vida peregrina? Nadie tenía la respuesta y si se le hubieran preguntado a él mismo, tampoco habría dado alguna, dado que ciertamente, no tenía ninguna.

Lo cierto es que Enrique Humvol había cambiado y nadie podía dudar de ello, ni sus más acérrimos contrincantes que se contaban por decenas y Dios me es testigo de ello.

Enrique Humvol se puso a labrar con ahínco los pocos solares que había heredado la familia, dejó de ir a la taberna, empezó a cuidar de sus ocho hermanos con tanto cuidado y ternura que ni su madre se lo podía creer. Nadie se explicaba ese cambio brusco. Incluso empezó a darle a ella parte de los reales que sacaba de las cosechas y de su oficio de carpintero que ejercía cuatro veces a la semana, todos los días sin “r” por miedo a que lo castigara la mala suerte de la madera.

En efecto, su bisabuelo había muerto un martes, su padre un miércoles y su tío paterno, por cierto ebanista, un viernes. Pasaron las semanas, los meses y los años y Enrique Humvol nunca desmintió en ningún momento su nombre y fama creciente de patriarca y trabajador incansable en pro del beneficio familiar y ajeno. Incluso regaló unos acres de tierra a unos harapientos desconocidos que vinieron a afincarse en la aldea que, con el transcurrir de los años, se convirtió en barrio capitalino con aires y ribetes campestres.

En dos décadas, Enrique Humvol tuvo que ingeniárselas y batallar firme para a la vez preservar y consolidar el patrimonio familiar ante la embestida de los promotores inmobiliarios apoyados en las constructoras, los planes y planos de las alcaldías del municipio y de la ciudad capital que se movían a un ritmo desenfrenado. En esa fiebre especulativa intensa en que iban intrincándose los intereses privados, públicos, particulares, políticos y religiosos, estos últimos en competencia con

la aparición de los primeros bancos y casas de crédito, la aldea se convirtió en una olla hirviente en la que cada quien, llevado por los rumores y los reclamos publicitarios, quería o se imaginaba sacar una buena parte del pastel. Y se servía un banquete de postín para que así fuera.

A los menos incrédulos, solo les quedaba resistir y esperar. Fue, entre otros, el caso de Enrique Humvol y de su familia. Y fueron necesarias la serenidad, la sabiduría, la astucia y la experiencia de Enrique para preservar la calma en medio de la tempestad ya que en esos años, eran moneda corriente las tentaciones, las seducciones y los artificios sabiamente alimentados, sustentados y cultivados.

Esos años fueron años de indescriptible alboroto en que se mezclaban jugadas, lucro, usura, negocio, ventas, compra-ventas, recompras y reventas, subibajas de precio en tan solo un día, éxitos tan fugaces como quiebras y bancarrotas tan repentinas, cambios incesantes de dueños y de activida-

des comerciales e industriales y en que los abogados desempeñaron un papel clave.

En esa gran olla podrida, la desenfrenada corrupción y las ruinas de particulares que presencié en carne propia Enrique Humvol y su familia, fueron silenciadas o maquilladas. Después de esas dos décadas frenéticas de fortunas e Infortunios, la calentura fue bajando poco a poco, y empezaron a apaciguarse los ánimos.

La familia se había agrandado y Enrique Humvol como sabio soltero supo desenredar los más intrincados pleitos familiares y vecinales para no deshacer lo que había conseguido a lo largo de tantos años. Y altercados, querellas, riñas, quejas y reclamaciones los hubo y a granel y de toda clase. Hasta disputas, litigios y demandas, de verdad y de mentira. En efecto, esa labor ardua y solitaria, a paso de buey, terminó por despertar codicias, apetencias, celos, envidias, rencores y rivalidades de las más triviales hasta las más exóticas en la aldea-ciudad-capital que ya se había ex-

tendido hasta las orillas de los dos ríos, formando un estuario de prosperidad.

UDI-DEGT-UNAH

II

Todo había crecido: los barrios, las rancherías, las cuarterías, las colonias y los suburbios. Incluso el centro histórico era irreconocible: había absorbido el antiguo barrio Linche, el más famoso de entre todos, donde ejercían los artesanos del cuero, del oro, de la plata, de la piedra, del yeso, de la madera, del ladrillo y del barro. También había engullido tres barrios más: el barrio Caballerizo mayor, el barrio Gámbaro y el barrio Maná.

El barrio Caballerizo mayor era él de los herreros y fundidores. Tenía tremenda fama por ser muy peligroso tanto de día como de noche. Allí se fabricaba y se vendía todo tipo de armas: espadas, vizcaínas, sables, navajas, arcabuces, pistolas de todo calibre, pólvora, hasta cánones y balas de cánones. El barrio Gámbaro era él de los alfayates y sastres, modistas y costureros, y sombrereros, maestros en el arte de adornar las cabezas, de las pelonas hasta las más cabelludas así como las plumíferas y las frutales, al que solía acudir gente de etiqueta para hacerse indumentaria a la medida. El último barrio que se había tragado el centro histórico era el barrio Maná, el barrio de los vidrieros, muy reputado, desde siglos, por fabricar espejos de diferentes formas y tamaños y cuyos maestros se enorgullecían de tener sus obras expuestas en los antiguos palacios de las principales capitales del Nuevo mundo.

Las tiendas de comestibles se habían reagrupado, consciente o inconscientemente, alrededor de los

varios mercados cuando hacía tan solo dos décadas existía solo uno: el mercado central, no muy lejos de la catedral. Pululaban las tiendas de frutas y verduras, los puestos de crema, queso, quesillo, leche agria, las fritangas, las ventas de carne y pescado, mariscos, las pulperías de abarrotes, de ultramar, con miles de especias e infinitas aromas, tiendas de tisú, paños y lencería, trajes y vestidos de última moda y modas más antiguas para damas, caballeros y niños, comercios de bisutería, de polvos de la madre Celestina, tiendas de utensilios de cocina, salones de belleza y salas de billares y boticas, en fin, un sinfín de negocios y establecimientos de toda clase.

Se habían ampliado y reformado el asilo de ancianos, las carreteras, los puentes, las instalaciones fluviales, el palacio de leyes, la casa de gobierno, el centro de recaudación, el cuartel militar y las tiendas, talleres y fábricas que se dedicaban a las actividades marítimas. Todo, todo había crecido. Incluso los sobrinos, los hermanos, los tíos, el pelo

canoso de Gertrudis, esposa de Eustasio que se lo enrollaba en un moño monumental en forma de caracol por encima del que lucía una estrella de mar.

En un destello de luz, Enrique Humvol tuvo la impresión fugaz de que vivía en un mundo que ya le era ajeno. Estando a orillas del mar, trazó una raya en la arena movediza, miró el movimiento de las olas, los barcos de pesca que regresaban al estuario dibujando serpentinas estelas, las lucecitas de su aldea y decidió marcharse para siempre.

III

El callejón sin salida en que siempre moró la familia Humvol, no muy lejos del camposanto, siempre fue una callejuela alegre aunque sin salida. En ella vivían la familia “Cuervos” así apodada por ser el padre sepulturero en jefe y confidente de la guardia, la familia “Cal” por ser el padre cantero y picapedrero cuyo verdadero apellido era Fuentes y las familias Cabrera y Rodríguez, carne y hueso con los Humvol.

En esa callejuela bulliciosa pero no en demasía, olorosa a diario, había abierto la familia Cabrera

una tienda de comestibles que se hizo muy famosa por vender a mediodía los pollos rostizados entre los más ricos y sabrosos de la capital.

Al atardecer, en las aceras esquineras, los adultos y ancianos sacaban sus sillas y abuelitas para conversar a la sombra de los árboles mientras los pilluelos del callejón se ponían a jugar o se sentaban en el suelo viendo pasar los transeúntes, los carreteros, las mulas, los jinetes y carruajes.

-Cuando yo sea grande- decía el uno- me compro un coche como ése.

-¡Qué coche más feo y más angosto! - contestaba otro.

-Yo mejor me compro una limosina tirada de seis caballos negros y así puedo viajar por todo el país con todas las comodidades.

-¡Ustedes son unos holgazanes!" -opinaba otro-. A mí me gusta más montar a caballo. Es más divertido y puedes pasar por todas partes incluso

por las veredas más angostas y estrechas como la que une la plaza San Miguel al mercado.

-Claro - contestó otro -. Así puedes deshacerte de la guardia en un dos por tres o cruzarte un río sin problema mientras que con un coche, estás frito, papito. Te quedas ahí en medio, embarrado para siempre.

-¡Miren! – Ahí viene don Miguel con su carretón de frutas – dijo uno de ellos.

-¿Qué hacemos? - preguntó otro.

-¿No les apetecen unas mandarinas? – contestó con otra pregunta el mayor.

-Ni una pela tenemos, loco.

-No importa – dijo el mayor. Vamos a improvisar. ¿Quién viene conmigo?

De los cinco, dos se apuntaron.

-¡Hola, don Miguel! ¿Cómo esta? ¿Y las ventas?

-Como de costumbre, hay días buenos y malos.
¿Qué les ofrezco?

-¿Cuánto vale la mandarina?

-Un peso.

-¿Un peso? ¡Qué caro! Por ese precio, en el mercado no dan media libra.

El mayor hizo una seña a sus amigos para que siguieran la plática con don Miguel. Se acuclilló e hizo como que atara los cordones de su zapato mientras agarraba cuidadosamente por debajo del carretón, unas mandarinas que estaban en cajas y las iba metiendo en sus bolsillos. Luego se incorporó y volvió a platicar con don Miguel que se mostraba intransigente.

-Bueno, chicos, no voy a perder más tiempo. Si no les parece, me voy.

-Demasiado caro, don Miguel, ¿no nos puede hacer una rebaja?

-Adiós, niños - dijo don Miguel irritado y prosiguió su camino empujando el carretón.

Y los tres chavales volvieron a sentarse en la acera esperando que se alejara don Miguel para comerse las deliciosas mandarinas viendo pasar a la gente. Con el paso de los coches que temblaban las paredes de madera de las casas y el ruido callejero, los sones y las voces se perdían. Los pilluelos, para quienes a esa hora, el tiempo siempre transcurría demasiado rápido, solían aprovechar el bullucio para ganar unos momentos más de tranquilidad y libertad. La primera en llamar a sus hijos era doña Albertina: “¡A comer!” - gritaba a voz partida – “¡A comer niños! ¡Si no llegan en seguida, se van a la cama sin cenar!” La mayoría de las veces, dona Albertina tenía que salir de la casa para ir a buscar a sus hijos que fingían no haber oído sus palabras.

Además de la bulla ordinaria, dejaban las moradas pasar las voces como si estuviera uno en casa de otro, obligando cada quien a susurrar como si

estuviera en un convento. Así fue cómo el vecindario se dio cuenta del romance que tuvo Pascual “Cal”, ya casado, con Isabel, la mayor de las hermanas Humvol.

Al comprobar los hechos, no escuchó Eustasio los consejos de su esposa Gertrudis que quería apaciguar las cosas impidiéndole a la hija que saliera de casa y dejando pasar el tiempo. Tal como un gato bravo siguió Eustasio a Pascual Cal al salir de la fábrica de ladrillos y aprovechó la única calle desolada a esa hora del anochecer y en un abrir y cerrar de ojo, lo hizo entrar en razón. Dicho y hecho. Ni dilató cinco minutos el encuentro. Es verdad que Eustasio Humvol era disuasivo no solo por su complexión física sino por el manejo ofensivo de la palabra. Y al domingo siguiente, Pascual Cal y su esposa dejaron para siempre el callejón, la ciudad y la comarca. Nadie supo nunca a ciencia cierta lo que pasó. La familia Cal no opuso ni la mínima resistencia a la brusca y repentina salida del hijo y de la nuera y la única

que, de verdad, lamentó y sufrió en carne propia la partida de Pascual fue Isabel Humvol que a punto estuvo de hacerse monja. Los lazos entre la familia Fuentes y Humvol se rompieron para siempre. Un saludo de la mano, una inclinación de la cabeza, un buen día de vez en cuando y nada más. Algunos años después, la convivencia vecinal se puso aún más difícil.

IV

Los “Cuervos” cuyo verdadero apellido era Mesa, pusieron el callejón patas arriba. Eso pasó, si bien recuerdo aunque ahora me falla la memoria más a menudo, un fin de semana, un año después del terremoto, cuando los periódicos conmemoraron dicho evento durante una semana completa con titulares más gruesos los unos que los otros y fotos de cadáveres que inundaban las aceras y los ríos como si estuviéramos reviviendo la catástrofe. Solo faltaban los olores de los cuerpos putrefactos. A mí nunca me gustó ese tipo de prensa por su carácter malsano y vulgar que solo busca vender y exponer a ojos de todos la morbosidad más

vil del ser humano. Lo que pasó pasó y ya. Esos artificios siempre me hicieron pensar en la inmoralidad de las beatas que se golpean el pecho siendo las más hipócritas que parió la tierra, que Dios me perdone.

La casa de los “Cuervos”, conocidos en el barrio entero y más allá por ser muy creyentes y alabándose de tener entre sus antepasados ilustres personajes de fe, tanto plebeyos como aristócratas, se despertó al cantar de los gallos, con la casa vacía. En eso sí, mi memoria no me falla. No fue por culpa del terremoto sino que fue después de éste cuando tuvieron que dividir la casa en tres: una parte terremoteada con techo hundido, dejada a la intemperie mientras se recuperaba la familia económicamente, una parte amplia para la cocina y el comedor y una parte para los cuartos de dormir. Ese día, a Cecilia Mesa, la madre, tras unos gritos desgarradores que despertaron a media manzana a la redonda, le agarró un patatús y tuvo que intervenir el cuerpo de bomberos con bo-

cinas para sacarla de la cocina completamente vacía en medio del tumulto vecinal que se había armado. Ni un tenedor, ni un sartén, ni una cacerola quedaban. Cecilia divagaba en la camilla de los bomberos, pensando en voz alta que los utensilios de cocina, las mesas, sillas y hornillo se le había sepultado el terremoto. Estaba en un estado de conmoción severa. Tenía temblores fuertes, daba sobresaltos y se agitaba sin cesar moviendo los brazos y las piernas de forma brusca y violenta. Tuvieron los bomberos que amarrarla para que no se cayera de la camilla. Aun así, permanecía ella en un estado convulsivo y su semblante lívido y cadavérico infundía terror alrededor de ella.

El marido Diego, los hijos, Sebastián, Patricio y Helena estaban en torno a la camilla persignándose y rezando para que volviera en sí la madre y reaparecieran los objetos de la casa. Se postergaban y alababan al Señor todopoderoso en un fervor endemoniado. Parecía una escena apocalíptica.

ca como si el demonio se hubiera posesionado de toda la familia.

Pero nada, nada se produjo. Ningún milagro. Después de quedarse un rato, los bomberos se fueron disparados de la casa de los Cuervos, llevándose a la poseída que aullaba a gritos partidos.

Solamente volvió en sí Cecilia un mes después, tras quedar internada en el hospital de las Jerónimas. Incluso el padre, por reflejos profesionales, me imagino yo, había empezado a cavar la tumba de su propia esposa pensando que Dios ya la había llamado. Ese día perdió la fe para siempre y sus largas súplicas pronto se convirtieron en imprecaciones.

Durante varias semanas, la vida del callejón fueron delirios y alucinaciones, alimentados por los rumores, cotilleos, susurros, murmuraciones más descabellados los unos que los otros. Cada quien sospechaba de cada quien. Fue un verdadero infierno como si el callejón estuviera poseído por los

mil demonios. Entre los interrogatorios de los policías, los disparos de los periodistas, los vaivenes de los religiosos que daban a Cecilia por muerta y el sinfín de curiosos que merodeaban por el callejón, nadie podía quedar a salvo. Nadie podía vivir en paz. Pero si volvió el sosiego al regresar Cecilia, no regresó la paz.

Durante meses y meses cada quien se hacía la misma pregunta: ¿Cómo pudieron robarle a la familia Cuervos todas sus pertenencias mientras Cecilia, Diego, Sebastián, Palomita, Helena y Patricio estaban dormidos? La respuesta llegó años y años después, cuando desahuciado Diego Mesa, uno de sus hijos, en una charla amistosa y bastante roneada con Enrique Humvol, se le zafó a aquél, que existía una cuarta parte de la casa escondida tras los palos de mango, una especie de hangar donde él llegaba a besuquearse con sus novias. Con el paso del tiempo y el hablar de las enamoradas, se supo que la familia Mesa, apodada “Cuervos”, había engañado a todo el callejón,

simulando un robo que ellos mismos habían organizado. Se beneficiaron de la solidaridad de los vecinos y mucho más, hasta la del gobierno que aprovechando la oportunidad de una familia ejemplar y desamparada exigió ante la prensa mano dura contra los ladrones, delincuentes y vagabundos y nuevas leyes para perseguirlos.

Incluso apareció Cecilia Mesa encamada y rodeada de todos sus hijos, junto al alcalde y al Presidente de la República ante bultos gigantescos, paquetes y cartones en los que se podía ver utensilios de cocina, sillas, armarios, cómodas, ropa, colchones, sábanas, sobrecamas, herramientas, materiales de construcción etc. etc. Todo nuevo, nuevecito. Incluso en una foto, se le habían olvidado, o no, quitar la etiqueta de la casa comercial que le había regalado la cama.

Así que ese asunto bien feo que fue ocultado por molestar a mucha gente terminó por enemistar al callejón con los Cuervos. El padre no tuvo la suerte de disfrutar de esa nueva vida pero sí Ceci-

lia y sus hijos que vivían felices en una casa restaurada con gusto y equipamientos del hogar de última moda.

Enrique Humvol se guardó el secreto sin comentarlo con absolutamente nadie. Hizo como que nada pero nunca más volvió a confiar ni en un solo Cuervo aunque era de conocimiento público que Palomita estaba enamorada de él. Para él, esa familia se había convertido en gente obscena y pérfida si ya no le eran antes, pensaba él. Y recordaba con decepción y asco los momentos amenos pasados con ellos y en particular con Palomita.

Esa vuelta a la tortilla que había dado la familia Mesa sin que nadie supiera a ciencia cierta lo que pasó, sembró apartamento, desconfianza, recelo y temor entre los habitantes del callejón menos en la mente y las manos de Rosita Rodríguez, la tortillera, que siempre husmeó la falsedad y doblez de los Cuervos.

v

Por la mañana, muy de mañana, Rosita Rodríguez solía salir a recoger la ropa de plancha en los barrios ricos con sus dos hijos Celestino y Juan, quienes le ayudaban a cargarla de regreso en cestas de mimbre. Un día, al ver lo agotador y penoso de esa faena, Celestino le preguntó a su madre: “¿Por qué no viene la gente rica a dejarle la ropa a casa, que sería más fácil?” La madre, tartamu-

deando ante la audacia de su hijo, de tan solo siete años, le contestó:

-Vos te pareces cada vez más a tu padre y terminarás como él: amante de las letras y los bolsillos vacíos. ¡Mira, hijo! Te voy a decir una cosa: con los ricos, no te metas. Los ricos son los ricos y si quieres trabajar, mejor callar y no hacer ninguna pregunta. Así ganarás tus realitos y nadie te molestará.

A celestino que no tenía pelo en la lengua se le soltó la siguiente réplica:

-Yo creo, mamita, que nos tienen miedo.

-¡Cállate hijo! ¡Qué nos van a oír! Deja esas babosadas y cumple con tu deber: ¡Cárgame esa ropa! y ¡te callas! por favor. No quiero escuchar ni una palabra más o terminarás en la cárcel como unos amigos de tu padre que a veces me pone los nervios de punta de tanto hablar de Revolución.

*-Mamita - dijo Juan, el menor de cinco años,-
¿Qué significa Revolución?*

*Dios mío, pensó la madre entre sí, agotada, me
van a matar.*

*-¡Fuera de casa, niños! y ¡Vayan a entregar esa
ropa en vez de decir estupideces que en nada les
concierno! -farfulló Rosita- Ya no les quiero ver
en casa. Me hacen perder el tiempo y los nervios.
¡Váyanse ya!*

*Los dos niños se fueron con las cestas llenas de
ropa planchada y Rosita prosiguió su labor en si-
lencio.*

*Rosita era una mujer sencilla, humilde y trabaja-
dora y no le gustaba para nada meterse en líos
con nadie. Cuando surgían problemas con los ni-
ños en la escuela o en el barrio, usaba de mucha
paciencia, artimaña y añagaza para sortearlos.
En el fondo, era muy pedagoga sin haber tenido
la suerte de estudiar. De joven, sus padres, de
condición muy humilde, la pusieron a trabajar*

como criada en casa de gente acomodada. Hizo de todo: lavar pisos y ropa, fregar platos, hacer las camas, barrer, barrer y barrer hasta el anochecer. Y en sus momentos libres o cuando los amos se ausentaban, ejercía de niñera. Solo regresaba a casa una vez por semana. La paga era escasa y tenía que entregársela a sus padres. Solo le quedaba con que comprarse algunos vestidos de vez en cuando y tenía que pedirle permiso a su madre. El encuentro con Héctor Hipólito fue como una liberación. Lo amaba y le permitió salir del yugo familiar que, con los años, le pesaba cada vez más. El llegó como una hormiga voladora que anuncia las lluvias. Después de casados, ella se pasó a vivir a su casa. Siempre supo que la gran vida no era para ella y eso no le importaba. Estaba feliz con su marido y le ayudaba como podía, planchando ropa. Al menos tenía la satisfacción de aportar algo y de no quedarse de brazos cruzados. Con él, aprendió a leer y a escribir y en sus tiempos libres, empezó a tomar gusto a la lectura, hojeando libros y periódicos de su marido que en-

contraba aburridos y prefería mil veces más las novelas sentimentales y de aventura.

Estaba leyendo una de ellas, recostada en la cama, cuando regresaron los hijos. Dejaron encima de la mesa, las tres cestas de ropa, tomaron un fresco y se fueron a la calle. En eso, entró el padre Héctor Hipólito con su cartapacio de cuero en mano y pipa en boca. Doble H., de oficio profesor de letras de secundaria, tercera promoción del municipio, oficiaba en San Judas. En aquel tiempo, expresarse libremente no era cosa sencilla. Tanto él como sus amigos lo sabían a sus costas y el humo podía convertirse fácilmente en volcán en irrupción. Héctor Hipólito Rodríguez, apodado por sus amigos Doble H, era muy mesurado y prudente y sabía que los vientos eran favorables pese a la propaganda de los sucesivos gobiernos. Nada está asegurado y nadie está a salvo, solía decir en su fuero interno.

Héctor Hipólito se acercó a su esposa que estaba triturando la masa de maíz para hacer tortillas y

se levantó para echar leña al hornillo. Luego se fue a tomar una cerveza que estaba en la despensa en una tinaja de agua fresca.

-¿Qué tal el día? - le preguntó a su esposa, medio bostezando.

-Bien, - le contestó ella. La rutina.

-¿Y a ti cómo te fue?

-Bien. La rutina.

-Quiero decirte una cosa- le dijo Rosita nerviosa- ¡Deja de meterles cosas a los niños en la cabeza! Algún día, nos van a echar presos.

A Doble H. le entró una carcajada torrencial y la espuma de la cerveza le chorreaba como si tuviera espuma de circo.

-¡Qué quieres!, Rosita mía -contestó él- dándole una palmada en las nalgas. Los hijos son los hijos y hay que dejarlos soñar. No son más que niños.

-Estoy de acuerdo – dijo ella – pero vos deberías de dejar de hablar de temas inapropiados ante tus hijos. No son más que chicuelos.

-Yo nunca hablo de esos temas inapropiados con ellos, como dices vos, son ellos los que oyen cosas en la calle y las comentan a escondidas entre amigos. ¡Mira! hembra, entre estos temas inapropiados está la posibilidad para personas como vos, de expresarte libremente, como mujer, y también de ganar un salario digno y que la gente te respete. ¡A dónde vamos con una paga de docente, los reales de la plancha y la venta de tortillas! Vos estás cada día más agotada. Los hijos ahora van a la escuela de vez en cuando y los necesitas para ayudarte. Y de descansar ni hablar. Una semana al año para ir al campo donde los suegros. ¿Qué nos espera? ¿La horca? o ¿Morir de agotamiento? Escoge vos. Yo nunca callaré. Nunca me doblegaré. Esos hijos de puta tienen que respectarnos. Así será – dijo con voz seca y firme Doble H.

-No hables así, por favor, Héctor Hipólito, me das miedo. Sabes que yo te amo y no quiero que nos pase algo.

En eso llegó la primera clienta del atardecer, doña Alba.

-Buenos días, tórtolas. ¿Qué tal están?

-Bien gracias, dijeron en coro las tórtolas.

-Rosita. Deme ocho tortillas por favor.

- Un momento -dijo Rosita al sacar de entre la toalla humeante las tortillas. Van cuatro, seis, siete... Falta una. Te la preparo en seguida.

Doña Alba se sentó en la misma abuelita que de costumbre, en el porche de la casa y se puso a sonreír.

*-¿Qué le pasa doña Alba? - le preguntó Doble H.
¿Algún recuerdo de novio?*

-No, hombre. A mi edad, esas cosas son del pasado -dijo ella- burlona. Me estaba riendo por los temas inapropiados.

Rosita se puso pálida y casi se atragantó.

-¿De qué está hablando usted? -Le preguntó Rosita.

-De nada – contestó doña Alba. De nada...

Hubo un silencio mientras Rosita estaba haciendo la octava tortilla.

-¡Qué atardecer más fresco! - Le dijo Rosita - Sentir la brisa de la noche me encanta.

-Sí - le contestó doña Alba - Pero sería más bonito él entre luces sin los murciélagos.

-¿Murciélagos? -Preguntó Rosita.

-¡Cómo no!- dijo doña Alba- Murciélagos fruteros y murciélagos vacunos.

-Como los temas inapropiados y los chupasangres del gobierno— replicó socarrón Doble H.

-Tome su última tortilla – cortó Rosita- y ¡Buen provecho! Salúdeme a Marcelo, a sus hijos y nietas.

-Vos con tus tonterías pareces burro. Tu sentido del humor me aflige – dijo enojadísima Rosita.

Doble H no se inmutó, esbozó una mímica de contento y se fue a buscar otra cerveza. Estaba viendo jugar a los niños por la calle y recordó escenas de su juventud con Pedro y Enrique, sus dos mejores amigos que seguían visitándolo después de tantos años de conocerse.

VI

La vida en el callejón sin salida tenía sus altibajos pero era una vida divertida como jugar a la rayuela. Era una vida llena de sorpresas y de golpes repentinos como el regreso de Enrique Humvol a quien todo el mundo creía muerto desde hacía años y años.

La rutina era tan fuerte, los problemas tan presentes que uno se enfrascaba en lo cotidiano sin

darse cuenta de que iban pasando los años a una velocidad tremenda.

Enrique Humvol regresó un buen día como si nada. Tan solo habían pasado nueve años. Ni un año más ni un año menos. El callejón entero lo encontró a Enrique mucho más extrovertido, más decidido, más comunicativo e incluso su aspecto físico había cambiado: su tez era mucho más morena, curtida por el sol, esculpida por la sal y el pelo mucho más crespo y claro. Era más fornido y chaparro e incluso llevaba un anillo de oro en la oreja como los piratas, lo que no dejó de causar sorpresa e interrogantes entre la gente que lo conoció tan serio, casero y apegado a la familia después del cambiazo.

Todo el mundo lo había olvidado y su regreso tuvo los efectos combinados de una borrasca mágica, de un huracán fantástico, de un diluvio maravilloso que se abatió en el callejón y arrasó con la rutina instalando la mar en la ciudad y la ciudad en la mar.

Nosotros, los del callejón, éramos los privilegiados de sus relatos tan increíbles como verosímiles. Contaba Enrique con tanta pasión, ardor y entusiasmo su vida de marinero mercante por el mundo entero, que todos los jóvenes del callejón y de las afueras estaban listos y decididos para alistarse en la marina mercante. La sed de mar, de aventuras, de ron, de ballenas, rorcuales, tiburones, tortugas gigantes, pulpos descomunales, de horizontes infinitos sin ver nunca la tierra, navegando solo entre mar y cielo, invadió la mente de cada quien hasta el punto de que se pusieron de moda el porte de un anillo brillante en la oreja, los tatuajes, las banderas de pirata en los techos y hasta las pintas de calatrava en las fachadas.

Las calles circundantes eran como las rutas secretas que llevaban a algún tesoro. Islas, brújulas, flechas, estrellas, plumas, sables, sirenas, barcos, conchas, barricas, botellas, monedas y tantos emblemas y signos secretos empezaron a poblar los muros y a perderse por la ciudad entera. Hasta se

encontraron rastros de ellos en las ciudades del sur.

Exactamente un año después, se celebró El día de los Piratas. En un acto solemne, El callejón sin salida, en sentido amplio, fue rebautizado entre aplausos, vítores, vivas y hurras de sus ocupantes disfrazados de piratas. La mayor parte andaban con cintas o pañuelos en el pelo, otros con piernas de madera y otros con una cinta cruzada por la cara para disimular la pérdida de uno ojo. La mayoría de ellos andaban desnudos cinturón para arriba o vestidos de tan solo un chaleco en el torso de tal forma que se les pudiera ver las numerosas cicatrices y tatuajes. Daban vueltas sin cesar levantando sables, espadas y navajas de madera y gritaban en coro: ¡Piratas, somos! ¡Piratas, vamos! ¡Piratas somos! ¡Piratas vamos!

Luego, según el plan elaborado en secreto por la piratería del callejón sin salida, dos columnas de piratas formaron filas delante de la puerta de la

casa de Enrique Humvol en una tumultuosa algarabía esperando su salida.

Al inicio Enrique Humvol, tan acostumbrado a la vida del callejón, ni se molestó en abrir la puerta. Estaba relejendo unos folletos que había escrito al regresar al callejón y la verdad es que no quería que nadie lo perturbara. Había días así en que quería estar solo sin que nadie lo molestara ni siquiera su propia familia.

Pero ante la insistencia de los golpes, no tuvo de otras. Al abrir la puerta, un enjambre de piratas invadió su casa y lo sacó de su escritorio como si estuviera volando por los aires. Atónito e incrédulo, Enrique no tuvo más remedio que dejarse llevar por los piratas tal como un personaje carnavalesco más cuyo mundo enigmático iba viendo florecer por los muros de la ciudad. Y se dejó conducir, alegre y divertido, hasta la gran barrica.

De golpe, vino el silencio total que incluso impresionó a Enrique. Todos los piratas que llenaban el

Callejón estaban inmóviles y silenciosos. Ni uno se movía. Ni uno hablaba. Era como si estuvieran esperando desde años ese momento tan sacro en el código de la piratería.

De repente, tres de los piratas se abrieron paso entre la muchedumbre y se fueron hacia las enormes barricadas de roble antes de subirse encima de ellas. Y dirigiéndose a Enrique con solemnidad y ceremonia, desenrollaron sus pergaminos y recitaron en coro, con vozarrones, esas inmortales palabras:

“Señor de los mares. Señor de los océanos. Es un día histórico para la piratería. Hoy mismo, el gran Señor Enrique Humvol del Callejón sin salida, el que dio vueltas al mundo, espanto vuelto a la realidad, hace un año hoy por hoy, va a cumplir, ante nosotros, el sacro juramento de los piratas y solemnizar ese acto, que quedará para siempre en la memoria de nosotros”.

Uno de ellos le dijo a Enrique que se subiera a la gran barrica para que hiciera el juramento de los piratas y corriera la cortina negra.

Enrique Humvol que acababa de dejar hacía apenas un momento su folletos y relatos marítimos, no sabía que pensar. Si reírse a carcajada, si regresar a casa y mandarlos todos al carajo o si sencillamente, seguirles la onda.

Enrique Humvol se ejecutó sin rechistar y entendió la solemnidad del momento. Se subió a la gran barrica y corrió muy lentamente la cortina negra con dos sables de oro cruzados.

Lentamente, se iba desvelando la placa dejando ver una tras otra las letras, entre los redobles de tambores y pínfanos. Al fin apareció el nombre completo: EL REFUGIO DE LOS PIRATAS.

Se rompió el silencio y Enrique Humvol hizo públicamente el juramento de los piratas de El Refugio en medio de un delirio jubiloso y aplausos frenéticos: ¡Piratas somos! ¡Piratas vamos!

Y toda la pelota coreaba: ¡Piratas somos! ¡Piratas vamos! ¡Piratas somos! ¡Piratas vamos! Y Enrique, entusiasta, repetía a su vez el juramento, aplaudiendo a la multitud que nuevamente le contestaba al unísono: ¡Piratas somos! ¡Piratas vamos! ¡Piratas vamos! ¡Piratas somos!

*Y empezó el baile alrededor de la gran barrica, sa-
bles, puños y pañuelos en alto en medio de cantos
y consignas que abrían ese nuevo mundo.*

VII

El naufragio del Comodoro me llevó a hacerme un sinfín de preguntas a las que todavía no he logrado responder. Esos años pasados en esa isla sórdida hablando conmigo mismo, agonizando conmigo mismo y mi despertar en una casa de pescadores, entre sábanas limpias y blancas con el aroma de una sopa de res son para mí cosas de otro mundo. Todavía no sé si estoy soñando o si vivo muer-

to como un fantasma. Mi fortuna de marinero mercante terminó un buen día hundida en la mar junto con mis compañeros de tripulación y encajaron en ese mísero islote de donde quien sabe cómo logré salir.

Pienso que esa pregunta me habitará hasta mi muerte. Los pescadores que me encontraron en la playa del estuario pensaron que era un cadáver más, tragado por el ron, los amores, las guerras, las maldiciones del mar. Me contaron que pasé encamado inconsciente y divagando más de quince días hasta que al fin abrí los ojos pensando que lo que veía era una alucinación más debido a mi estado agónico.

He vuelto a encontrar el Callejón sin salida. Nada ha cambiado. Me siento muy alegre, muy contento. Gozo, me deleito con cada instante de la vida, me regodeo con lo que me rodea y me satisfago con las cosas que tengo: una casa que me da con que abrigarme, unas tierras que me dan de comer y un caballo que me evade de la ciudad

cuando me place. ¡Qué más puedo pedirle a la vida! El otro caballo que tanto afecto le tenía por acompañarme durante tantos años, se murió de vejez. Ya me lo había imaginado en el islote, en interminables monólogos. Así que estoy de regreso.

Tal como me lo imaginaba nunca llegó hasta el callejón sin salida mi testamento ni una sola carta. Me alegra darme cuenta de que nadie de mi familia se apoderó de mis bienes como suele ocurrir a veces tanto en la vida real como en las novelas. La casa estaba en el mismo estado, bien cuidada y las tierras bien labradas. Incluso mis hermanos guardaron las ganancias mías de las ventas de frutas y verduras durante todos esos años de ausencia. Ese sentido de solidaridad y honradez me colma. Eso me conforta en la idea de que en la vida no todo es infortunio, que puede haber gente honesta y de eso ya me había dado cuenta en la marina mercante en la que me hice un montón de amigos. Y claro está, un montón de

enemigos también. Uno no puede llevarse bien con todo el mundo. Son cuestiones de afinidades y nada más.

El silencio lo aprendí navegando libre y preso en esa isla maldita. Mi cuerpo es testigo de ello así como mi alma. Siempre mantuve reserva y discreción con lo que pasó. Me refiero en particular al naufragio. Una vez en El Estuario, llegaron muchísimos periodistas más atrevidos los unos que los otros a hacerme preguntas durante largas semanas. Pero yo siempre supe desviar su atención y sus artilugios. Nunca quise decir nada acerca del Comodoro como si presintiera algo. Ellos se habían dado cuenta del hundimiento por la prensa internacional y mi llegada causó en ellos una excitación desmesurada e indecente tal como si fueran tiburones rodeados de sangre hasta tal punto que tuve que refugiarme durante una larga temporada en tierras de un tío, montado en Avispa y disfrazado de mujer.

En casa del tío Gabriel, encontré la paz necesaria para recuperarme y alejarme de todas esas sanguijuelas. Fue una estancia inolvidable. El tío Gabriel, casado cuatro veces, eterno enamorado a los setenta años, vive en un pueblo cuya fama se debe a la cría de ganado vacuno. Es un auténtico personaje con el que me hubiera gustado relacionarme mucho antes de alistarme en la marina mercante. Pero así es la ley de la vida.

En la finca de tío Gabriel, encontré a una mujer de la que solo conozco el nombre. Un nombre que nunca había oído mencionar antes. Yo lo oí como una palabra llevada por el viento. Se llama Orensia. Orensia es su nombre.

No nos hablamos. No nos dirigimos ni una sola palabra. La vi tan solo dos veces. Una vez durante la fiesta y otra vez, en el camino de regreso cuando irrumpió a caballo en una posta albergue perdida entre cañaverales. Si bien la última vez fue más que extraña y algo desagradable, es poco

decirlo, algo en ella me ha llamado la atención desde el inicio.

Es una mujer que tiene mucho encanto, un porte y una compostura natural que la llena de gracia y de garbo. En cada de sus movimientos, se desprende una generosidad y una liberalidad propia. Durante la fiesta de tío Gabriel, tuve tiempo de observarla. Puede ser que exagere pero no creo equivocarme. Se ve muy alegre, munificente, locuaz y expansiva. Varias veces, se cruzaron nuestras miradas y creo que también ella buscó la mía en repetidas ocasiones. Son cosas que se sienten y no creo engañarme a mí mismo.

De todas formas, no creo que tengamos la oportunidad de volver a vernos. Así es. Y tal vez, menos mal, porque también hay algo en ella que me perturba y me molesta y que no había notado en la fiesta pero sí, en la calesa de regreso a El Estuario.

Me pregunto cómo dos comportamientos tan distintos, dos facetas tan disímiles pueden convivir en una sola persona. En el coche, se mostró fría, distante, lejana y algo arrogante, lo que no soportó de una persona. La altivez suya y el orgullo suyo que manifestó en el viaje hacia mí, en particular, no encajaban con la imagen que me había formado de ella.

Pasé días y noches reflexionando al respecto. Y llegué a la conclusión que o bien algo había pasado entre la fiesta y el viaje en calesa o sencillamente que la actitud que mostró en el coche hacia mi persona no era más que apariencias.

Yo me inclino a pensar que la segunda hipótesis es la más factible. Quizás ella buscaba sencillamente esconderse detrás de una máscara para ocultar sus verdaderos sentimientos. Diciéndolo así, puede parecer algo harto orgulloso de mi parte, algo pedante e incluso presumido. Pero no es más que una hipótesis que, a todas luces, es imprescindible contemplar.

La última, no la quiero ni mencionar y se me tiemblan las manos al evocarla. Sería la peor y la más cruel de entre todas: que me haya equivocado del todo y que su verdadero rostro sea él de una señora creída, maliciosa, envanecida hasta el punto de haber fingido durante las fiestas.

Me niego rotundamente a aceptar tal estupidez y bobería. Nunca mi instinto en la materia me ha fallado.

Y si turbado estoy, ella también lo está.

Tío Gabriel

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

VIII

La finca de tío Gabriel estaba ubicada a orillas del río El Entrañable y su abundancia productiva me dejó incrédulo y estupefacto. En mis recuerdos de niño, era una finca aislada en un lugar desolado tal vez porque estuve solo allí y solo una vez, y me las pasé aburrido en ausencia de otros niños de mi edad. O tal vez porque me picó una serpiente venenosa que me provocó tanto temor,

pánico y dolor que inconscientemente, nunca quise volver a ese lugar inhóspito y amenazador que era, para mí, sinónimo de pesadilla. Por suerte, aquel día, tío Gabriel estaba al lado mío y de un machetazo, le cortó la cabeza a la serpiente para curarme. Incluso hizo del reptil decapitado un caldo de papas, yucas y zanahorias que, por supuesto, me negué a comer.

Todas esas visiones infantiles eran pues infundadas. La finca del tío Gabriel era una finca muy bonita, de una extensión de veinte manzanas de pasto, cinco de árboles frutales y dos de hortalizas con pozos y, El Entrañable cuyo curso pasaba por el oeste de la propiedad siguiendo su trayectoria hasta desembocar en el mar a unos cincuenta kilómetros de la finca.

Las tierras de Gabriel estaban ubicadas en la extremidad sur de un pueblo muy bonito flanqueado de lomas, valles y bosques que desconocía. Al tío Gabriel lo veía a menudo en el Callejón sin salida y era gran amigo de mi padre. Siempre llevaba

carne y vituallas a casa. La muerte de mi padre lo conmocionó mucho y después, aunque quería a su hermana Gertrudis, sus visitas se espaciaron y nunca más regresó al morir mi madre.

Ni pude avisarle de mi llegada tan en apuros estaba. Ese día, el tío Gabriel vio llegar bajo un sol tremendo a una señora regordete con sombrero a lomo de mula, soplándose con un abanico y en la otra mano, las riendas y su sombría. Perplejo y dudoso ante esa desconocida, el caballero le ayudó dándole la mano con mucha delicadeza sin ni siquiera hacerme preguntas. Tal vez por su edad y su vista corta, no se dio cuenta de inmediato de la superchería y me ofreció de buen grado su casa para refrescarme pensando tal vez que era una simple viajera.

Huelga decir que me había perfumado y maquillado, tal vez en exceso, para despistar a los periodistas. Al ver, según me contó y volvió a contar-me años después, ese retrato de muy mal gusto grotesco y pintarrajeado, se asustó y se puso a su-

dar a chorros preguntándose si era una señora que se había escapado de un circo, de un cabaret o de un manicomio.

Hasta ese momento había guardado el silencio. Y al oír el vozarrón de la extraña señora bufa y grotesca, el susto suyo fue tal que se descompuso completamente y se sacó del bolsillo un pañuelo para empaparse la cara o tal vez para escondérsela. Y dijo con voz tenue y meliflua: “¿Qué tiempo más maravilloso, verdad?”

Ese reencuentro con tío Gabriel dilató toda la tarde y buena parte de la noche entre carcajadas, tapas y cervezas. Al día siguiente, me levanté con el estómago en la boca. Ya se había ido tío Gabriel. Me había dejado una nota: “Mujer, la casa es tuya. Regreso como a eso de las cinco”. Me pasé el día entero entre el canapé y la hamaca del pasillo que circundaba la casa de madera, sin poder tragar ni una sola gota de agua.

Era una casa bonita, cuadrada, con techo de tejas de un solo piso pero con mucho espacio. El viento cimbreaba la cúpula de los álamos, robles y sauces en un dulce susurro que me mecía. Pasaron los días, las semanas y le encontré sabor a la vida campestre a la que no estaba acostumbrado.

Era un remanso de paz, tranquilidad, sosiego, dulzura y sencillez. Pues una cornucopia que siempre se me quedó guardada en un rincón de la memoria como ese día en que se hizo una tremenda fiesta en casa del tío. Un fiestón que duró varios días al finalizar las cosechas.

Si bien recuerdo, tío Gabriel había esperado la semana de vacaciones para que todo el mundo pudiera acudir a ella. Nunca me imaginé que uno podía ser tan feliz en la vida. No le hablo de las cazas que cada quien trajo consigo, de las tartas y tortas y otros manjares más deliciosos los unos que los otros. Cuando todos los invitados llegaron, las dos cocineras contratadas por el tío, dirigidas por Almendra, empezaron a llevar la cuenta

del banquete medio improvisado. Una decía, riéndose, al sacar la computación de aves de corral: “allí va uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis pollos, y la otra completando la interminable lista: “cuatro, cinco, seis, siete gallinas y dos, tres, cuatro, cinco chompipes”. Encarecía la otra: “cuatro, cinco patas de cordero y tres, cuatro, seis lechones”. La cocina y la antesala parecían la despensa de un restaurante y uno se perdía entre tantas vituallas y sacos de arroz, frijoles, papas, cestas de zanahoria, berenjenas, perejil, cebolla, habichuelas, ajo, chiles y plantas aromáticas.

Pero el colmo de los colmos fue cuando llegó como una furia Raimundo cuyo carretón chocó con la baranda de la casa contigua a la cocina. “¡Sáquenme toda esa mierda ya!” -Dijo sudado y con ojos de fuego Raimundo- “Yo no estoy para bromas. Aquí les traigo un ternero entero para asar. ¡Qué si no me lo ponen a rostizar ya, se me va a podrir y será por culpa de ustedes! ¡Llámenme de inmediato a unos mozos robustos y sólidos

para sacarme a esa bestia del carretón y cargarla”.

Entre la algarabía y el tumulto de los invitados que se había formado entre la casa y el jardín, unos sentados en sillas, sillones, bancos, otros en toneles por debajo de largas lonas tendidas entre los árboles frondosos y los niños jugando y corriendo al aire libre, se presentaron tres jóvenes para echarle una mano a Raimundo. Pero de tan torpes e inhábiles que eran los chavalos, se cayeron al suelo al sacar la bestia de la carroza. Entre risas, abucheos y bromas de la asistencia, volvieron a levantarse llenos de polvo y grasa, enfurecidos y encolerizados por la vergüenza y tal como en una lidia vacuna, levantaron y cargaron de una sola vez la bestia encima de su cabeza como si hubieran ganado un trofeo. Raimundo les abrió pasos para que depositaran la bestia encima de cuatro mesas que se había juntado. La curiosidad, las algazaras y el buen humor se propagaron entre los invitados que se fueron poniendo alrededor

de las mesas, vitoreando a no se sabe muy bien a quien, si a los mozos, por haber cargado la bestia, a Gabriel por haberlos invitado a comer la bestia o a la bestia misma por ser la vida misma.

Al anochecer, llegaron los mariachis y otra banda al día siguiente y otra banda al día siguiente. Fue de nunca parar como un sueño eterno, un revoltijo incesante, un torbellino de alegría y amistad, un vals embriagador y en medio: estaba ella, de cotorra blanca, tez morena y una susana de ojos negros en el pelo.

IX

La vida en el callejón sin salida se había apaciguado. El Comodoro ya era historia vieja. Y habían desaparecido los chupasangres tal como se lo había contado por escrito Pedro Cabrera a Enrique Humvol durante su ausencia.

Pedro, uno de los hijos de los Cabrera, era amigo de infancia de Enrique. Pero a diferencia de éste, él no se había criado en la escuela del monte,

sino en un colegio capitalino para bachillerarse. Luego gracias a los pollos rostizados de sus padres que habían abierto tres negocios más y a su abnegación en los estudios, pudo graduarse de ingeniero de caminos.

Ambos recorrieron medio camino sin perderse de vista jamás. Estén donde estén y pese a las largas distancias, mantenían el contacto. Así fue cómo se enteró Enrique Humvol de las bodas de su amigo en el país vecino algunos años antes del naufragio cuando Enrique Humvol zarpaba de mares en mares, del mar de Filipinas hacia el sur por el mar de la China meridional costeando Malasia e Indonesia. Pero pese a la confianza y amistad que tenía el uno por el otro, nunca le contó Enrique lo que había pasado con El Comodoro. Y si Pedro se mostraba demasiado insistente en el tema, Enrique le recordaba las largas partidas de pesca del domingo a orillas del río Salguero y los pollos robados a sus padres muy de madrugada para luego venderlos y así amenizar el pescado

frito con cerveza y tabaco. Le recordaba los zapos que se hacían más gordos que un buey al meterlos un cigarrillo en la boca, los ruidosos chapuces después de la pesca, la docena de cervezas heladas hundidas en el río en baldes de hierro y amarrados de un cordel. Los concursos de eructos, de quien orina más lejos y el vulgareo cuando en la otra ribera, se parecían los Cal, Roberto y Francisco. Y ahí sí, se armaba la sin quintín. Se alistaban los tirapiedras y empezaba el bombardeo incesante y fugaz de piedras y palabrotas. Un verdadero fuego de artillería cruzada. El que mejor puntería tenía era Pedro. Sus tiros eran de una precisión meridional. El solía practicar en los bosques matando pájaros o asustando a toda clase de animales. Incluso era capaz, cuando las aguas se hacían cristalinas, de matar peces en el río de un solo tiro. Luego les sacábamos las tripas y los comíamos asados alrededor de la fogata.

Un día, quien sabe cómo, logró en tan solo dos disparos botarles la gorra a Roberto y Francisco.

Tal fue el impacto de las piedras en sus tímpanos que se salieron disparados como si estuvieron bajo un diluvio de fuego, poniéndose las manos encima de la cabeza. Otro día, casi se le arrancó el ojo a Francisco cuya madre vino a poner quejas en casa de Pedro. Es verdad que el ojo lo tenía bien feo, morado e inflado como un huevo y en el colegio la pasó fatal sobre todo ante las chicas, de tan guapo que se las daba. Si puedes lanzar una piedra con tanta precisión, le decía Enrique en forma premonitoria, bien puedes volarte una montaña con dinamita. Y los dos se morían de la risa, eructando cerveza y haciendo girar con el índice sus tirapiedras.

X

El atardecer en la finca de tío Gabriel era mi momento favorito. Bajaba el calor, empezaba a canturrear los gallos, salían de la casa los gatos, se sentía una brisa leve que recorría y refrescaba el valle. Se oían los mugidos de las vacas que Julio y Teodulío, los dos obreros de la finca, empezaban a ordeñar así como los relinchos de los caballos todavía encerrados en el prado cercado. Esa leche

espumosa como nata espesa era un auténtico regodeo, calientita con el café humeante, suavecita con el banano y untuosa con un pudding con sabor a limón, especialidad de Almendra, la esposa de Julio.

De joven, Almendra había trabajado unos años en la repostería alemana y en un restaurante chino de la capital. Había sabido mantener con maestría ese don culinario que le habían enseñado y que había perfeccionado a lo largo de los años. Ella sabía mucho de masas de tarta y de las tres básicas: masa quebrada, pasta de hojaldre y pastaflores. Y todo eso, lo aprendí de ella. Yo era un ignorante en la materia, pensando que todas las masas se parecían, error magistral. Sabía ella también de las combinaciones de cada una de las tres con fruta, pasta, nata y cremas como la inglesa, la catalana y pastelera. Esta última era mi preferida. Y al saberlo, una vez a la semana, Almendra me preparaba una tarta de pastaflores pastelera con frutas variadas: fresas, frambuesas,

mirtillos, peras o manzanas. Y al darse cuenta ella que había viajado por China, un día, guiso un menú especial: de entrada, nos sirvió unos rollos de primavera que se parecían en todo a los de China y en particular, a los de Pekín. Luego vinieron los nemes y buñuelos de camarones con salsas picantes exquisitas. Y de plato fuerte, pato lacado con arroz a la cantonesa. De postre, una macedonia de frutas adornada con menta fresca y perfumada con ron.

Para ese día, Gabriel, siguiendo los consejos de Almendra, había traído de la cabecera provincial la mayor parte de los ingredientes y media caja de vino rosado. Supe, más tarde, que Gabriel había hablado con un amigo suyo del pueblo que pasaba por la capital para que trajera cuatro patos. Fue una cena muy amena y divertidísima en la que terminé impartiendo clases de chino a todos los convidados incluso a Almendra quien por su parte, tenía un acento cantonés irreprochable por haber trabajado, me imagino, en ese restaurante du-

rante años. Incluso me dio un ataque de risa cuando entre las pocas palabras chinas que recordaba, aparte de vocablos culinarios, salió con unas palabrotas de los mil demonios de las que, pienso yo, ni conocía el significado exacto.

Lo más difícil para mí fue cuando me pidieron los invitados que escribiera el nombre de cada quien en cantonés. Ante la dificultad y la casi imposibilidad de tal empresa, improvisé con la ayuda del vino rosado. Me salió muy bien. Por supuesto, nadie se dio cuenta y cada quien volvió a casa encantado con una hoja de papel en la que figuraban auténticas grafías chinas con nombres inventados.

XI

Julio y Almendra vivían en una casa de madera azul a una manzana de la finca. Parecía una casa de pescador sin mar. Tenían su propia huerta, aves de corral y una vaca. Nunca se habían casado por graves discrepancias con el antiguo cura del pueblo que ofició en ese lugar más de treinta años. Según me contó tío Gabriel y si bien recuerdo, fue por una historia de divorcio y de se-

pultura o de sepultura y de divorcio. Al morirse la madre de Almendra, nunca quiso don Braulio, el cura de la parroquia, enterrarla cristianamente por la mancilla de su divorcio. Ese despelote casi llevó al pelotón de fusilamiento a Julio por blasfemia pública en contra de Dios y de don Braulio durante su homilía, que más bien se parecía a un discurso endiablado y satánico contra las ovejas descarriadas.

Ese episodio anodino calentó los ánimos pueblerinos durante años y años. Pero según lo que me contó tío Gabriel, fue más bien un ajuste de cuentas porque Julio se había metido de lleno en la lucha contra los privilegios de la Iglesia e incluso había ocupado con varios de sus amigos unas tierras que pertenecían al obispado. Los sacaron a disparo la guardia rural y a dos de ellos, les cayeron seis meses de cárcel. En cuanto a la madre de Almendra, fue sepultada sin la bendición del cura y sin misa en el silencio del obispado y del campo.

Pero en una paz interna que era su propia fuerza y eso lo sabían Almendra y Julio.

Julio era buena gente, alejado de Dios por cierto, pero próximo a los hombres y a la naturaleza. Su fe, la sacaba de su buen humor, de su simplicidad ante la vida que no son más, decía él, que actos cotidianos. A los grandes discursos, les hacía bromas a modo de Sancho Panza cuyos parlamentos principales se los sabía de memoria incluso los del tercer libro. Sabía que la vida era una comedia, orquestada por los poderosos que mandan a los campos de batalla a los harapientos, que les prometen tierras y luego les arrebatan, que les prometen buenos salarios y luego se les roban, que mandan y mandan y no paran nunca de mandar. A los “ismos” prefería él, los istmos de tierra firme, los que traen pescado, maíz y frijoles y jugo de caña brava. Pero también sabía que el hombre solo puede derribar montañas. Esas lecciones, no las leyó en ningún libro, las sacó de la vida misma como me lo contó tío Gabriel.

Gabriel le tenía mucho respeto tanto por sus ideas, su compostura ante la vida como por su trabajo pese a la diferencia de edad que ambos tenían. A Julio le gustaban los trabajos agrícolas, trabajar la tierra, la siembra, la cosecha, las faenas frutihortícolas, darle mantenimiento a los sistemas de riego, y sobre todo, preparar con su esposa vinagres, mermeladas y aguardiente. La producción de frutas y cereales la compartía con Gabriel si bien tenía él sus propias tierras de cultivo para abastecer a la familia. Los excedentes, sus hijos los vendían los sábados por la mañana en el mercado así como la leche, la mantequilla y unas tartas caseras.

XII

Teodulio trabajaba en la finca con Julio desde hacía poco. Era más joven, más torpe, más parco en palabras y se encargaba del ganado con más dedicación que éste debido a su afición a los caballos. A su edad, era muy buen jinete y no le molestaba pasar días y noches solo con el ganado. Se había aparecido un buen día en la finca de Don Gabriel en busca de trabajo. Pese a su temprana edad,

don Gabriel lo reclutó de inmediato al ver su habilidad y destreza en el manejo del lazo para atrapar el ganado tanto a caballo como a pie.

En esa época, la finca estaba en proceso de expansión ganadera y la llegada de Teodulio le cayó a Gabriel como anillo al dedo. Decía venir del norte y haber dejado su casa a una edad precoz por considerarse una boca más a alimentar. Dejó su tierra y se las jugó solo. Y a todas luces, no le fue tan mal. En pocos meses, supo aconsejar a don Gabriel acerca de las compras de ovinos, becerros y carneros. En esa materia era muy listo, astuto y sabía desenmascarar a los vendedores, que sean comerciantes o finqueros, incluso a los más veteranos, en el arte de confundir a los compradores inexpertos como don Gabriel. Ducho y redondo en el negocio era Teodulio y la confianza fue la clave de su relación duradera con don Gabriel. No se le conocía vicios, unas amantes por allí, otras por allá, nada más. La juventud. In-

cluso supo desenredar un lío tremendo que casi hundió en tres meses el tropel de don Gabriel.

Por esas comarcas, el abigeato era algo corriente pero nunca había alcanzado tales proporciones. Don Gabriel rehusó comprar armas, se negó a llamar a la guardia rural por corrupta y prefirió indagar por su propia cuenta utilizando además los contactos de Julio y el olfato de Teodulio. Fue una batalla descomunal. A los quince días, ya había dado Teodulio la señal de alarma. Seis reses desaparecidas y tres muertes sospechosas como un signo terrorífico. Los tres animales estaban sin cabeza, decapitados de viaje y sin patas y con una marca de fuego en ambos lados. Nunca se había encontrado ese tipo de cosas antes, algo tan macabro, lúgubre y siniestro.

De inmediato, don Gabriel y Teodulio descartaron la posibilidad de un ataque de otra bestia enfierecida o de una manada de alimañas debido a lo cortes tajantes que solo el hilo de uno o varios machetes podía producir. Pero Julio disentía e in-

sistía en esa eventualidad recordándoles la presencia poco frecuente por cierto pero cierta de cuadrúpedos carnívoros como los cocodrilos y los caimanes que varias veces se encontraron bastante lejos de las ciénagas, siguiendo las sabanas arenosas y los pastos pantanosos. “Por sus colmillos afilados” – repetía- “bien podían haber mutilado de esa forma a las reses”. “Y ¿las marcas de fuego? y ¿las desapariciones de otras vacas?”- Inquirió don Gabriel. “Eso me hace pensar en las historias y cuentos que circulaban en la zona acerca de bestias atrofiadas. No eran más que fábulas y relatos que se les contaban a los niños para no andar de vagos”.

La vigilancia se acentuó a lo largo de las semanas que parecían meses. Y las reses seguían desapareciendo hasta alcanzar un total de veinticinco desde que Teodulio había dado el aviso. Por lógica, Teodulio había reagrupado el conjunto del tropel y dormía al aire libre en medio de las reses junto con cuatro amigos de Julio que se tornaban. Para

no despertar sospechas, comunicaban entre sí, imitando el graznido del cuervo.

Fue una batalla silenciosa que puso a prueba los nervios y la paciencia de cada quien.

UDI-DEGT-UNAH

XIII

Esa batalla que parecía perdida cambió de rumbo cuando una noche, los hombres de Gabriel dieron con el inicio de algo que les iba a permitir deshilar la superchería. Ese algo fue un cacho pulido y desgastado que encontraron al lado de un poste. De inmediato, al examinar detenidamente ese cacho bien labrado y no tan extraño como decían los compinches de Julio, a Teodulio le vino a

*la mente los ritos chamanicos del norte que cono-
cía de sobra. Pero algo no encajaba: las marcas de
fuego.*

*Durante varios días y noches, entre las estrellas y
las pezuñas de las reses, estuvo recordando esce-
nas de su pasado norteño pero tan agotado estaba
por lo noches de insomnio, que no sabía si estaba
dormido o soñando. Varias veces, miró inmensos
lazos de cuerda en las estepas desérticas y rocosas
que dibujaban bisontes y coyotes y en medio, un
fuego, un fuego intenso, una raya de fuego incan-
descente y caliente que traspasaba el horizonte.
Esta vez, el flujo caliente lo tenía en la cara. Se
rascó los ojos y vio sus manos cubiertas de polvo
como si su piel estuviera quemada. Sintió un olor
hediondo y fétido que le dio náusea. De inmedia-
to, se despertó espantado y al levantar la cabeza,
se dio cuenta de que estaba debajo de la cola de
una vaca que le estaba cagando encima. Avergon-
zado y medio dormido, se limpió como pudo la
cara en silencio, y en ese momento preciso que ni*

duró dos segundos, entendió todo el teje y maneje de las desapariciones. Los cachos eran de un casco, eso es, de un casco. Ya estaba seguro de sí mismo. Los pandilleros debían de usar cascos con cachos y envolver su cuerpo en pieles de vaca para pasar desapercibidos por la noche. En algunas comarcas norteañas, recordaba Teodulio, decía la gente que incluso los ladrones se untaban el cuerpo y la piel con un unguento de sotobosque para no asustar a las vacas y así acercarse a ellas y dormir las con un veneno odorífico. Luego, las arrastraban hasta los bosques donde las mataban y las cubrían con ramas para llevárselas la noche siguiente.

Al día siguiente, Teodulio reunió a todos los hombres y les contó lo que pensaba acerca del abigeato y del modus vivendi de los pandilleros. La mayor parte eran muy escépticos y burlescos para no decir más. Solo Julio lo defendió a capas y espaldas diciendo que no se perdía nada en darle crédito a las afirmaciones de Teodulio, que él sabía

más que ellos y que era urgente actuar y acabar de una vez para siempre con esa pesadilla.

Se cambiaron pues todos los planes y se decidió que no se vigilara más el tropel sino los sotobosques. Y efectivamente, al suave, dieron en el blanco. A los dos días, encontraron a los pandilleros recolectando el unguento de sotobosque. Los hombres de Gabriel se intercambiaron los graznidos de cuervo y empezó el cerco. De noche, las sombras vacunas eran tan perfectas que parecían reses de verdad. Pero esta vez y las siguientes veces, no pudieron llevarse a ninguna res dado que Julio, Teodulio y sus compinches habían amarrado las patas de las vacas, unidas las unas a las otras con leves y sólidos mecates que conformaban, de noche, un círculo exterior de protección invisible. De tal modo que no se podía extraer del tropel a ninguna vaca sola. Dentro del círculo, se movían los hombres de Gabriel, unos agazapados en el suelo, otros de cuclillas escondidos detrás de los animales. Y dos más, al exterior del cerco.

Los ladrones empezaron a sospechar y no reaparecieron por la finca y sus alrededores al día siguiente pero sí a los dos días, momento oportuno que aprovechó Julio para seguirles los pasos hasta su escondite. Una vez descubierto el refugio de los pandilleros, Teodulio y los demás les cayeron encima. Teodulio esperó el momento apropiado y con un lazo maestro capturó a los tres ladrones que estaban de pie tomando café alrededor de una fogata. Los demás se precipitaron hacia ellos para neutralizarlos e inmovilizarlos. Los llevaron atados a un hangar alejado de la propiedad de Gabriel que servía de depósito de herramientas. No les fue difícil hacerles cantar después de varios días encerrados en un hangar sofocante sin pan ni agua.

Tampoco les fue difícil encontrar a Don Plutarco, alcalde, antiguo diputado y terrateniente de la comarca vecina y ladrón de primera.

Don Gabriel se presentó en persona a la finca de don Plutarco a caballo, con sus hombres y detrás

de ellos, amarrados de la silla de Teodulio, los tres pandilleros a pie, atados de las muñecas y de los tobillos así como el guardia de la entrada principal de la finca de don Plutarco.

En el umbral de la puerta de la casa, estaban dos hombres más, de porte amenazador y, en medio, don Plutarco.

-Aquí les tengo un regalo - le dijo con tono firme don Gabriel a don Plutarco.

Y don Gabriel se apeó del caballo y se dirigió hacia Teodulio que le dio la soga de los encadenados. Don Gabriel los llevó atados hasta su amo y le dijo a don Plutarco:

-¡Sáquese la navaja y haga el trabajo usted mismo!

Don Plutarco no contestó. Sabía que estaba atrapado y bien atrapado. Solo hizo un gesto para que los dos hombres cortaran la cuerda. Ambos se

acercaron pero en el mismo instante, les paró don Gabriel diciendo:

-Parece que no me ha comprendido, don Plutarco. ¡Qué no se acerquen esas dos nenazas! Usted mismo va a hacer el trabajo. ¿Me entiende?

Los dos hombres miraron a don Plutarco como esperando las órdenes. Pero las órdenes no vinieron.

Don Plutarco no decía ni pío. Ni se movía. La tez de su semblante se había puesto colorada con manchas paliduchas que le brotaban de las mejillas y el sudor corría a chorro por encima de las cejas. Dio un paso, luego dos y se fue acercando a la sogá de los encadenados, una navaja en la mano.

-¡Ahora no! – le dijo don Gabriel. Yo no le dije que lo hiciera ahora. Primero, vamos a su casa a arreglar unos asuntos y luego usted hará el trabajo.

Tampoco le fue difícil a don Gabriel que ese delincuente público de don Plutarco le cediera, como donativo debidamente registrado en el catastro, veinticinco manzanas de tierra por la desaparición de las veinticinco reses.

A su vez, Don Gabriel, donó dos manzanas de tierra debidamente registradas a cada uno de sus hombres.

Así terminó la descomunal y silenciosa batalla que permitió a don Gabriel matar un pájaro de un solo tiro, ampliando su finca y deshaciéndose para siempre de un corrupto nefasto. Huelga decir que con la vox populi que cundió como un reguero de pólvora, el abigeato desapareció por completo de la región. Y Enrique Humvol decidió volver al callejón sin salida.

XIV

En el camino de regreso que le parecía más largo que él de ida, Enrique Humvol pensaba en su vida futura sin saber exactamente qué hacer. Por cierto, tenía tierras, todo lo necesario para vivir bien y cómodamente rodeado de sus hermanos y amigos. La estancia donde tío Gabriel lo había rejuvenecido como una imprevista bocanada de aire fresco. Huyendo de los periodistas, había descu-

bierto una vida rural distinta, intensa, sabrosa y original que nunca se hubiera imaginado y volver a ver a su tío Gabriel después de tantos años le permitió conocerlo de verdad y apreciarlo. Era muy buena persona, abierta, comunicativa, tranquila, con sentido del humor y siempre optimista. Realmente, pasar una larga temporada en la finca de su tío le había hecho mucho bien y se sentía en plena forma.

A medida que la diligencia se alejaba de las llanuras, miraba cambiar el paisaje, la arquitectura de las casas, más bajas y casi solo de piedras, los suelos más pedregosos y polvorientos, los cultivos de cítricos, en particular limones, naranjas y también pomelos que anunciaban las mesetas y sus noches más frías y ventosas. A menudo se paraba el coche para hacer breves pausas y le permitía a uno desentumirse las piernas, refrescarse, tomarse el tiempo de fumar un cigarrillo o comprar frutas o jugos que ofrecían los vendedores en el camino abrigados bajo las chozas de las paradas. Esas

breves pausas y la diversidad de paisajes le refrescaban a uno la vista y la mente y le permitía no aburrirse en viajes tan largos como incómodos.

La señora de al lado, una cincuentona robusta con moño atrapado en un fino tisú de encaje, le propuso muy gentilmente un bocadillo que sacó de la cesta de mimbre cuya media tapa le servía de mesita. Enrique Humvol le agradeció la atención y le contestó que se había tomado un desayuno muy copioso. Ella parecía de esas señoras de la gran ciudad que mucho le dan importancia a las apariencias. Sacó los cubiertos, un vasito bonito con, es de suponer, sus iniciales y un platito de porcelana en el cual metió tres bollos rellenos que tenían sabor a pollo con crema y queso. En ese momento, Enrique Humvol se dio cuenta de que había cometido un error magistral. Pero no había de otra. El tenía que aguantar y observarla comiendo con delicadeza sus sabrosos panes. Ella los saboreaba lentamente, gozando de verdad hasta cerrar los ojos de placer y ponerse colorada.

Lo más cruel para Enrique Humvol fue cuando, tras guardar ella su diminuta vajilla, extrajo de la cesta uno de esos pudines de vainilla con natilla que se sirvió en un plato hueco blanco. Enrique Humvol miraba cada cucharada penetrar en su boca y a él se le torcía el estómago después de tantas horas de viaje fatigoso sin comer. Esos pudines se miraban frescos, untuosos y gustosos. Para poner fin a esa tortura, Enrique Humvol agarró un libro y fingió leer hasta que la señora terminó su almuerzo que le parecía interminable.

Al lado de la señora, estaba un señor vestido de traje negro, que se pasaba el tiempo dormido. Según lo que había contado a su vecino de asiento, era negociante en tabaco al por mayor. Trabajaba para una compañía inglesa y era el encargado de lo que llamaba él la "first class" o, primera fase, es decir evaluar la calidad y las posibles cantidades de tabaco a exportar. Era un bonachón con una barba espesa bien tallada que se ufanaba de hablar perfectamente cuatro idiomas y de viajar

constantemente a Europa y a Estados Unidos. Había hecho migas con su vecino, un agente de comercio incansable en el habla que vendía lociones multiuso para fortificar el bienestar corpóreo. Este había entregado a cada uno de los pasajeros un frasco de la loción Doctor Wing para que cada uno lo tuviera en mano y pudiera leer sus beneficios en la etiqueta, siguiendo al mismo tiempo los consejos del charlatán.

“El doctor Wing, damas y caballeros, no es una loción común. ¡Es una loción multiefectos! Me explico: dos en uno, tres en uno, cuatro en uno, hasta cinco en uno – dijo el agente de comercio. Se paraba... y de repente, empezaba tal un buen pedagogo a explicar, articulando palabras tras palabras pero sin exageración ninguna, las virtudes, los usos y efectos del Doctor Wing. “Me explico” – y seguía acelerando el ritmo de su discurso: “uno puede tragarse las gotas, echárselas en la piel, en el pelo, en los labios e incluso sobre los dientes» y al mismo tiempo que hablaba, hacía los

gestos que correspondía a cada parte del cuerpo en que se podía utilizar al Doctor Wing. Y se ponía a reír, buscando la complicidad de las niñas. “Los efectos son purgatorios, ahuyentan a los demonios sin necesidad de exorcismo, son purgativos, alivian la digestión y el tránsito, un mar de bien y por fin son tensionistas”, y adelantando las miradas perplejas de los viajeros, repetía lentamente “ten-sio-nis-tas: me explico: levantan la moral a diario, de día como de noche y muchas cosas más..., muchas cosas más”, - repetía fijándose más particularmente en su amigo de paso el negociante en tabaco, “muchas cosas más” ... Las dos niñas que andaban con su madre lo encontraban divertidísimo y empezaron a hacerle un montón de preguntas pero la madre no se los permitió y las paró regañándolas, que no se podía importunar de esa manera a un adulto. El charlatán no era mala persona. Era más bien divertido. Siguió comunicándose con las niñas haciéndole muecas, guiños y señales de la mano a escondidas de la

madre. Ellas sonrían recreadas, le sacaban la lengua y le correspondían con discretos momos.

Dos artesanos por la forma de vestir, le compraron un frasco así como el negociante en tabaco que le compró dos. Al docente, por las pruebas que tenía en su cartapacio y los apuntes que tomaba en el libro mismo que leía, no le interesó. Ni a Enrique Humvol que sin embargo lo felicitó por su maestría en vender las cosas. “Hablando así” – le dijo – “fácilmente obtendrá usted un escaño en el Parlamento, y porque no, un puesto de ministro”.

El señor Evaristo Bombilla tenía esa facultad que tienen los mejores vendedores ambulantes que saben decir lo esencial con pocas palabras pero en un lenguaje metafórico y poético sin forzar jamás a la clientela a que compre su producto. Y se lo demostró a Enrique Humvol contestándole así: “el doctor Wing, de alas grandes o doctor Wiing, de alas sabias, siempre dio la cara o la cruz a su destino, dicho de otro modo, siempre dio la cara al

destino y nunca cargó la cruz del destino así que, tome señor, le regaló un frasco”. Agradeció a la clientela del coche, dio un fuerte abrazo a su amigo de paso, el negociante tabacalero y se bajó en la parada.

UDI-DEGT-UNAH

XV

Cada viajero aprovechó el momento de pausa para relajarse del traqueteo del coche y de la fatiga del viaje, refrescándose debajo del porche de la posta que también era albergue. Dos mozos de cuadra traían a los caballos de relevo. Y una señora empezó a limpiar el interior de la diligencia con un cepillo y un trapo así como el estribo para evitar los traspiés mientras otra señora lavaba el

exterior echando baldes de agua en las partes más lodosas. Un joven de gorra se puso debajo del tronco y revisó cada parte del ensamblaje de madera y hierro, ajustando con una pinza algunas que otras cosas.

Hacía un sol radiante y la espuma de la cerveza helada me tonificó. La pérgola de viña daba un aire mediterráneo a la posta completamente aislada. A lo lejos, se divisaba el pueblo en las faldas de una colina rocosa y poco arbolada. Y en las lontananzas, se vislumbraba el estrecho camino que serpenteaba en medio de una espesa neblina de calor y por el que se adivinaba un convoy de muleteros transportando mercancías hacia otros pueblos.

La posta albergue estaba rodeada de cañaverales verdes cuyas extensiones cubrían la llanura entera y mucho más allá. Desde la terraza, se oía el dulce correr de las aguas por las acequias. Ese lugar insólito y desolado me hacía pensar en algunos pueblos de China extraviados en la campiña

y, en particular, en los pueblos encontrados en el camino a la ciudad de Ping djin zao. Me pasé ese largo rato picando trozos de paisajes y carnes fritas con limón y chile y, claro, algunas cervezas más. El tiempo pasaba a paso de buey.

La última parte del viaje se anunciaba más serena, solo faltaban algunas horas. Estaba yo leyendo sin ganas una novela que había comprado antes de irme cuando de súbito, apareció un jinete con una señora detrás de él. Era una señora de sombrero negro, vestida de pantalones, camisa y chaleco de cuero. Se bajó del caballo y un mozo se precipitó para agarrar las riendas. Se quitó el sombrero de fieltro y se sacudió el pelo. Al dar la vuelta ella hacia el albergue, casi me atraganté. Era ella. No había la menor duda. Era ella. Sin saber por qué, me puse nervioso y medio me escondí el semblante tras la portada del libro. Ella se fue a comprar un boleto y se sentó en la terraza esperando la salida de la diligencia. Estaba muy irritado y la verdad es que no tenía por qué sen-

tirme así. Me relajé, tomé un sorbo de cerveza y volví a leer el libro como si nada. Esa espera me pareció una eternidad. Encontraba esa situación de la más ridícula tanto más cuanto que no sabía si ella me había visto o reconocido.

De repente, cual fue el alivio mío cuando se oyó el vozarrón del cochero: ¡Pasajeros a la diligencia! ¡Ya nos vamos! ¡Pasajeros a la diligencia! ¡Por favor, acerquen sus maletas que ya nos vamos! Fui el último en subirme y dio la casualidad que el único lugar vacío se encontraba frente a ella. Puse el maletín por debajo del asiento y me senté. Me miró sorpresiva, inclinó la cabeza e hice lo mismo, disimulando mi turbación.

Creo que fue el viaje más largo de mi vida, desde el momento en que arrancó el coche hasta la terminal. Me sentía incómodo y estoy seguro de ello, ella también. No podía ser de otro modo. Por supuesto, yo tenía que mirarla y ella tenía que mirarme pero ni ella ni yo, nos atrevíamos a comunicar ¿Quién sabe por qué? Eran de esas situacio-

nes absurdas, inconsecuentes y desatinadas que uno mismo crea, consciente o inconscientemente. Eran intercambios de miradas a los que sucedían largos periodos de lecturas ficticias y nuevamente, un sinfín de miradas furtivas, breves, momentáneas. Y de tanto mirar el uno al otro, uno se sentía apenado como si ni pudiera uno moverse con naturalidad. Todo lo que hacía uno, parecía forzado o contenido. Cada gesto, cada ademán, cada expresión de la cara o del cuerpo. Ese frente a frente que no parecía nunca terminar fue induciendo un malestar, una molestia mutua, permanente y prolongada.

Además, la falta de proximidad a la ventana iba empeorando el embarazo. Una sola vez en el viaje, vi sus labios moverse suavemente y me puse aliviado pensando que ya era el fin de ese absurdo tormento y que ya, íbamos a intercambiar algunas palabras o tal vez iniciar una discusión y quizás, hablar de nuestro encuentro en la finca de Gabriel y por qué no, entablar una amistad.

Mis esperanzas se desvanecieron tan pronto como habían surgido. Por cierto, empezó ella a hablar. Pero desgraciadamente, sus palabras no se dirigieron a mí sino al vecino. Y para decirle que su maletín estaba a punto de caerse. Por supuesto, el vecino, un hombre educado le dio las gracias por avisarle. Fueron, en estilo directo, sus únicas palabras en todo el viaje: “Señor, su maletín está cayéndose” y yo, me estaba cayendo en los abismos de la desesperanza, de la fatiga, del aburrimiento y de la irritación.

Empezaba a mirar el reloj más a menudo, ansioso de llegar a casa y también porque, como fue empezando a nublarse el cielo, no lograba adivinar la hora. Eso me perturbaba, acostumbrado yo a leer la hora en función del declinar del sol. Ella lo notó y fue como si me analizara, como si estuviera leyendo en mis pensamientos, como si estuviera poniéndome al desnudo. Su mirada me ponía cascarrabias e irritado. Eran de esas incongruencias

de la vida que a uno le da urticaria mental o prurito cerebral o viceversa.

*Menos mal que ya se avecinaba la capital. Falta-
ba poco antes de llegar a casa y de poner fin a ese
lance, a ese trance ridículo y grotesco que ya me
tenía cansado y hastiado.*

*Al fin llegamos a El estuario en medio de la bulla
habitual de la terminal, de inmediato asaltada la
diligencia por los vendedores ambulantes, los mo-
zos de equipaje, los mendigos y los cocheros capi-
talinos que ofrecían sus servicios para llevarle a
uno hasta su domicilio.*

*Estaba muy contento de volver a casa y de pisar
tierra firme. En la precipitación por salir, ella
tropezó conmigo y ni se molestó en disculparse.
No le puse mente y ni se me salió una sola pala-
bra. La miré con desdén y desprecio y no me des-
pedí de ella. Ella tampoco se dignó en despedirse.
Solo logré saber su nombre por un señor mayor*

*que vino a buscarla. Orensa. Así se llamaba:
Orensa.*

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

Los Daza

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

XVI

-¿Qué tal el viaje?, hija -le preguntó el padre- sirviéndose una copa de vino de la garrafa.

-Agotador. Agotador, padre. Solo sueño con tomar un baño tibio e irme a acostar. Esas diligencias le muelen los huesos a uno y con semejante calor, el viaje se convierte en una pesadilla.

- *No te vas a poner como tu madre que en paz descansa. No refunfuñes tanto hijita que la vida la tienes por delante. Tómate las cosas como vienen y vive la vida al día. Eres joven todavía. Mira a tu pobre padre, canoso y con bastón pero siempre de pie, dispuesto a luchar.*

Orensia se acercó a su padre y le dio un besote.

-*Le quiero Papito. De eso nunca lo dude. Muchísimo. Pero es usted bandido. Siempre ha usado bastón incluso de joven.*

- *Cuéntame pues, hijita. Seis semanas de ausencia y nada. No ha pasado, nada. No me lo creo, fíjate, no me lo creo. No tienes nada que contarme. A lo mejor tienes ya algún novio por allí y no quieres decirme nada.*

- *Siempre lo mismo, padre. Usted no se cansará nunca. Yo llevo mi vida como quiero llevarla y usted no tiene porqué meterse. Pero bueno, voy a hacer un esfuerzo y sentarme con usted solo un ratito. Sírvame una copa.*

-¿Es que tomas ahora?

-Le prometo que no he tomado ni una desde que me fui.

-¿Ni una?- preguntó el padre, guasón, cerrándole el ojo.

-No, ni una, se lo juro - contestó ella burlesca - Y empezó Orensia a saborear una copa y dos, de vino riojano que su padre hacía venir especialmente de España con algunas cosas más como jamón serrano y queso manchego.

- Y ¿Cómo está la finca? ¿Cómo está la gente por allá?

-Teódulo está bien. Le manda saludos y quiere saber cuando usted vendrá a la finca para arreglar lo de siempre: las cosechas, las ventas y también algunas que otras reparaciones que hay que hacer.

-¿Nada grave? -preguntó el padre.

- *No, nada grave. El techo no se está cayendo. Se trata de los barracones que sirven de almacén. La verdad es que no entendí bien.*

-*No importa. Por eso está Teódulo para arreglar los problemas. Yo iré dentro de un par de semanas.*

-*Y Viste a los Guevara, a los Gómez, a los Ortega, a los Manrique? Preguntó el padre como si estuviera allí.*

- *¿A Enrique? – contestó Orensia.*

- *¿Quién es ese Enrique?*

- *Yo no he hablado de ningún Enrique – replicó Orensia turbada y sonrosada.*

- *Acabas de mencionar a un tal Enrique – inquirió el padre sorprendido.*

- *Yo no conozco a ningún Enrique. Usted se confundió. Usted me estaba hablando de los Manrique, los Manrique.*

- ¡Ah! de los Manrique. Efectivamente, hace tiempo que no los veo.

-Y ¿Qué tal están?

-Bien, muy bien. Por cierto. Los encontré en la fiesta que organizó Gabriel. Me preguntaron por usted y le mandan saludos. Una fiesta maravillosa. Tres días encantadores y llenos de sorpresas. Una maravilla. Y allí mismo encontré a Fermina e Hildebranda.

-¿Tus primas?

-Claro. Mis primas. También te mandan saludos. Dicen que pronto pasarán por casa a visitarnos.

-¡Qué sorpresa! Nunca me hubiera imaginado que tus primas conocieran a Gabriel - contestó dubitativo Leo Daza, antes de servirse otra copa torpemente por su artritis.

- Sí. Se lo aseguro, padre. Allí estaban Fermina con su marido, empresario de una naviera, todo vestido de negro con un paraguas de murciélagos,

poeta en sus momentos perdidos e Hildebranda con su novio, un capitán de buque fluvial apodado Corazón perdido quién sabe por qué.

- No me digas. Las dos con marineros. El mar es pequeño. Así que te divertiste y eso es lo esencial. Ahora que estás de regreso, vas a poder ayudarme con el inglés. Tú sabes que en mi caso, aparte de "javé yu got", no sé muchas cosas. En el trabajo, acaban de entregarme un expediente en inglés sobre el comercio del café, no sé porqué me lo dieron a mí, no entiendo ni pío, solo los gráficos y los cuadros.

-Padre, no es el momento. Se lo dije que estoy muy cansada. Pero se lo prometo, lo voy a leer y le haré una reseña.

-Gracias hija. Sabía que podía contar contigo.

Se levantó Leo Daza de la mesa, medio somnoliento y un poco intrigado por el comportamiento de Orensia de quien se despidió dándole un beso en la frente.

XVII

A los veintiocho años, Orensia Daza llevaba una vida apacible y tranquila con su padre. Los Daza se habían instalado en la capital mucho después de las campañas del gobierno que facilitaba viaje, tierras y un buen porvenir ultramarino a los migrantes. Su madre, Carolina, se había muerto de fiebre amarilla cuando ella era niña. Al fallecer Carolina, Leo Daza había decidido mudarse de

casa para que su hija conociera y emprendiera una nueva vida lejos del pasado reciente, del pasado compuesto, pluscuamperfecto, pretérito, en pocas palabras, del pasado pasado.

Leo Daza se había hecho cargo de su educación, solo. Como a cualquier chiquilla, a Orensia le gustaba la danza, pintar, leer, jugar y sobre todo cocinar. Ella solía bailar ballet sola en el salón durante largos ratos. Daba vueltas y vueltas en los laminados de madera, corriendo de un extremo a otro de la pieza, levantado los brazos al compás de la música, dando saltos, saltitos, uno, dos, tres, cuatro, cinco y se dejaba deslizar en el suelo con una gracia expresiva que ondulaba en la mar. Se quedaba así, estirada en el piso lustrado y solo se oía su suspiro corpóreo y el leve movimiento de su silueta blanca. Luego se volteaba bruscamente, erguía la cabeza atrapada en un lazo blanco y se dejaba caer nuevamente. Tal un delfín, ondeaba ella, los brazos tendidos y tensos hasta las yemas

de los dedos y flotaba, inmóvil, entre la madera nervada y el horizonte.

Siempre guardó ella esa dramaturgia infantil que le daba una apostura y desenvoltura natural al igual que cuando se dedicaba a la pintura. No tenía hora de predilección, pintada según su fantasía y estado de ánimo, en cualquier momento, sobre cualquier soporte y con cualquier cosa, lo que no era de agrado de su padre que un día tuvo que castigarla por haber pintado una fresa gigantesca en el muro de la cocina. El castigo fue ejemplar, o había de serlo, dado que la fresa se la comió el padre. No se derrumbó ninguna pared, no puso a la hija a limpiarla sino que se derritió su corazón de azúcar al oír el porqué de la fresa. Ella quiso sencillamente imitar a Dudin, la heroína de A. Douskaya. “-Ah no Papito, no vas a empezar nuevamente. Esa historia me tiene hastiada. La he oído tantas veces que ya no puedo más. Andar contando cosas cuando tenía seis años”. Y suspiró desesperadamente, porque sabía que a su padre le

gustaba ese episodio, tal vez le recordada sus años felices con mi madre Carolina. “!Cuéntenos! Don Leo, no tenga pena. ¿Cómo es esa historia de la fresa Dudín?” Ese era el arranque fatal que me ruborizaba y que siempre concluía con las mismas bromas pesadas: “Miren, se puso colorada como una fresa. Tiene las mejillas color fresa. ¿Cómo está mi fresa? Tan fresca como una fresa.”

Su afán por el dibujo la persiguió en la escuela de monjas a tres cuadras de la casa. Era un edificio antiguo que habían transformado el siglo pasado en centro escolar para niñas. Tenía galerías y porches alrededor de un cuadro de césped resplandeciente al que no se podía acceder y una fuente maravillosa a la que tampoco se podía acceder. Las aulas de clase parecían antiguas cuadras cuyos muros de piedra tallada rezumaban humedad y moño. No había ventanas exteriores y la claridad solo entraba por los pasillos controlados por sombras caminantes que parecían fantasmas.

Todo era disciplina y orden. Y a las alumnas que no se hubieran plegado a los mandamientos de las monjas y de la madre superior, Dios mío, los castigos que les caían encima no eran solamente parábolas. Era como si el buen humor fuese prohibido así como los juegos.

Pero en la vida real o ficticia, nadie tiene la facultad de oponerse a las travesuras de los niños, y aún menos, cuando se sienten como leones enjaulados. La lista de las condenadas, todas las niñas se las conocían de memoria, de la A a la Z:

Anastasia, la condenada al silencio por una semana, ¡Amén!

Birguita, la condenada a limpiar los pasillos por seis meses, ¡Amén!

Claricia, la condenada a recoger la basura, ¡Amén!

Chantal, la condenada a darle de comer a las gallinas durante los recreos por dos años seguidos, ¡Amén!

Danila, la condenada a cepillar los servicios por un año completo, ¡Amén!

Elena, la condenada a rezar el rosario dos días enteros, ¡Amén!

Federica, la condenada a aprenderse de memoria una página bíblica escogida al azar y recitarla antes de empezar la clase durante tres semanas, ¡Amén!

Gertrudis, la condenada a quedarse los fines de semana por seis meses, ¡Amén!

Herminia, la condenada a quedarse durante las largas vacaciones, ¡Amén!

Isidora, la condenada a quedarse de rodillas en una regla cuadrada puesta en el suelo durante media hora y eso, por dos semanas. ¡Amén!, ¡Amén!, ¡Amén...!

Esas puniciones y castigos en nada divinos eran comunes y corrientes y el plato diario de las ovejas descarriadas. Y por supuesto la condenada Orensia, que fue la más astuta y la más venerada entre todas, ¡Amén! por haber logrado escapar a la vigilancia de las monjas ¡Amén! y tomar el olivo por la puerta del jardín trasero ¡Amén! antes de que se le cayera el trueno ¡Amén!

Por supuesto, Leo Daza tuvo que regañar a su hija, a su manera, ante la presencia de la madre superior y de tres monjas encargadas del caso. No fue nada fácil pero lo hizo con una maestría paterna y paternal que rozó el camino de la perfección. Tras deliberar el tribunal académico durante dos horas sobre los siguientes hechos: dibujo de un banano gigante en el muro de la capilla firmado Dudín y fuga de la escuela, se levantó la madre superior con todo el peso de su autoridad y con el brazo recto y el índice tenso señalando la puerta, pronunció la frase fatal que resonó como una sentencia absoluta y demoledora: Orensia

DAZA: condenada a la EXPULSION DEFINITIVA.

El silencio pareció infinito. Leo Daza estaba no-queado o parecía serlo. Con una actitud a la vez formal, juiciosa y grave, se levantó, dio la mano a su hija y se fue por la puerta sin despedirse de nadie. Para Orensia Daza fue como una liberación. Al fin salía de esa maldita escuela que solo le había traído tristeza y amargura. De todas maneras- pensó ella- yo veré a mis amigas fuera de la escuela y seguiremos jugando.

XVIII

Contador en una empresa avícola antes de trasladarse a la capital donde seguía ejerciendo de contador pero esta vez en una empresa cafetalera, Leo Daza sabía hacer la diferencia entre una gallina y un gallo. ¡Qué mala pata! - pensó - al llegar a casa. No le hizo ningún comentario a su hija acerca de lo que acababa de pasar en la escuela y le sirvió un fresco. Luego se fue a la ofici-

na y empezó a sacar las cuentas. En medio del despacho medio vacío y alto de techo, el rincón que ocupaba para llevar sus cosas al día parecía diminuto: un escritorio, una silla, un quinqué, detrás de una biblioteca polvorienta y desordenada. Allí pasaba la mayor parte de su tiempo después de acostada su hija. Le gustaba el minimalismo de esa pieza grande, vacía y luminosa. Abrió una gaveta y sacó su cuaderno de cuentas. Lo hojeó lentamente, página tras página, viendo desfilar las partidas, las columnas de cifras, las manchas de tinta, las numerosas tachas y anotaciones como si todavía estuviera escuchando la voz de la madre superior. Llegó a la última página, la más actual, y con el dedo siguiendo las líneas de arriba hacia abajo, dijo entre sí: me saldría un poco más caro pero sí se podría. De todas formas no hay mal que por bien no venga.

A Leo Daza tampoco le gustaba la disciplina militar. A la semana siguiente, se puso en busca de un tutor para su hija y dio la casualidad que en

una plática con un colega de trabajo acerca de los niños y la educación, éste había contratado a un estudiante español para darle clase de matemáticas a su hijo que estudiaba en el colegio. Sin contarle los pormenores, Leo Daza le pidió los datos de ese estudiante y lo citó en casa.

Dicho y hecho. En diez minutos, Leo Daza colocó al joven para que diera clases a su hija tres días a la semana. Por lo que había pasado, Orensia no dijo ni pío ni rechistó. Solamente se puso a sonreír. El padre se satisfizo por la reacción de su hija, su buen humor sin imaginarse nunca que ella estaba pensando en el banano de la capilla, en el alivio de haber dejado la cárcel monacal y en la alegría de tener un nuevo profesor en casa.

Llegó a los tres días, vestido de traje formal un poco usado y pasaron los días volando de tan divertido que era ese joven profesor listo, enérgico, bullicioso y juguetón. A Orensia le costó acostumbrarse a su acento. Claro que nunca se lo dijo pero, a veces, se le entraba una risa incontenible y

tenía que ingeniársela para inventar cualquier pretexto. Y por la noche, se le ocurría arremedarlo ante el espejo, dibujándose un fino bigote y cerrando las mandíbulas dejando pasar un leve soplo de aire entre los dientes. La dissssstancia fonética entre la C, Z, S, sssseñorita, es algo fundamental en la pronunccciasssión. No digo en la comprenssssión de la cossas. Usssted me sssigue, ssseñorita. Claro que sssí, Professsor contestaba - muerta de la risa - ante el espejo. Ahora bien, si le digo CASA, señorita, repita por favor CASA, CASA, muy bien, entenderá de inmediato la larga distancia que corre entre CASA y CAZA. El principio de maridaje fonético no es en ningún modo el principio de maridaje semántico, o analógico, si usted prefiere.

Esos galimatías, esa jerigonza, esa algarabía me divertía muchísimo aunque no entendía claramente lo que quería explicarme. Pero bueno, nunca se lo dije a mi padre que las clases eran a veces complicadas pero nunca estaban aburridas porque el

Señor Covarrubias sabía utilizar imágenes y metáforas para hacer entender las cosas más complicadas. La CASA era como el Serpenteo de la Serpiente y la CAZA era como el Zumbido de la Zarzuela. Pues solamente había que practicar con o sin espejo.

XIX

Mediaba la mañana de Leo Daza con una tranquilidad a toda prueba. Hoy tenía día libre. Estaba sentado en la terraza de la vetusta mansión tomando café turco, jugo de naranja y tostadas con jalea de guayaba. Se estaba imaginando, feliz, el lindo día que le esperaba cuando su hija se asomó a la puerta ya vestida, viéndolo comer y,

sigilosamente, avanzó hacia él sin que se diera cuenta.

Y de repente, se le puso las manos encima de los ojos.

¿Quién es? – preguntó ella.

- La nena que encontró debajo de su almohada la sorpresa que le dejó el ratoncito Pérez.

- Y ¿Cómo lo sabe?, papito.

- Los padres lo saben todo, hijita.

La hija se sentó a la par suya y puso la moneda en la mesa. Se sirvió un vaso de leche con dos galletitas saladas.

-¡Mira, hija! Esta noche llamó a Epifania para que te cuide. Yo voy a salir. Y a propósito, ¿qué tal las clases con el Sr Covarrubias?

- Muy bien papito, muy bien. Me estoy convirtiendo en una auténtica dama castellana.

- *Y ¿A dónde va? -Preguntó ella.*
- *Es usted una dama bien curiosa. Sepa, vuestra señoría que en la Corte, las cosas se adivinan y no se dicen.*
- *Escuchando detrás de las puertas -contestó ella con un aplomo que sorprendió a su padre.*
- *Eso muestra que es usted una dama de la Corte. De hoy en adelante voy a poner música cuando reciba a gente.*
- *Si no tiene música, padre.*
- *Voy a comprar un gramófono.*
- *¿Un qué?*
- *Un gramófono. Es un instrumento para escuchar música.*
- *Nunca había oído hablar de gramófono. Lo voy a consultar con Covarrubias. El me va a explicar lo que es, estoy convencido de ello.*

- *¿Con el señor Covarrubias?! Por favor, su Majestad! Creo que el Sr. Covarrubias no encontrará nunca la respuesta.*

- *El es muy joven y sabe mucho de sonidos.*

- *¿Es músico también?*

- *Eso no le sé. Sabe mucho de sonidos y de acentos.*

- *¡Ah sí! ¡Qué bien! Me alegro por ti.*

- *Y ¿Con quién va esta noche?*

- *A su señoría no le tengo que rendir cuentas. El Rey no rinde cuentas a nadie.*

- *Yo lo sé, su Majestad. Usted va de casa o de caza porque el principio de maridaje fonético no es en ningún modo el principio de maridaje semántico, o analógico, me entiende, su majestad.*

El padre se quedó boquiabierto y estupefacto ante la réplica de su hija.

Y prosiguió ella:

- la CASA es como el Serpenteo de la Serpiente y la CAZA es como el zumbido de la zarzuela.

El padre se sintió como descubierto y no se atrevió a confesarle que por la noche, alguien le estaba esperando para ir al teatro.

-Yo veo que el Sr Cobarrubias influye mucho en usted, vuestra señoría.

-Solo el espejo-le contestó ella.

Ante la respuesta tan enigmática de su hija, el padre fingió sonreír y tomó un sorbo de café humeante bien espeso, como si de nada.

En ese momento, llamó a la puerta alguien.

-Debe ser el Sr Covarrubias – dijo Orensia.

Y efectivamente era él. Orensia se retiró alegre y brincando, con tres galletas en la mano y se fue al cuarto de estudio donde la esperaba el Sr Covarrubias.

-¡Buenos días, Señorita! ¿Cómo amaneció hoy?

-Con un diente menos, señor Profesor.

-Se oye, señorita.

-De veras, ¿lo había notado, Sr Covarrubias?

-Claro, la fonética, Señorita, la fonética, es decir el estudio de los sonidos, como ya lo vimos en la antepenúltima clase, le enseña a uno que...

Y Orensia, bostezando y todavía con sueño, sacó discretamente de su bolsillo la moneda que le había dado el ratoncito Pérez.

XX

Después de la muerte de Carolina, Leo Daza nunca se volvió a casar porque con la experiencia terminó pensando que el celibato era la mejor forma de vivir la vida. A decir verdad, no le faltaron las oportunidades y de las buenas, buenísimas, pero el mismo se definía como un holgazán empedernido. Un padre de familia tranquilo, con una

vida tranquila, un trabajo tranquilo, una vida tranquila.

A él le hubiera gustado tener más hijos, pero con su sentido práctico de las cosas, se decía a sí mismo, así es la ley de la vida, por qué forzar el destino y de veras nunca lo forzó.

Encontraba la felicidad en lo cotidiano, en la rutina, en su vida laboral que él mismo juzgaba ordinaria y placentera. A menudo, iba a almorzar con algunos colegas suyos en el restaurante italiano que se encontraba en la esquina de su oficina. Le gustaba comer pizzas y espaguetis a la carbonara con parmesano. Estaba enterado de que la dueña era enamorada suya pero siempre sabía desviar el curso de Cupido con una destreza que incluso asombraba y maravillaba a sus colegas, en particular a René y a Leopoldo.

-Dime, Leo, con toda franqueza, - le preguntó un día Leopoldo - no entiendo ¿cómo puedes resistir a los encantos de la Sra. Pucchini?

-Así es hombre, la vida siempre depara ilusiones pero yo me acostumbré a no meterme en asuntos peligrosos.

-No será que te has invertido un poco después de tantos años de viudez – le dijo burlón.

-No seas bruto, Leopoldo. Te lo expliqué. Con las mujeres, yo tengo olfato y yo sé que estar con la Sra. Sabrina Pucchini solo me traería problemas.

- ¿Qué dices? Explícanos -Insistió René- ¿No te entiendo? ¿No has visto las tetas que tiene? ¿La esbeltez de su talla? - dijo describiéndola con las manos que se bajaban desde arriba hacia abajo como un escultor que delinea las curvas corpóreas de un modelo. ¡Dios mío! -decía René- esa mujer es para morirse. Es un encanto. Es un bombón.

- Miren, estimados colegas. Solo ven a una mujer sola, muy guapa por cierto pero nunca se han preguntado ¿Por qué sigue sola con lo guapa qué es?

- *La verdad es que no -contestaron los dos en coro.*

-*Tal vez porque quiere seguir siendo soltera y disfrutar de la vida-contestó René.*

- *Quizás porque es viuda -inquirió Leopoldo.*

- *Ustedes son un poco cortos de vista. Sus miradas se pierden en el valle divino sin imaginarse nunca que podrían perderse para siempre.*

-*Siempre exageras, Leo -dijo Leopoldo un tanto enervado.*

-*No, no exagero ¡hombre! Después de tantos años de almorzar acá, ni se han fijado un solo instante en la foto que está detrás de la caja. ¡Son unos animales! Y además si no me creen, yo les voy a poner a pruebas en seguida. ¡Fíjense bien en el medallón! Nunca habían puesto su atención en él, me imagino. La foto que tiene en el medallón es el mismo retrato del hombre de la caja. Y al parecer, no se ve buena gente. Tiene unos ojos de un*

negro cavernícola que le dan una pinta de asesino. Debe de ser su marido.

-Sabrina, por favor, ¿podría traernos una garrafa de vino rosado? Sería muy amable -Le preguntó Leo.

- ¡Cómo no!- le contestó ella muy sonriente. Ya voy. ¡Un momentito!

Leopoldo y René estaban a la vez muy intrigados y excitados. Les costaba contenerse. Después de un largo momento por los numerosos clientes que había, llegó Sabrina con la famosa botella. Los brutos se quedaron viendo el deambular de Sabrina y el vino en la bandeja olvidándose de lo que había dicho Leo. La verdad es que Sabrina ese día, era como una diosa. Llevaba un vestido rojo pegado al cuerpo con un escote pronunciado y el pelo suelto que le daba un aire de leona. Leo les estaba dando patadas a los dos por debajo de la mesa con una discreción poco discreta para que se repararan exclusivamente en el medallón.

Sabrina puso la garrafa en la mesa y estaba por irse cuando Leo la retuvo in extremis para que los dos pudieran ver detenidamente el retrato incrustado en la medalla.

-¡Qué elegante hoy!, Sabrina. Y guiñaba de un ojo y luego de los dos a sus dos colegas. La confusión fue total. Sabrina pensó que ya lo había pescado y empezó a guiñarle el ojo a su vez. A los dos se le inflaban los cachetes de la risa sin entender absolutamente nada. A su vez, Leo se puso nervioso. El bruto de René le propuso una copa a Sabrina que aceptó de inmediato llamando a una de las sirvientas para que la sustituyera en el puesto. Ella se sentó a la par de Leo, muy agradecida porque era la primera vez después de tantos años que la invitaban a ella.

La breve conversación fue muy amena y divertida pero la estratagema de Leo fracasó por completo hasta el punto de que ella, al despedirse, le dio un beso prolongado e insistente ante la mirada de todos los clientes. Leo se puso coloradísimo sin sa-

ber qué hacer. Al irse ella, René y Leopoldo levantaron el pulgar como para decirle, vos sos una bestia Leo, puedes enamorar a cualquiera. ¡Vaya éxito tienes con las mujeres!

Leo se levantó furioso de la mesa, mirando por todos los lados como acosado por la mafia y salió del restorán como escondiéndose. René y Leopoldo se partieron de risa y pidieron otro pastel para ver si ellos también podían ganarse un beso que nunca llegó.

XXI

Así era la vida de Leo Daza, sencilla, divertida y rutinaria tal como comer una buena pizza con anchoa y alcaparras o un plato de espagueti servido con un vino rosado frío. Había sufrido lo suficiente a la muerte de su esposa y largos años después como para tomarse la vida en serio. Ese apartamiento que unos llamarían filosófico no era en nada lo que otros traducirían por resignación,

fatalismo, pesimismo o derrotismo. Y aún menos melancolía, nostalgia, añoranza, morriña o no se sabe qué trasto arrastrado por tópicos literarios desde hace siglos. Era sencillamente una actitud de alejamiento ante las cosas. El cultivo de una distancia necesaria para poder vivir en paz consigo mismo y con los demás tal como poner una aceituna negra en medio de una pizza o una aceituna verde en una empanada de carne. ¡Voilà!

Y su forma de ser se sentía en su entorno tanto familiar, profesional, vecinal, íntimo como en la educación de su hija.

De España, había guardado unos contactos que se deshilvanaban con el transcurrir del tiempo. Una o dos veces al año, recibía cartas de familiares o amigos. La última fue de un sobrino suyo que le invitaba a su boda. En el sobre, le mandaba fotos de él con la novia. Se levantó fatigado y se fue a guardarla en su lugar, en un estante polvoriento de la biblioteca entre Galdós y Azorín. Allí se encontraba el paquete de esquelas que al-

macenaba escrupulosamente y volvió a sacar la correspondencia con su mejor amigo que se había muerto el año pasado.

Pablo era un buen hombre, amigo de infancia de Leo, ambos oriundos de Ciudad Real. Habían crecido y estudiado primaria juntos antes de que Leo siguiera en el colegio y luego cursara contabilidad. Pablo había decidido trabajar en la finca de sus padres y con el tiempo, amplió el dominio familiar arrendando tierras a los Daza. Era una finca familiar bastante importante con obreros permanentes y temporales, dedicada principalmente al cultivo de las aceitunas, de la viña y a la actividad pastoral. Trabajaba en ella también su esposa Azalea, nativa de Andalucía y sus tres hijos. A Leo le afectó mucho la muerte de Pablo que consideraba como su verdadero hermano cuando el suyo se había aprovechado de Pablo y había apuñalado por la espalda a su propio hermano. Nunca le perdonó Leo a su hermano esa bajeza y vileza.

Por mucho que le escribiera su hermano desde España, Leo tiraba enseguida las cartas a la papelera sin leerlas y necesitaba al menos un día para calmarse. El día en que Orensia se dio cuenta y le hizo la pregunta a su padre, Leo Daza tuvo esa frase que nunca entendió ella: mi único hermano se llama Pablo.

XXII

Entre Galdós y Azorín, Leo Daza escogió una carta al azar y se puso a leerla al lado de la ventana. Y curiosamente, fue una de las primeras epístolas que recibió de Pablo cuando todavía vivía su esposa y trabajaba él en la empresa avícola.

Estimado Leo. Me alegro saber que estás bien junto con Carolina, tu linda esposa. Saber que pronto serás padre de familia me llena de felicidad. Nunca me lo hubiera esperado tan pronto. Al parecer encontraste trabajo fácilmente en la provincia y la gente se ve bastante simpática y acogedora. Veo que no has perdido tu sentido del humor al evocar tu nuevo barrio que me parece lleno de vida y de alegría. La vida se ve menos complicada y como tú dices la gran ventaja allá, es que las cosas son más baratas. El precio del alquiler me parece muy correcto así como tu salario. Incluso tiene suficiente espacio para que el bebé tenga su propio cuarto, que es muy importante

La narración que haces del patio y del huerto me muestra que no has perdido tus habilidades de jardinero. Me gustó mucho el cuadro que pintaste de tus dos vecinos, más particularmente él de la casa de madera, aprendiz hortícola que todavía no ha logrado hacer crecer ni un tomate.

Mándame más fotos de vosotros, de la casa y de los paisajes. La relación que haces de los usos y costumbres de allá me dio ganas de coger el primer barco. Pero como sabes, la situación acá sigue igual de difícil. Las aceitunas dan sin dar y tuvimos que arrancar por completo las viñas por la filoxera. La cría de ovejas no permite sufragar en las pérdidas. Apenas da para mantener a la familia pero seguimos luchando. No insistiré en el tema, no quiero aburrirte.

Quería también hablarte de un asunto pendiente que nos concierne a nosotros dos. Sabes que arriendo a tu hermano unas hectáreas de tierra de las que una tercera parte te pertenecen. No estás sin ignorar que no me llevo bien con él desde la muerte de tu padre. Tu padre era una excelente persona a quien respetaba mucho, como tú sabes, pese a nuestras diferencias políticas desde que asumió la jefatura de la alcaldía. Eso fue una tontería, tú lo sabes, y cuando se dio cuenta era demasiado tarde. Ahora, tu hermano que tiene

mucho que ver con lo de tu padre, le está siguiendo los pasos y sueña con ser alcalde a su vez. Pero eso, es otra materia, ni tanto si lo piensas bien.

Volviendo a lo de tu hermano, me da la impresión, y me cuesta decírtelo, que él quiere irse arriba con tus pertenencias. Me habló hace poco de reducir la superficie de las tierras que le arriendo y de venderlas para sufragar “gastos urgentes”. Son sus palabras. Yo vi con mis propios ojos a dos geómetras por los lindes de las tierras tuyas. No puede ser una equivocación ni una confusión mía dado que Luisa vio salir de la casa de ellos a Don Arturo varias veces. Tú lo conoces muy bien. Cuando alguien necesita de sus servicios, es que se prepara algún chanchullo, alguna maniobra siniestra. No hay peor abogado que ese maldito Arturo. Conoce a tanta gente en la capital que te puede falsificar cualquier documento y registrarlo como auténtico al catastro a sabiendas de que tú estás muy lejos y de que no volverás de inmediato.

Más no te puedo contar, serían suputaciones y habladurías. Solo quería advertirte que algo serio está tramando a tus espaldas. Tú dirás pues. Yo no puedo hacer nada más que mantenerte al tanto y ganar tiempo. Pero necesito urgentemente una respuesta tuya.

Disculpa una vez más la molestia porque sé que es tu hermano y sé lo que representa para ti, pero era mi deber decírtelo. Ahora me siento más sereno y solo espero instrucciones y novedades tuyas. Te deseo mucha felicidad en tu nueva vida. Un abrazo fraterno. Pablo

Tras leer esa carta, Leo Daza se sirvió una copa de vino y vio desfilar su pasado tan velozmente como cuando estuvo a bordo de un tren por primera vez, un atardecer lluvioso. Una gota de lluvia cayó en la carta y se sintió mal, impotente y traicionado una vez más, tantos años después. Supo desde la advertencia de Pablo que no podría

hacer nada, que lo perdería todo y así pasó. Las cartas, los pocos contactos que tenía él no bastaron para calmar la voracidad y la codicia desmesuradas de su hermano cuyo nombre quiso olvidar para siempre. Supo desde el envío de la carta de Pablo que tenía que hacer el duelo de sus bienes en España para siempre. Diez años después, hubiera podido batallar y ganar esa guerra. Pero fue la mala hora. Fue demasiado temprano. Así lo quiso la desventura o mejor dicho la falta de fortuna. Con un estoicismo a toda prueba, encendió un cigarrillo, dio algunos pasos hacia la biblioteca y volvió a poner la carta en su lugar, entre Galdós y Azorín. Orensia Daza nunca supo nada de nada.

XXIII

Las preocupaciones de Orensia Daza después de regresar de la finca familiar y más precisamente de la finca de Gabriel eran otras. A los pocos días, escribió a su prima Hildebranda y luego a Fermina para saber algo acerca de ese señor que había vuelto a encontrar en la diligencia. Al recibir la carta de su prima, Hildebranda se sorprendió dado que pocas veces se carteaban y además,

acababan de verse hacía poco. Pero lo que más le llamó la atención a Hildebranda fue la confusión y la torpeza de Orensia que no paraba de dar rodeos estilísticos y hacer digresiones contantes. Pasaba de una cosa a otra sin lógica alguna y fue solamente al releer la misiva que dio en la cuenta. Ese alboroto expresivo tenía que ver con la fiesta de Gabriel y con desórdenes sentimentales. Así lo interpretó ella y terminó por entender que Orensia le decía sin decirle que algo sentía por el sobrino de Gabriel. Hildebranda se puso a reír a solas e intentó recordar momentos de la fiesta. Ahora sí, ahora sí, podía dilucidar en parte la turbación, el embarazo de sus modales y el sonrojo de sus mejillas que solo se producía en presencia del galán. Lo había percibido sin darle importancia alguna pero ahora se mordía los labios al enterarse del estado sentimental de su prima y de cierto modo, le agradecía a su prima su disfrazada franqueza para que ella le ayudara a encontrar a ese pretendiente de veras o de mentira.

Hildebranda era una buena muchacha y aunque más joven que Orensia, sabía más de la vida y de las cosas amorosas que ella. Además, era una lectora asidua y apasionada que tenía una memoria de elefante que asustara a cualquiera. Dejó pasar unos días antes de decidirse a contestarle. Maduró su respuesta habida cuenta de que ella sabía muy pocas cosas del galán pero suficiente, en su intuición, para auxiliar y favorecer los proyectos de su prima. Hildebranda que no poca imaginación tenía, le contestó diciéndole que las cosas del amor no podían esperar, y que necesitaban respuestas claras y lírondas: el fuego y el agua. El fuego para mantener viva la pasión y el agua para regarla. Le aclaró que ella tenía que buscar cualquier pretexto para encontrarlo incluso usando la llama de los libros de caballería para iluminar su camino. Claro, sin perder el juicio ni el discernimiento. Sencillamente, haciendo uso de artificios sanos y dejándose guiar por los sentimientos que sentía por él. No era cosa del otro mundo. Bastaba con saber donde vivía y forzar el des-

tino. A sabiendas de que el ímpetu de Hildebranda podía ahuyentar a Orensia, aquella empezó a tejer uno de sus artificios maliciosos e infalibles que consistía en embellecer la vida del galán para embelesar a la tímida enamorada. Sin esperar el de-senlace, como lo solía hacer Miguel de Cervantes, le contó que su enamorado se llamaba Enrique Humvol, pero que su verdadero apellido era Enrique von Humboldt. Efectivamente, sus antepasados paternos eran de la prestigiosa e ilustrada familia del barón Alejandro von Humboldt y que debido a la inexistencia de diferencia de pronunciación en castellano entre la “b” de burro y la “v” de vaca, la “b” se había hecho “v” y que las dos últimas letras del final del apellido “dt” seguramente por ser impronunciable, habían volado con el transcurso de los años, fenómeno natural en esas tierras de ciclones y volcanes donde todo vuela, incluso la ortografía. En cuanto al “von”, dijo ella, que significa aproximadamente “de” en alemán, lo había perdido porque sencillamente no era de moda desde los tiempos bolivarianos y re-

publicanos aunque el abuelo de Enrique Humvol fue un ilustrísimo republicano. Además, contó ella, la prusianofobia o alemanofobia o eurofobia e incluso yanquifobia imperante en la región durante varios intentos de reconquista o de bloqueos navales y financieros favorecía tales cambios ortográficos. Menos mal que no los haya conocido su tatarabuelo, decía Hildebranda, porque era gran admirador de Bolívar y Jefferson con los cuales se había carteadado.

Después de pulir el pasado de Enrique Humvol o más precisamente de Enrique von Humboldt, ella le dio un sinfín de recomendaciones y sugerencias para que no se desanimara en su deseo de conocerlo y parafraseando al tatarabuelo de Enrique, le escribió al final de la carta esa bella sentencia: “la mujer debe aspirar a lo grande y a lo bueno”.

XXIV

La carta que le mandó Fermina Daza a Orensia fue más sobria y templada. Al igual que a Hildebranda le extrañó la carta de su prima Orensia y a decir verdad, no entendió muy bien el sentido de su misiva. Le respondió amablemente hablándole de su propia vida, de sus soledades en el pueblo donde vivía. Las faenas agrícolas le aburrían, la vida casera y las tareas domésticas no eran de su

gusto y el mundo que la rodeaba le fastidiaba. Nada en el pueblo o en los pueblos aledaños le llamaba la atención. Todo lo hacía a regañadientes. Su pareja la miraba como algo que se estaba deshilvanando con el tiempo y la vida en casa de sus suegros la tenía cada vez más hastiada. Las visitas que hacía en la ciudad principal del departamento tampoco eran de su agrado. La miraba estrecha como la mente de sus habitantes. Ahí había estudiado ella en un colegio de monjas al que le había mandado sus padres a costa de muchos sacrificios para que tuviera una educación decente.

Le habló de sus lecturas que eran su único medio de escaparse de esa triste y asfixiante realidad. Tenía pocas amistades y las únicas personas a quienes apreciaba, era la pareja de libreros donde solía comprar libros y revistas cada semana y con quién podía pasar una tarde entera sin nunca sentir el menor hastío. Era una pareja que había viajado mucho y cuyos relatos personales y conse-

jos de lectura le agradaban a ella. Había hecho migas con ellos y ellos se habían encariñado con ella. Fermina les hablaba con facilidad de su vida, de sus sueños y esperanzas. Ellos les daban recomendaciones e insistían en que tuviera autonomía y ahorros, es decir que tuviera un oficio antes de irse definitivamente a la capital ya que tales eran sus aspiraciones. Y ambos le advertían también sobre los espejismos capitalinos y tal como solía decirle la librera “tampoco la capital es color de rosa niñita” y “allá, más que en cualquier lugar, las apariencias engañan”.

Pero su afán por irse era más fuerte que todo y le habló largamente a Orensia, en su carta, de la suerte que tenía ella de radicar en la capital. Ella también hubiera querido tener esas facilidades y cambiar de mundo fácilmente, lejos de las mulas y de las vacas. Soñaba con irse de compras por las tiendas, ver a un sinfín de gente, embriagarse de luces, ruidos y movimientos. Tú tienes las mismas ventajas que el señor Enrique Humvol, le escribió

en la esquila, tienes tantas posibilidades como él de dar tus escapaditas, de cambiar de aire y de volver a la gran ciudad. Y empezó a hacer elogios del Sr Humvol cuya familia vivía, según ella, por el Callejón sin salida. Don Gabriel le había contado un poco de la vida de Enrique y ella lo ponía en un pedestal como a cualquier persona que vivía en la capital o fuera del país y así se lo contó a Fermina como para desahogarse del aburrimiento cotidiano que experimentaba, del encierre que sentía a diario y de la desgana vital que la asfixiaba. Se lo dijo sin tapujos como a una hermana lejana tal vez porque, para ella, era una extranjera. Muchas veces, pensó Fermina, es más fácil confiarse a un desconocido a quien una nunca más volverá a ver.

XXV

Estaba almorzando Orensia sola en la terraza de la casa con una tortilla de patatas con té, cuando oyó una voz gritando a lo lejos. Se encuentra la Srta. Daza, Orensia Daza. Al divisar el uniforme del cartero, se sorprendió ella y se fue tranquilamente hacia el portón.

Era un día soleado, muy soleado. No esperaba las respuestas tan pronto. El cartero intercambió

unas palabras con ella y se fue en bicicleta, silbando. Agarró ella la carta y volvió a la terraza. Se sirvió otra taza de té y de repente se atragantó al ver el sobre con el sello: E.H. Se levantó de la silla en un gesto de precipitación inexplicable y su mirada no podía alejarse de esas dos iniciales como si estuviera imantada. Empezó a toser y toser, a ruborizarse y agarró el pañuelo de encaje para empaparse la frente, el pecho y las manos sudadas. Su corazón palpitaba y no paraba de palpitarse. No sabía qué hacer. Su irritación confinaba a un nerviosismo excesivo y rozaba lo ridículo. Ella misma se dio cuenta, se calmó al suave y se volvió a sentar en la silla de hierro forjado. Sus manos seguían temblando. No se atrevía. No se atrevía a abrirla. No podía. Tenía que esperar. En eso, llegó su padre a almorzar y tuvo que ocultar su turbación con mucha maestría así como la carta por debajo del pañuelo de encaje.

-¿Qué tal? Hija - le preguntó el padre – notándola un tanto perturbada. ¿Estás bien?

- ¡Claro que sí! ¿Por qué me lo pregunta?

- Por nada. Por nada. ¿Algún problema? ¿Te pasa algo?

-Nada.

- Y ¿ese mantel sucio? ¿Y tu vestido manchado?

- A cualquiera le pasa, padre - Contestó ella como si nada.

- Ah, antes de que se me olvide, quiero decirte que mañana por la noche vienen a visitarnos los Pedralba. Se quedarán unos días con nosotros. ¡Qué todo esté listo para mañana porque te veo un poco nerviosa! ¡Avísale a la criada que tome las medidas necesarias, comida, cuartos etc.! Quiero que todo sea impecable. ¿Seguro que no te pasa nada?

-Nada. Se lo prometo, padre, estoy muy bien. Tal vez un poco cansada por el calor, la humedad y el jardín. Esta mañana, recogí una cesta llena de

fresas, frambuesas y mirtillos. A lo mejor, me va a dar asma.

-Descansa pues, hija. Y mañana nos va a preparar un rico pastel con frutillas... o dos, porque sabes que tu padre es goloso. A mí me gustaría que me hiciera... ¿Cómo se llama?, no recuerdo, sabes, esa crema inglesa con espuma.

-No son espumas, padre. Son claras de huevo batidas a punto de nieve.

-¡Ah! ¡Eso es! Huevos a puntos de nieve - contestó de muy buen humor Leo Daza, deletreando cada sílaba.

Y se levantó Leo Daza de la mesa, frotándose las manos de contento.

- Pero si no ha desayunado, padre.

- No importa, hijita mía. Comeré en la calle. Solo quería avisarte de la visita de los Pedralba.

Se fue Leo Daza. Orensa, cascarrabias, se subió al cuarto para cambiarse la ropa. Luego se tumbó en la cama, acomodó la almohada como pudo y agarró el libro que estaba en la mesita de noche. Empezó a leerlo donde lo había dejado la víspera. Era el segundo tomo de La Regenta, de Leopoldo Alas. Empezó a leer unas cuantas páginas y el calor pudo más. Decidió bajar nuevamente y volvió a la terraza a acostarse en la hamaca, la novela en la mano, disfrutando del leve céfiro del jardín. A ella le gustaban las novelas de aventura, las novelas sentimentales en que se entrecruzaban los destinos de los personajes y de las familias como grandes frescos históricos. También apreciaba ella las comedias de Lope de Vega, las comedias de corte y palacio, las obras de Quevedo así como los libros de Miguel de Cervantes que había leído en su casi totalidad, menos la poesía que encontraba un tanto aburrida y demasiado solemne y a cuyo paroxismo formal la había llevado Góngora con su lírica pretenciosa y pedante.

Iba con su padre al teatro nacional de vez en cuando pero más frecuentemente con amigas. La última pieza que había visto era una creación de un novel dramaturgo de El Estuario cuyo nombre se le había olvidado. No porque la pieza fuese pesada o de poca monta sino que a veces uno recuerda más el título de la pieza que el nombre del propio autor. Esa pieza se titulaba “Más allá de los sueños”. La trama era de la más sencilla: no había ninguna. Era tan solo una sucesión de retratos de personajes coetáneos, frutos de la imaginación del autor, que narraban sus vidas a través de diálogos o monólogos. Muy pocos decorados. Muy poca indumentaria. Casi ningún artificio, estando ellos en la letra misma. Buena pieza con ingenio que daba un aire fresco a la rutina teatral.

A Orensia no le gustaba mucho ir al teatro o, mejor dicho, no le gustaba el ambiente del teatro: un ambiente mundano, esnob y cursi. La gente solía ir allá para mostrarse, para hacerse ver y no por la obra o el autor o las actuaciones de los come-

diantes. Cada vez que le invitaban a una representación, hacía grandes esfuerzos para no rehusarla. Una vez allá, sentada en la butaca, al correrse el telón, se sentía mucho mejor y podía disfrutar al fin, relajada, del espectáculo.

Al imaginarse a la Regenta pasando por las calles de Vetusta, recordó que habían hecho en El Estuario, una adaptación teatral de dicha novela. Y se le ocurrió que ella también podría adaptar novelas al teatro y por qué no escribir novelas o piezas de teatro. Le sobraba tiempo y su vida se prestaba a ello. Además, la caligrafía, formar letras de tinta negra en una hoja blanca le encantaba al igual que mezclar colores en un lienzo. Sola era dejarse guiar por la imaginación – pensaba ella.

XXVI

Las callejuelas del mercado central estaban alborotadas como siempre. Rocío estaba desbordada por las conminaciones de Leo Daza que quería una excelente cena y una casa ordenada con gusto. De ordinario, a Orensia le gustaba decidir ella misma y a la vez tomarse el tiempo de escoger los productos. Daba vueltas y vueltas, tocaba y palpaba la mercancía, la probada, escogía las frutas,

las verduras, las especias, la carne, las flores, regateaba charlando con los vendedores y remoloneaba por el mercado según sus deseos. Pero esta vez, dejó que Rocío lo hiciera todo. Orensia se sentía cansada y se le notaba profundas ojeras en el semblante que ni el colorete ni la sombra de ojos lograban disimular. Estaba como desganaada y solo respondía con una sonrisa cortés o unas cuantas palabras a los saludos de los conocidos. Cuando se prolongaban las conversaciones, Rocío apuraba a su señora para sacarla del apuro inventando cualquier pretexto.

De vuelta a casa, Rocío siguió al pie de la letra el menú de la señora. Apenas descargadas las cestas en la gran mesa de la cocina, se puso el delantal y empezó a poner agua a hervir, a desplumar los pavos, a pelar patatas, zanahorias, a cortar champiñones, cebollas, dientes de ajo y tomates, y con un gesto apurado y preciso, tiró la coliflor en una olla de agua fría mientras levantaba la tapa humeante del caldo de gallina con la otra mano.

Horneó el pescado ya escamado en una fuente de barro guarnecida con crema espesa, alcaparras y zanahorias rayadas. Así, pensó ella, solo tendré que recalentarlo en el último momento. En cuanto al pavo, lo rellenoó con un puré de hígado y tocino condimentado después de ronearlo y flamearlo. Solo faltaría el postre a cargo de la señora.

Orensia se encargaba de arreglar la casa con agrado y manera. Escribió en etiquetas de cartón amarillo el nombre de cada invitado con letras góticas, lo que solía hacer desde niña para Navidad y los días de fiesta. Puso dos floreros en la mesa cubierta con un mantel levemente azulado, dio algunos pasos hacia atrás, hizo una mueca de desaprobación y luego los quitó. En su lugar puso un solo florero de barro, más imponente con un solo ramillete que daba más volumen. Luego adornó el comedor con plantas aromáticas del jardín como lavanda, romero y tomillo con sabor a limón que dispuso en las dos cómodas y en la mesita esquinera. De esa forma, podría abrir de par

en par las ventanas sin que les molestaran los mosquitos.

Miró el reloj y el balanceo del reloj y se sentó, pensativa, en la butaca de mimbre, soplándose con el abanico. Entre las buganvillas amarillentas, violáceas y rosadas, se ponía el sol lentamente y el leve frescor de diciembre refrescaba la casa olorosa y se llevaba los ruidos de la calle. Flotaba la dulce melancolía invernal y su mente se perdía en ella. Su mirada se extraviaba entre el fulgor de la puesta de sol, los perfumes y tonos pastel del patio, los reflejos de las maderas lustradas, los efluvios de la cocina y los cuadros colgados de la pared. Tenía la mente vacía y soñolienta y se dejaba deslizar entre sueños al ritmo del balanceo del sillón. Estaba bien aunque fatigada, y esa sensación la mecía y acunaba, viéndose en el columpio del jardín entre sus padres como una imagen lejana, distante, borrosa que sabía imposible y que solo había podido imaginar en el álbum familiar. Desfilaban las imágenes del libro de fotos

sin que ella pudiera retener ese hojeario y de todas formas, no tenía ni la mínima voluntad de hacerlo. Le invadía una especie de lánguida y parsimoniosa abulia que le cerraban los párpados y le ablandaba el cuerpo. Cada vez más, tenía las ideas y el cuerpo molido como aceitunas molturadas y por la ventana, miraba a lo lejos barcos de vela y cabotaje que navegaban en la bahía de su niñez y que se confundían con los montes verdes y resbaladizos de su infancia, la playa de conchas y maderas esculpidas, la alfombra de café de la finca en que rodaba y deslizaba los castillos de arena y las cabañas de madera donde se escondía, el espumoso oleaje del mar y el caudal infernal de las cataratas que la arrastraba y le picaba los ojos y la ensordecía de alegría. Nadaba por los remolinos celestiales y acuáticos, inventaba mermeladas de nubes y caracoles de relámpagos, concebía cuadernos de erizos y libros de conejos, creaba varitas alegóricas y varitas busca-tesoros. Cada vez más, tenía las ideas y el cuerpo molido como aceitunas molturadas y por la ventana, miraba largos velos

diáfanos con ribetes de encaje que cubrían inmensas estepas en las que caballos salvajes galopeaban con largos crines al viento y grupos de delfines que saltaban por encima de los extensos mantos que al pasar por las oscuras selvas, cambiaban de color y volvían a centellear tales estrellas fugaces en el firmamento caótico y errático del ensueño. Desfilaba el libro de imágenes y su imaginación la vio pasar como en una foto fija y animada, cabalgando junto con un jinete sin que pudiera retener el hojear.

-¡Y ay Señora! - dijo Rocío - La señora no se movió.

-¡Señora! ¡Señora!-Repitió varias veces Rocío como para despertarla. ¡Despiértese! ¡Despiértese! ¡Qué ya es tiempo!

- ¿Qué pasó? – contestó ella, aturdida y entresueños, en un largo y profundo bostezo.

- Pronto llegan los invitados, Señorita- Le dijo preocupada. ¡Y usted está dormida! ¿Y el pastel? ¿Qué vamos a hacer con el pastel?

-¡Jolines! se me había olvidado el pastel. ¿Dónde tengo la cabeza?

-Por las nubes, Sra., sin lugar a dudas. Por las nubes. Y Sería mejor tenerla por las nieves.

-¿Las nieves?

- ¡Qué lenta eres a veces! Orensia.

- No entiendo. ¿De qué nieve me estás hablando?

-¡De los huevos a punto de nieve, Orensia!

-¡Voy! ¡Voy! ¡Voy! –Rocío- ¡No te preocupes!

- Menos mal, que ya nos agarró la tarde – dijo Rocío un poco enojada. Yo tenía otras cosas que hacer. Me estás atrasando por estar perdida en tus pensamientos. Ahora voy a tener que ayudarte a batir las claras. ¡Solo eso faltaba con todo lo que tengo que hacer!

XXVII

- ¡Mira! Leopoldo. ¡Qué bonita es la ciudad! Apenas la reconozco. ¡Cuántas tiendas! ¡Cuántos cambios! ¡Dios mío! Es por no creerlo. Nunca me hubiera imaginado esas cosas. Estoy asombradísima.

- Adelaide, ¡Por favor! ¡Es normal! Pasan los años y nos estamos poniendo viejos.

- *De eso no te estoy hablando, Leopoldo. Me aburres repitiendo siempre lo mismo. Si tú te sientes viejo, yo no.*

- *Mira las guirnaldas centelleantes. ¡Qué lindas son! ¡Y los pesebres, grandes y chiquitos! ¡Qué maravilla! Los encantos de Navidad a mí siempre me han subyugado y fascinado. ¡Navidad es una delicia!*

-*Tampoco es de exagerar, Adelaide. Lo bueno es que esta vez, cambiamos de lugar para las fiestas, lejos de tu familia. Y, sobre todo, vamos a encontrarnos con un amigazo que no he visto desde hace seis años.*

-*Eres grosero y malcriado, Leopoldo. Todo lo que concierne a mi familia, lo criticas. Como si la tuya fuera perfecta.*

- *Mira, Adelaide, por ese camino, mejor no ir, te lo aseguro, mejor no ir. No me vas a decir que tus hermanas son joyas. Están envejeciendo muy mal. Se están poniendo cada vez más chochas y de-*

sagradables. Y tú lo sabes tanto como yo. No te hagas la disimulada. Yo vengo a pasar vacaciones en paz, y de eso y por eso me alegro. Ya llegamos- dijo Leopoldo excitado- Ahí está el negocio de Leo. ¡Cochero! ¡Cochero! -dijo Leopoldo, dando golpes con los nudos del puño contra la puerta. Es ahí nomas.

Ralentizó el coche, dio la vuelta a la plaza y se paró ante el rótulo que decía: Cafexport. Leopoldo salió primero para ayudar a su esposa y luego le explicó al cochero que tenía que volver al finalizar la tarde para llevarlos donde sabía.

Al oír las ruedas del coche y las voces de afuera, salió Leo para abrazar a su gran amigo Leopoldo.

-¡Leo!

-¡Leo!

-¡Leo!

-¡Leo!

-No me puedo creerlo. ¡Qué bien estás! Hombre.

-Y tú ¡Siempre elegante y fino! - dándole una palmada en la panza.

- No hables de esas cosas o Adelaide...

-Adelaide, miles de disculpas. La emoción, entenderá. El entusiasmo. Hacía tanto tiempo...

Y la besó con mucho cariño.

-¡Pasen! ¡Pasen! Por favor.

Solo se oía las voces de alegría de los amigos en los corredores de Cafexport.

-Nos quedamos un ratito en la oficina y luego a casa – dijo Leo Daza, contentísimo de ver a su amigo.

Como concertado antes con su marido, Adelaide se quedó un momento y lo dejó solo con su amigo. El punto de encuentro era la chocolatería El dorado. Estaba por salir ella del despacho cuando se le ocurrió preguntarle a Leo:

-Dime, Leo. Con tantos cambios habidos en la ciudad, ¿El Dorado todavía existe?

-¡Claro que sí, mujer! Siempre en el mismo lugar y con los mismos dueños.

- Y sobre todo, no te pierdas, querida- dijo jocoso Leopoldo.

-No te preocupes. Sabré encontrar mi camino sola. Tú no eres indispensable, que yo sepa.

Se fue Adelaide con mucho entusiasmo y ánimo sabiendo que estando su marido con su amigo, podría ella dedicarse exclusivamente a las compras de Navidad sin que nadie la molestara o la apresura o le dijera que tuviera cuidado con los gastos. Se sentía libre y disponible para andar por donde quisiera.

Leo abrió la puerta del armario, sacó dos cervezas y las metió en hielo.

-Ya no tomo- le dijo Leo- muy serio. No gracias, amigo. Ya no tomo.

-¡Cómo que no tomas, coño! ¿Es una broma o qué?

-¡Qué no!

¡Joder! ¿Tienes una úlcera? le preguntó.

-No. Me hice pastor.

Y los dos se carcajearon brindando por su reen-
cuentro.

-¡Salud!

- ¡Salud!

-Hagamos una cosa. Dejemos lo de los negocios para otro día y tomemos este día completo o lo que queda para estar tranquilos. ¿Recuerdas la taberna Múnich? ¿Te suena?

-¡Cómo no!, hombre – Leo se partió de risa, entusiasmado como si estuviera reviviendo su juventud.

-¡Vámonos de inmediato!

-Vámonos pues. Te sigo.

Salieron los dos Leo de la taberna unas horas después, embriagados de recuerdos, aventuras comunes y decididos a no dejar jamás pasar más el tiempo sin verse.

-¡La gran puta!- Dijo Leo I a Leo II. Se me olvidó la esposa.

A Leo I se le entró una risa descomunal y casi se cayó al tropezarse con un farol.

Los dos dieron la vuelta y en seguida se fueron a la chocolatería donde les esperaba Adelaide. Leo I ya se había inventado un cuento para explicarle a su esposa el contratiempo. Pero Leo II imaginó otro percance más creíble cuya responsabilidad sería toda suya. Así, Adelaide no podría decir ni pío. Pero no fue necesario que hablaran. Adelaide no estaba furiosa como lo esperaban, muy al contrario. Leopoldo se disculpó servilmente y ella aceptó sin pestañear sus disculpas, sin ningún

problema como si nada, y al irse los tres, le dijo a su marido:

-“Querido, no te olvides de llevarme esos regalitos”.

Esos regalitos eran una montaña de paquetes. A Leo I y II no se les miraba la cara por la pirámide de compras que cargaban. Caminaron a paso lento hacia Cafexport donde les esperaba el coche cuando a Leopoldo se le cayeron todos los paquetes. Los transeúntes se pusieron a reír y pocos a ayudarlos.

-No me digas, - dijo Leopoldo – estupefacto y atónito - ¡Qué hoy es mi día! No me lo puedo creer. ¿Eres tú? Enrique.

-Leo-pol-do – contestó Enrique Humvol, conmovido y asombrado, con dos paquetes en la mano. ¿Qué estás haciendo por acá?

- La misma cosa que tú, amigo. Ves, las compras de Navidad.

-¡Toma! Esos son tuyos y éste mío.

-Muchas gracias, Enrique - dijo Adelaide. Siempre ha sido una persona muy buena y servicial. Me alegro verte como no te puedes imaginar.

-Te presento a Leo Daza, un gran amigo mío – dijo Leopoldo.

Y empezaron a platicar en la acera misma entre las compras de Navidad y el buen humor de los reencuentros. Empezaba a anochecer cuando Leo Daza se dirigió a Enrique Humvol.

-Mire, señor. En vista de que usted es gran amigo de Leopoldo y Adelaide, y además gran amigo de Gabriel, usted es gran amigo mío y le invito a cenar esta noche a casa.

Ni tiempo tuvo Enrique Humvol de abrir la boca que ya iban todos en camino al Cafexport donde les esperaba el coche.

XXVIII

Fermina estaba ocupada en el jardín cuando le llegó la cuarta carta de Hildebranda. La abrió en seguida y se sentó en el banco de madera a la sombra de un sauce mayor.

Este año, los árboles frutales iban bien así como las cosechas. Llovía con abundancia, no como el año anterior con la sequía. La aldea seguía su ritmo inmutable como las estaciones, el paso de los

bueyes, de las carretas y de los tropeles de reses. Había parido la perra Yusca y Fermina había decidido guardar dos cachorros contra la opinión de su marido Luis Alfonso. Este se había puesto furioso no por los dos cachorros sino por la decisión inquebrantable de su esposa de guardarlos, cueste lo que cueste. Ella había entrado en una furia demencial que asustó a su propio marido, rompiendo platos y vasos y quedándose varios días encerrada en su cuarto. Era la primera vez que ocurría. Era la primera vez que no se dejaba doblegar. El marido lo tomó como el anuncio de algo, o más bien el fin de algo y decidió esperar. Pero tuvo que ceder con esa maldita perra, y eso hirió su orgullo. Los dos cachorros corrían por toda la casa, sembrando el caos en la cocina y en la despensa, y él les daba patadas como si fueran ratas. A Fermina los cachorros le daban compañía y diversión en ese mundo triste y aburrido y tal vez por eso, había tenido esa reacción que, con el tiempo, juzgó estúpida pero necesaria. No lamentaba nada. Hijos nunca tendría con su marido pese al entorno

familiar que se ponía cada vez más apremiante, opresivo y aplastante. Sabía que con su marido las cosas se pondrían peor. Pero ya estaba preparada. Miraba su vida como una prisión al aire libre y sabía que tarde o temprano, iría a la capital. “Mejor”-decía- “morir libre que encerrada como una esclava”. Y realmente se sentía como tal aunque, a veces, le encontraba sabor a la vida pero tales momentos eran pocos. La carta de Hildebranda le encendió el humor y se puso alegre.

Fermina admiraba la naturalidad de Hildebranda, su sencillez, su modo de ver las cosas, su alegría, su buen humor, su optimismo. Lamentaba vivir lejos de ella y no tener los medios suficientes para visitarla más a menudo. “Por eso existe el correo- decía ella- “que rompe un tanto el fastidio y la inapetencia”.

Abrió la carta y le entró como un aire fresco que la llenó de contento. Siempre ponía Hildebranda dibujos en los ángulos de sus cartas, mariposas, flores, iguanas, lagartijas, gatitos. Y de verdad,

tenía talento. En sus momentos libres, dibujaba, pintaba y hacía un montón de manualidades. Desde las cartas que ambas habían recibido de Orensia, Enrique Humvol se había convertido en el centro de sus misivas. Al inicio, Fermina intentaba desviar el tema al que no encontraba motivo alguno, pero ante las aventuras y andanzas que narraba Hildebranda acerca de los Humvol, le encontró interés y sabor, a tal punto que esperaba sus cartas con ansia y avidez. La verdad es que Hildebranda tenía mucha habilidad también en esa materia. Era como sumirse en el mundo de las novelas, de las comedias de magia, de capa y espada, de imperios sanguinarios, de absolutismo, de revoluciones y exilios, de intrigas de corte, alianzas y traiciones, luces de palacio y sombras de calabazos, interminables viajes por tierra y océanos y en medio, estaban el galán con el anillo de oro y la enamorada, la poesía, la tragedia, la pasión, los amores contrariados. Hildebranda era la *deus ex máquina* que tiraba de los hilos del destino de ambos inventado pruebas que jaloneaban

sus rutas mezclando sin cesar realidad y fantasía. ¿Quién hubiera podido resistir a semejante torbellino novelesco?

A través de las cartas de Hildebranda y su manera de novelar la vida, los acontecimientos, las relaciones entre las personas, Fermina se divertía mucho pero, al mismo tiempo, contemplaba el vacío abismal de su propia vida.

Su matrimonio era un fracaso y su familia política, unos tristes aburridos. Día tras día, tomaba cuerpo en ella el deseo de fugarse, de irse definitivamente de ese pueblo insípido y alejado de todo, de esa vida rural monótona e invariable que la desesperaba y la asfixiaba. Regresar donde sus padres era como regresar a otro pueblo, igual de aburrido y sus padres nunca lo hubieran aceptado. Ya estaba casada y tenía techo y casa propia. Lamentaba cada vez más ese día en que había aceptado desposarse con Luis Alfonso.

Se habían encontrado en una fiesta patronal y él la había cortejado de inmediato. Con el tiempo, ella terminó por aceptarlo como novio: su primero y último novio. Eso le permitió salir de la casa familiar, escaparse de la presencia de los padres y divertirse un poco. Después de un año, Luis Alfonso le pidió su mano y ella aceptó tal como había aceptado ser su novia. “Así era su destino”, decía ella. Y se fueron a vivir donde los suegros. Eran como su hijo, Luis Alfonso. No eran malas personas pero sí rústicas, toscas y rudas. La vida a la que ella tenía que doblegarse, sin imposición alguna pero a base de indirectas y miradas lo suficiente expresivas, consistía en levantarse a primeras horas con el canto del gallo y acostarse temprano con el cacareo de las gallinas. En medio, las labores, las labores y las labores.

Varias veces, le explicó a Luis Alfonso que esa vida no era para ella. Pero él nunca la tomó en serio y decía con una imperturbable confianza en sí, tal como un burro de muletero, que con el tiempo,

se acostumbraría y sería feliz como la gente del pueblo. Desgraciadamente, no lo estaba e iba empeorando su estado de ánimo. Con el transcurrir del tiempo, dejó de hablarle de su aburrimiento, de su tristeza interna, de su melancolía profunda, tanto más profunda cuanto que se iba convirtiendo lentamente en aversión y aborrecimiento hacia la vida campestre y la familia de Luis Alfonso y en un intenso estado de desánimo y desesperanza.

No quería llegar a ese extremo pero la ausencia de hijos en la pareja que se convirtió en una temática obsesiva de la familia política donde vivía las veinticuatro horas del día, fue, durante varios años, como abrir en su mente una herida aguda e incurable que hubiera podido terminar en tragedia. “No soy tu vaca lechera” - le dijo una vez en la cama a su marido. Nunca tendré hijos contigo. No lo quiero y no te quiero”. Para Luis Alfonso, esa frase fue el detonante de algo. No era una persona agresiva ni violenta y decidió sencillamente apartarse de ella, seguir su vida rutinaria

en la finca y divertirse los fines de semana solo con sus amigos del pueblo. Paulatinamente, ella estaba desapareciendo de su vida y él, de la suya. A diferencia de que ella tenía que fingir, mentir y aguantar a diario los comentarios y rumores del pueblo.

UDI-DEGT-UNAH

XXIX

A eso de las siete, se oyó el rechinar y la estridencia de la calesa. Rocío se asomó a la ventana. -¡Ya llegan! - dijo ella alzando la voz. Todo estaba listo para recibirlos. Después de dejar paquetes, sombrero y sombría en el corredor, los invitados pasaron directamente al comedor siguiendo los pasos de Leo Daza.

-¡Qué maravilla! -exclamó Adelaide- conquistada en seguida por la deliciosa y golosa armonía que reinaba en la casa levemente venteada por las brisas de diciembre. Leopoldo miró en seguida la mesa del bufete con ojos desorbitados, y se acariició la panza imaginándose ya sentado en la mesa principal iluminada con candelas y con una copa en la mano. Sus ojos no paraban de mirar las cestas de pan y tortillas, las tapitas finas a la española, los taquillos caseros de queso, las ciruelas envueltas en jamón serrano, el platito de tres purés: garbanzo, aceituna y frijoles con pan tostado cortado en triángulo, las garrafas de vino y en el centro, el lechón de Rocío conservado en su propia grasa servido en una fuente plateada con gelatina y mermelada de cebolla con tostones. Dios mío, pensó él, como embriagado por tantos sabores y olores, todo eso es de chuparse los dedos. Se me hace la boca agua, joder.

Enrique se mantuvo un poco alejado, viendo los cuadros con caballos y escenas campestres pen-

sando sin lugar a dudas en la carta sin respuesta de Orensia y en el enredo en que lo habían metido. Mejor no hubiera aceptado. Ni había tenido tiempo de cambiarse. Pero bueno, ahí estaba, como a la expectativa y con la expectación de que tal vez algo bueno pudiera ocurrir. De todas formas, conocía muy bien a Leopoldo y Adelaide y Leo Daza le caía bien, franco, abierto, directo, ameno y natural. Lo único que le preocupaba un poco era esa frase acerca de su tío Gabriel, un gran amigo suyo, a quien conocía aparentemente muy bien Leo Daza cuyo nombre, sin embargo, no había oído mencionar nunca en boca de Gabriel.

- Y ¿la hija? -preguntaron en coro Adelaide y Leopoldo.

- Ya viene – contestó, en seguida, Leo Daza. Me imagino que está en la cocina ayudando a Rocío. Leo Daza pidió disculpas a sus invitados por dejarlos solo un instante y para irse a cambiar. Le pidió a su hija afanada en la cocina que se quedara con los invitados para hacerles compañía y ser-

virle una copa. ¡Ya voy padre! -dijo ella- ¡Ya voy! No ve que estoy ocupado.

Entró ella, risueña, elegante, con una botella de vino tinto en la mano y notó, de inmediato, la presencia de una silueta de espaldas, desconocida, que estaba viendo los cuadros. Orensia se sorprendió. Nada le había dicho su padre acerca de un invitado más. En un instante, creyó reconocer la figura de Enrique Humvol y se dejó invadir por un sentimiento de turbación. En ese momento, se paró el tiempo y todo quedó en suspenso.

Leopoldo y Adelaida se precipitaron para abrazarla y besarla sin parar de cumplimentarle sobre su belleza, la frescura de su tez, su elegancia y todo lo que había hecho en casa por recibirlos. Se sentía muy emocionada porque hacía tiempo que no los veía y los apreciaba mucho.

Y, de repente, la silueta negra se volteó y se fue acercándose a ella tendiéndole la mano en un gesto mesurado pero firme. Ella sintió como un terre-

moto interno que la sacudió de pies a cabeza. Sentía que se le iba a explotar los tímpanos, que los latidos del corazón se aceleraban y aceleraban, que flaqueaban sus piernas, que sus certezas estaban vacilando y que estaba a punto de desmayarse.

Y, de golpe, soltó la botella que tenía en la mano y el estrépito del vidrio rompiéndose en mil pedazos provocó otro terremoto.

XXX

El apretón de mano entre Orensia y Enrique quedó suspendido en medio de pedazos de vidrio, de una charca roja en el piso y manchas de vino en la indumentaria de ambos. Más colorada no podía estar Orensia. Se disculpó por su torpeza diciendo que no entendía lo que le había pasado.

De inmediato, Rocío se precipitó con una pala y una escoba para limpiar el piso.

-¡No pasa nada! -dijo Leopoldo- después del susto inicial. Y Adelaide agregó:

- Son cosas que ocurren. Yo también soy muy torpe, Orensia. No te preocupes. Debe ser la emoción, la emoción de vernos después de tantos años.

Leopoldo miró de reojo a Leo cuya sonrisa contenida le hizo entender que el motivo de tantas emociones no eran ellos. Leo Daza pensó, entre dientes, “ya empiezan las torpezas del amor”.

Orensia se disculpó y fue a cambiarse. Por suerte, el traje de Enrique era negro y las manchas de vino eran pocas.

-¡Bienvenido a casa! – le dijo Leo a Enrique a modo de broma viendo que éste no se había enfadado y que no había tomado a mal la impericia de su hija.

Regresó Orensia y concentró todas sus fuerzas para disimular su azoramiento y desorientación.

Se dirigió a Enrique y, esta vez, le dio, a su vez, la mano mirándole a los ojos, como desafiante, en una reacción desesperada. Y, de inmediato, recordó la botella de vino en el piso, la carta suya sin abrir, la finca de Gabriel y el viaje en coche.

-Muy buenas noches, Orensia. Es un auténtico placer conocerla.

- Es un placer correspondido- dijo con voz entrecortada.

- Usted tiene una casa magnífica.

- Muchísimas gracias.

Y, de inmediato, se refugió entre la pareja que nuevamente les abrió los brazos de tanto entusiasmo. La habían conocido de niña y veían en ella el dulce retrato de su madre. Las mismas ganas de vivir, el mismo entusiasmo, la misma vivacidad en la mirada. ¡Ah Orensia! ¡Tantos años sin verte! ¡Ahora sí que no te vamos a soltar!

-¿Un vinito de la Rioja? - Preguntó ella, risueña, como para hacer olvidar el incidente y evadir el sofoco emotivo que todavía se percibía en el sonrojo de su semblante.

- ¿Qué tal hija? ¿Los convites están servidos? ¿Necesitas alguna ayudadita?

-¡Qué guapo andas con tu perno! - le dijo Leopoldo.

-Todo está perfecto-dijo Adelaide. Tu hija no deja de sorprendernos. Es una perla. Quien se case con ella, fortuna tendrá. Y se levantó, en seguida, a buscar los regalos.

-¡Toma!, Orensia querida, ese detalle es para ti. Para ti Leo, ese obsequio sencillito que te recordará muchas cosas y para usted, señor, una fineza de gentleman.

-Lámeme Enrique. Si me permite, Adelaide, dándole las gracias. Disculpe que esté con las manos

vacías-dijo dirigiéndose a los demás invitados y viendo a Orensia...

-No se preocupe, Sr Humvol. Todo es culpa nuestra. Abusamos de su bondad y de su tiempo. Se lo explicaré a Orensia. Usted es nuestro invitado de honor. Siendo usted amigo de mis amigos, dejemos la etiqueta por favor, si me permite. Y puede decirme sencillamente, Leo.

- De acuerdo Leo - contestó Enrique un tanto molesto pero divertido.

-Y a mí, por supuesto, Enrique. Y quisiera añadir que...

No tuvo tiempo de decir ni pío. Las copas se estaban levantando.

- ¡Brindemos a nuestro reencuentro! -Dijo Leo.

- ¡A nuestro reencuentro, pues! ¡Chin!

-¡Salud!

- ¡A la felicidad! ¡A la Navidad que se acerca!

-¡Chin!

-¡Chin!

UDI-DEGT-UNAH

XXXI

Desde el jardín de los Daza, se miraba el ambiente festivo y caluroso de la cena. Los convidados estaban bebiendo, charlando, mientras Rocío pasaba por entre los invitados con los exquisitos platos y manjares que estaban en la mesa del bufete. Orensia estaba mucho más relajada e incluso se atrevió a dirigirle la palabra a Enrique Humvol, por primera vez.

-Usted es el invitado de sorpresa y de honor. No sé cómo hizo usted para conquistar tan rápidamente a mi padre, siendo él, más distante de costumbre con los desconocidos.

-Y ¿A usted le gustan las sorpresas?

- La que me regaló Adelaide es preciosa. Mire, un chal de seda.

Lo tenía en los hombros y se lo puso en la cabeza. ¿Qué le parece?

- Con o sin, usted es...

- ¿Qué tal?, jóvenes - dijo el padre - y dirigiéndose a Enrique:

- Su nombre me gusta, Enrique. ¿Usted conoce a los Manrique?

Orensia se sintió desenmascarada y como si lo hubiera percibido Enrique, contestó:

-¡Claro que sí! Tuve el placer de volver a verlos en la finca de mi tío Gabriel. Es gente encantadora.

- ¿Un taquito casero, Sr Daza? Preguntó Rocío.

-Gracias, Rocío. ¿Qué haríamos sin usted? Usted es una cocinera sublime y ¿sabe por qué? Porque usted tiene imaginación. Siempre digo lo mismo a riesgo de parecer aburrido según mi hija: ¡lo casero es lo mejor! Y con un toque de fantasía, confina a lo excelso.

-Muchísimas gracias, don Leo -le contestó Rocío- con una mirada dulce y enternecida. Usted sabe hablarles a las mujeres, de eso me di cuenta desde el momento en que me contrató. Hace ya...

- No estamos acá para mirar hacia el pasado, Rocío. Lo que pienso, lo digo. Soy un hombre sincero y cumplidor. Y no se olvide de darle de comer al cochero, que debe de estar muerto de hambre.

-¡Santo cielo! – Contestó Rocío- Voy en seguida.

Los invitados ya estaban sentados en la mesa, disgustando el pavo relleno con crema, guarnecido con un misceláneo de papas, zanahorias y na-

bos salteados con champiñones. Adelaide se soplababa con el abanico y discretamente, se desabotonó el corpiño por el ventoso calor invernal o los vapores del añejo vino riojano, o los dos a la vez. Leopoldo estaba a sus anchas. Como de costumbre, a la hora de la cena, le sudaba la doble papada. No paraba de hablar con gestos elocuentes del auge del azúcar en los mercados de exportación, de las últimas innovaciones en materia de procesamiento del azúcar y de la ineluctable desaparición de la esclavitud que miraba como algo ya hecho. El cultivo de la remolacha a gran escala no le preocupaba. Había hecho sus cálculos fuera de la bolsa de valores y anticipado los vaivenes de los mercados internacionales. Pues era la rutina. Se contentaba con su puesto de vice director de la compañía azucarera en la que trabajaba, y pensaba terminar su carrera en ese puesto. Había visto desfilar a tantos oportunistas y corruptos, tantas curvas y gráficos falsos, tantos baches y recuperaciones tan rápidas como sorpresivas que se había

forjado una coraza a toda prueba. A Leo II le daba gracia la verbigracia de Leo I.

- Pongan atención para que entiendan bien la demostración siguiente, la conoce Adelaide hasta la saciedad. Si me fijo en ese delicioso plato de comida, todo es azúcar. El pavo rostizado es azúcar, la verdura, las papas, las zanahorias y los nabos cocidos son azúcar. ¿Para qué preocuparse?, digo yo, si un día, fabrican ron con verduras. ¿Por qué no? Bienvenidos. Será un ron distinto pero no un ron de caña. Leo II se puso a reír a carcajada y le preguntó a modo de bromas:

- Y con el café, ¿qué piensas hacer?

- Agarrar tu puesto, coño, que con tanta competencia azucarera, me voy a la ruina.

La risa contagiosa de Leo I contaminó al resto de los convites, incluso a Adelaide, que había oído miles de veces sus bromas azucareras. Rocío estaba quitando los platos para traer el postre.

-El mejor mercado – dijo Orensia de forma ingenua- es el mercado central. Es mi lugar de predilección. Me fascina deambular por las calles del mercado y ver tantos productos frescos.

- Tiene usted toda la razón – contestó Enrique. En éste, los olores son efluvios y las costumbres no tan peligrosas. Yo sé de qué hablo, damas y señores, por haber visto tantos tiburones.

- Es cierto que trabajaste en la marina mercante, Enrique, le dijo Leopoldo.

- Por cierto – contestó él, evasivo, durante siete años.

- Y por ello, ¿el anillo de oro en la oreja? le preguntó Orensia.

-No seas tan impertinente – la cortó Leo.

- Es curiosidad, padre. Nada más. Yo nunca había visto a un hombre con anillo de oro en la oreja. Solo en las novelas de piratas.

- *¿Le molesta? Le preguntó Enrique a Orensia.*
- *Para nada, le contestó Adelaide. A usted le da un atractivo misterioso y lejano, un embrujo de mar que huele a sal y cuerda.*
- *Debería de comprarme uno – dijo Leopoldo, tal vez me ayudaría a exportar mares de azúcar. Siempre he soñado con ser pirata, recluido en un refugio paradisiaco, lejos de todas esas pirañas de altamar y bajamar.*
- *¡Ya viene el postre! dijo risueño y exclamativo Leo.*
- Rocío trajo en una bandeja plateada cinco grandes copas de huevos a punto de nieve con sombreros y candelas centelleantes.*
- Islas flotantes - exclamó Enrique maravillado – mi postre favorito.*
- *¡Vaya casualidad!– Contestó Leo. A mí también. Y además hecho por mi hija Orensia.*

- Aplausos – prorrumpió Leopoldo. ¡Aplausos!

UDI-DEGT-UNAH

XXXII

Orensia apagó la luz de la mesita de noche y se acostó llena de ilusión e ilusionada, pensando en la cena. Todo un éxito. Se sentía cansada pero feliz. Había logrado sortear los trances inesperados y podía adormilarse en paz y dejarse llevar por los sueños. Se dejó hundir en la almohada de plumas acariciada por los céfiros del mar lejano. Y cuando estuvo a punto de dormirse, sobresaltó. Volvió

a encender la luz. Se levantó en camión y se puso a buscar, descalza, entre los libros de la biblioteca. Se puso nerviosa. No encontraba la carta. Volvió a escudriñar entre las obras literarias, manuales, atlas, cuadernos de Covarruvias, revistas, pero nada. Intentó recordar el día en que le llegó la carta y rememorarse lo que hizo después de la salida de su padre. No recordaba en absoluto donde había puesto esa carta. A lo mejor la había dejado en la mesa debajo del pañuelo y la había recogido la criada. “No, no puede ser” -pensó en su fuero interno- “me la hubiera entregado Rocío. Lo más lógico” -dijo intentando convencerse a sí misma- “es que la carta estaba en los bolsillos del vestido que llevaba puesto ese día”. Agarró una linterna para no despertar a nadie; bajó las escaleras sigilosamente y se dirigió hacia el lavadero. Tropezó en los bultos de ropa en el piso maldiciendo la carta y el hombre que la había escrito. Empezó a buscar en una de las cestas de ropa sucia y encontró, finalmente, el vestido que contenía el sobre con las iniciales E.H. Suspiró, la do-

blegó y la metió en el bolsillo del camión. Al regresar a su cuarto, oyó los ronquidos de Leopoldo, o de su esposa, o de los dos a la vez; la luz tenue de la linterna reflejaba una leve sonrisa suya y se acostó con la carta en la mano.

“Estimada Señorita Orensia Daza – decía la carta. He tomado la resolución de escribirle, después de encontrarnos varias veces, sin tener la posibilidad de hablarnos. No sé si fue por pudor o timidez o sencillamente por falta de tiempo. Cada quien tiene sus obligaciones, lo cual es lo más común. La luz etérea le dificultaba la lectura. Sepa que me cuesta dirigirme a una desconocida de esa forma y que no es costumbre mía. Pero tenía que romper ese silencio. Me encantaría volver a encontrarla y tomar el tiempo de conocerla. Si ve en esa actitud impertinencia, osadía o atrevimiento alguno o si sencillamente no le parece, olvide esa misiva de inmediato y para siempre. Abajo encontrará mi dirección, si gusta responderme. E.H

Sin pensarlo un momento, se levantó Orensia y se sentó en el escritorio. El cansancio había desaparecido. La brisa de diciembre pasó por la ventana y levantó levemente la hoja blanca. Sacó un sobre y humedeció la pluma en el tintero. Se sentía bien, aliviada y relajada. Sus pies descalzos acariciaban la alfombra. Hizo un moño rápido atado con otra pluma y se concentró en las letras que veía formarse en el papel. La respuesta tardó en venir y, finalmente, no hubo respuesta. Los múltiples borradores terminaron en la papelera. Estaba furiosa de no encontrar las palabras. La cena lo había trastornado todo y no sabía qué hacer. Se puso a sonreír deteniéndose en lo que es la vida: una sucesión de casualidades, contingencias, venturas y desventuras y pensando sin quererlo, tal vez, en la casa donde vivía Enrique: un callejón sin salida.

XXXIII

Al aproximarse la Navidad, la ciudad estaba de gala y los Pedralba no quisieron perderse las fiestas capitalinas. El cochero vino a recogerlos a ellos, a Leo y a Orensia a las cuatro de la tarde. Recorrieron los barrios aledaños antes de llegar al casco histórico donde, usualmente, se concentraba la mayor parte de las actividades festivas.

En el camino se cruzaron con dromedarios, elefantes y jirafas acordonados por tambores, tamborines, guitarras y flautas amenizados por músicos disfrazados con atuendos más exóticos los unos que los otros. – “¡Qué espectáculo más extraordinario!” -prorrumpió Adelaide- la cabeza asomada por la puerta del coche, aplaudiendo a todo romper el paso de la caravana. “¡Quédate con nosotros y no te hagas la temeraria!” -Le dijo Leopoldo sujetándola del brazo. Tuvieron que dar rodeos y rodeos dado que el acceso a la entrada de la avenida central lo habían cerrado. Ahí, acababa de iniciarse el desfile hípico y los jinetes, con porte erguido, hacían pompas en sus monturas cubiertas de mantas doradas. El lento compás de los cascos de los caballos era armonioso por la uniformidad del trote. Al paso de los llaneros, los transeúntes les saludaban con pañuelos y serpentinas multicolores, lanzándoles confetis como si estuviera nevando. La calesa dobló a la derecha entre los copos de nieve y se abrió paso entre grupos de saltimbanquis. Unos escupían fuego como

dragones, otros tiraban al aire bolos que se entrecruzaban sin chocar los unos con los otros y terminaban su alocada carrera en las manos de un juglar que, de inmediato, los lanzaba a otro que, a su vez, los tiraban al aire con gestos desenfrenados.

La calesa tuvo que pararse de golpe ante un círculo de gente que se iba amontonando. Se oían a la vez gritos de estupor y exclamaciones de admiración. Los dos Leo, Adelaide y Orensia se bajaron precipitadamente de la calesa, y cuál fue el susto de ellos al ver en los aires malabaristas que bailaban encima de una larguísima viga que atravesaba las ventanas de dos edificios.

-¡Nunca había visto semejante exhibición! – exclamó Orensia.

Ella ni podía creer lo que estaba viendo. Por su parte, Adelaide elogiaba a los malabaristas y comentaba con Leo sus hazañas y proezas. Incluso

entre los acróbatas estaba un niño vestido de conejo que desencadenaba los favores del público.

- ¡Joder!- dijo Leo I - ¡qué se van a caer!

- ¡No hables así! -le contestó bromeando Leo I - ¡Qué les va a traer mala suerte!

Y en el mismo momento, uno de los equilibristas, disfrazado de tigre, se resbaló y se agarró in extremis de la viga. El suspiro de la muchedumbre recorrió la calle entera. Unos se taparon los ojos, otros miraban fijamente el espectáculo como hipnotizados. Y luego, se oyeron gritos de pánico. “¡Se cae! ¡Dios mío! ¡Se cae! ¡Bomberos! ¡Bomberos!, ¡Se cae! ¡Se cae! ¡Se va a matar!” Los brazos del tigre flaqueaban y ahora su cuerpo entero estaba en el vacío, sólo retenido por las manos temblorosas. “¡Llaman a los bomberos!” “¡Bomberos!” Otros más listos se precipitaron por las casas abiertas, rompiendo puertas en otras por necesidad, y empezaron a tender y amontonar colchones en el piso. “¡Bomberos!” “¡Bomberos!” Y de repen-

te, no se sabe cómo, el tigre agarró la fuerza de los mil demonios y levantó de viaje su cuerpo con la única fuerza de los brazos cuyos músculos tensos e inflados estaban a punto de desgarrarse, hasta que finalmente, pasó lentamente las piernas entre ellos. Ahora sí, ahora sí estaba a salvo, colgado como un murciélago. La muchedumbre aplaudía a todo romper y lloraba, ovacionando al tigre-murciélago. Adelaide y Orensia no pudieron retener sus lágrimas.

-Dime Leopoldo- le preguntó Leo, emocionado, dándole una palmada en la espalda-¿Ese espectáculo es una comedia o una tragedia?

-Es una tragicomedia- le contestó Leopoldo, sin saber en realidad qué pensar.

Después de un intenso momento y una larguísima espera, la larga fila de calesas pudo, al fin, moverse con la ayuda de los bomberos. Pero decidieron ir al casco viejo caminando.

XXXIV

El casco viejo de la ciudad estaba atiborrado de gente. Adelaide, Leopoldo, Leo y Orensia transitaron por las calles ruidosas y estrepitosas, abriéndose paso con dificultad entre la muchedumbre. Pudieron contemplar los minuciosos pesebres iluminados, el fino trabajo de los artesanos de la madera que vendían juguetes de todo tipo, tirapiedras, silbidos en forma de pájaro, juegos de

construcción, barcos de vela, figuritas del Quijote y Sancho Panza, caballos con cabeza del macho ratón y cuerpo de escoba, muñecas rusas, peonzas y trompos. También descubrieron y observaron el fino trabajo de los artesanos del hierro y del cuero que proponían aretes, chapas y collares, y él de los artesanos del barro y del vidrio que ofrecían vasos, botellas, floreros y frascos. En pocas palabras, una dulce alquimia que refrescaba la vista y daba un aire juguetón y jugoso a la vida como el concurso del mango más gordo y sabroso que se abrió ante sus ojos.

El breve rótulo rezaba: “el mango de los mangos es una tradición ancestral que remonta a los tiempos más remotos. Solo participan en este concurso los productores profesionales o aficionados de las diferentes regiones del país. Gana el que presente el mango más gordo y sabroso ante un jurado conformado por expertos en la materia y novicios escogidos entre el público. El premio es un viaje en

tren o en barco de vapor por una duración de quince días. Gastos incluidos. ¡Una maravilla!”

-Ahora es tiempo de proceder a la selección entre el público. ¿Usted Sr.?

-No, gracias.

- ¿No le gustan los mangos?

- Prefiero las papayas.

“¡Je! ¡Je! ¡Je!” - se oía entre el público.

- ¡Qué lástima! Sabe usted que por ser miembro del jurado, gana cinco palos de mangos de las cien especies y media tonelada de mangos.

—Bueno- contestó el señor, asombrado-No sabía. En este caso,...

-Demasiado tarde, Sr., acaba de perder la oportunidad de su vida. Otra persona. ¿Usted señor?

- Claro que me apunto.

-Ahora, necesito a una señora. ¿Usted, dama?

Adelaide se puso colorada y no fue capaz de contestar.

-Señora, ¿no le parece? -repitió el hombre, insistente- Entonces le toca a otra señora.

Adelaide miró a su marido que le dijo:

- “Pero mujer, ¡Anda! ¡Anda! ¡No tengas pena!

-De acuerdo, de acuerdo - dijo Adelaide, alzando su sombría al aire- “Acepto. Acepto” -gritó ella- esta vez, convencida.

-Es su día de suerte, Sra. Un segundo más tarde y ya se le iba la fortuna.

La selección se prolongó un rato más y el concurso pudo comenzar. Lo que no sabían los Pedralba, ni Leo, ni su hija, era que era en serio. Y lo que al inicio fue como una broma, dilató más de tres largas horas. Adelaide tuvo que probarse una cincuentena de mangos de diferentes tipos, mangos mechudos, mangos rosa, mangos caraña etc. etc.

Menos mal que antes del concurso, tuvo lugar una preselección. El ganador fue un aficionado de la costa y tras ceñirle la cabeza de los laureles de mangos y proclamarle Rey del mango del año, recibió el premio de su elección: un viaje en tren.

Pudieron reponerse de sus emociones y del agotamiento en la plaza mayor, iluminada con gusto, entre retratistas, pintores, vendedores de caramelos y espumas. Se sentaron en la terraza de un café a comer helados, bajo una galería sombreada donde se encontraban librerías de lance. La plaza de ladrillos era imponente y los chorros de dos inmensas fuentes ovaladas refrescaban el ambiente. En primer término, las sombrías de las señoras que paseaban y los lentos carretes de golosinas, dulces y manzanas recubiertas de caramelo, cubrían, de vez en cuando, los columpios y tío vivo donde niños hacían filas. En segundo término, las antiguas casas coloniales con techos de tejas y grandes portones de madera eran como el decoro del espectáculo de danzas que daban bailarines al

son de la marimba, violines y guitarras. Se percibían los sombreros de paja y las largas faldas dando vueltas y vueltas. Sonaron las campanas. Leo miró su leontina:

-Ya son las nueve -dijo sorprendido- ¡Qué nos vamos a perder la carrera de toros a orillas del lago!

-¡Ay dios mío! -dijo Adelaide- Estoy exhausta. Discúlpame, Leo. Pero creo que ni voy a poder dar un paso más. Solo pensar en ir caminando hasta el coche me pone mal.

-Tiene razón -dijo Leopoldo- Mejor nos regresamos a descansar. ¡Tantas emociones!

- ¿Vale?

-¡Vale!

Los Pedralba regresaron a casa de don Leo y se fueron, a los pocos días, contentísimos de su estancia y listos para asistir a la carrera de toros del año próximo.

Los palos de mangos salían por la ventana de la carrosa y los ejes, a duras penas aguantaban la media tonelada de mangos. Ni hablar de los caballos.

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

La cinta azul

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

XXXV

A Enrique Humvol no le costó encontrar trabajo en el puerto. Se presentó un martes en la Cinta azul y a los pocos días, tuvo una entrevista con el señor Ulises Hustia, director de la compañía naviera. El encuentro fue breve. El señor Hustia lo recibió en su despacho de madera, en el segundo piso. Detrás de su gran escritorio repleto de cuadernos, carpetas y libros, estaba en la pared fron-

tal un timón de madera bien labrado de gran tamaño y, a ambos lados, en una cómoda lustrada pegada al tabique, dos diminutos veleros y una impresionante colección de pipas, de las más variadas: de madera cubierta de piel de foca, de cuero, de barro sencillo y de porcelana. Unas eran sencillas y se imaginaba uno que el Sr. Hustia las seguía ocupando. Otras tenían figuras como esculturas que representaban calaveras, rostros de mujer con sombrero o siluetas de extraños animales. Otras llevaban grafismos incrustados. Las había también muy largas que eran más bien de adorno. Los tabiques paralelos del despacho estaban cubiertos de mapas antiguos y recientes.

Desde la ventana, se miraba un suave chirimirí que envolvía el estuario y las nacientes instalaciones portuarias que se extendían en las inmediaciones de la Cinta azul, que pronto pasaría a ser Puerto viejo. La Cinta azul tenía sus oficinas a orillas de la cuenca fluvial mientras que el nuevo puerto en obras se levantaba detrás de diques

de agua de mar, éstos también en construcción. Ya habían traído algunos bloques inmensos y rocas gigantescas que iban formando una pequeña bahía de aguas mansas abierta al océano. Ese espectáculo atraía a diario los curiosos que se hacían cada vez más numerosos, así como los vendedores ambulantes hasta tal punto que se tuvo que poner barreras de seguridad.

-¿Un café? - le preguntó Ulises Hustia.

-Con mucho gusto - contestó Enrique Humvol.

Y le sirvió una taza de café turco con dos galletas mantecadas y una bola de chocolate.

- He leído su trayectoria. ¡Impresionante! Le confieso que nunca había encontrado a un marinero como usted que hubiese viajado hasta los mares árticos. ¡Qué cosa! Un día me contará. Yo personalmente y, sobre todo, de joven, navegué hasta La tierra de Palmer, en el Antártico, cruzando el Paso de Drake, de ahí nomas.

- *Quiere decir, el cabo de Hornos.*

- *Por supuesto. Solo hay un globo y dos polos. Usted y yo. Así va del mar como de la empresa. Usted me pidió un puesto de oficinista. ¿Por qué no? Le confieso que sería posible. Yo podría encontrarle efectivamente lo que me pide. Pero, le propongo mi brazo derecho, acabo de perderlo. Se fue ahí nomas, enfrente, a las oficinas del nuevo puerto. Era buen hombre y tuvo la razón. Le ofrecían una mitad más de lo que devengaba en la Cinta. ¡Qué quieres que le diga! Así va la vida. Así va el negocio. En lo que a su sueldo se refiere, le propongo el mismo del antiguo subdirector. ¿Qué le parece, Sr Humvol?*

- *Le estoy muy agradecido. Pero... no sé si daré la talla.*

-*Usted es un don modesto, Sr Humvol. Le asignaré tres secretarias y con la experiencia que tiene, no me preocupo. Usted sabe de mares y de hombres. Suficiente. Al inicio, le ayudaré perso-*

nalmente a desenvolverse en la Cinta. Mire los mapas y fíjese en las cintas azules. En cada cinta azul, estamos nosotros, directa o indirectamente.

Enrique no decía ni pío. Se quedaba observando detenidamente al Sr. Ulises Hustia y los objetos que lo rodeaban. Había conocido a un sinnúmero de hombres de mar, de cualquier categoría y de categoría, y no lograba ubicar al Sr. Hustia en el vasto e inmenso horizonte de la Marina mercante. Más bien lo divertía su forma de hablar.

-¿Conclusión? -Le preguntó- como acertijo el Comodoro.

- Polo antártico: desde el mar de Okhotsk hasta el mar de Tasman.

-¿Acepta?

-Acepto.

-Trato concluido - le dijo el Sr. Ulises Hustia. Y agregó con una infinita tranquilidad:

-Ya usted es de la Cinta azul.

-Pues bien -Contestó Enrique.

- Última pregunta. ¿Usted, por casualidad, no sería de la familia de don Alejandro?

- Lo que tenemos en común, son varias cosas, Señor Hustía. La proximidad fonética, la botánica y el mar. Pero nunca frecuenté cortes y palacios -le contestó con tono serio Enrique Humvol.

- Falta de práctica, Sr Humboldt. Usted pasó demasiado tiempo por los mares. Business is business. Negocio es negocio. Y se lo podría decir en diez idiomas más, menos en chino.

-¿Está claro?

- Por supuesto.

Al finalizar la entrevista, se levantó, le dio la mano y le dijo: “Acá me conocen como “Comodoro”. Así que me puede llamar Sr Hustia, poco usado, don Ulises, más habitual, o comúnmente,

“Comodoro” según su antojo. No le digo bienvenido a la marina mercante como les digo a los novales grumetes de muelle ya que usted la conoce tal vez mejor que yo. Nos vemos pues, el lunes, a las cinco de la mañana.

- Adiós, Sr Hustía. Hasta el lunes- dijo despidiéndose Enrique Humvol.

-Hustia, Hustia- corrigió el Comodoro de buen humor.

XXXVI

Pensó Enrique Humvol dedicar el fin de semana a leer los dos voluminosos manuales de cuentas y gobiernos que encontró, por casualidad, en la librería El Universo del barrio Enero Paz. En esa librería, se encontraba de todo y a Enrique, le gustaba pasar horas y horas examinando libros, revistas, escrutando mapas, hojeando periódicos o charlando con el librero apodado Aristóteles por

su inmenso conocimiento y sus trucos de lectura que sólo desvelaba a los amigos. Y Enrique Humvol tenía la suerte de ser uno de ellos desde hacía años incluso antes de tomar la decisión de ser marinero.

Sus regulares visitas al Universo, en busca de libros y revistas sobre semillas, bulbos, plantas de cultivo, en particular el tabaco y plantas aromáticas, habían hecho que con el transcurrir del tiempo se amistara con Aristóteles. “¡Ojo! Enrique” -le decía el librero- “si sigues ese camino, vas a tomar él de tu bisabuelo”.

Aristóteles tenía más de medio siglo de vivir allí, en la librería misma donde solo una cortina separaba su casa del oficio. Enrique le dio el golpe de gracia al proponer construirle una verdadera separación. Al inicio, Aristóteles se enojó y rechazó tajantemente la idea. A él, no le gustaban las separaciones. No insistió Enrique hasta que un buen día, un librero completo le cayó encima. El pobre Aristóteles pasó encamado tres semanas

completas con un leve traumatismo y una pierna enyesada. A decir verdad, su cráneo no resistió a la caída de los volúmenes imperiales y sobre todo al alud lexicológico de la Real Academia española. Y, por primera vez en medio siglo, tuvo que cerrarse El Universo dejando un vacío tremendo del tamaño de un cráter de cometa.

“El librero venció al librero” -le dijo Enrique- y éste, refunfuñando, tuvo que aceptar el principio de separación, idea que germinó ni unos días en la mente de Aristóteles.

A Enrique Humvol, el oficio de subdirector de la Cinta Azul ni lo tenía preocupado, ninguna aprensión sentía y por lo demás, el Comodoro le caía bastante bien. Se miraba jovial, bromista, serio y emprendedor. Además, las secretarías que estaban a su servicio eran muy amables y cordiales. Lo único que le aburría un tanto en su nuevo puesto de responsabilidad, más por pereza que por impaciencia, era volver a estudiar o, mejor dicho, estudiar en serio, lo que nunca había hecho

en la vida. La tierra y los mares lo habían formado más que otra cosa.

Empezó a hojear con pocas ganas el primer tomo de cuentas y gobiernos y pronto se aburrió ante las columnas de cifras, las reglas algebraicas y la lectura de normas y códigos comerciales que, por ley, se tenía que respetar y aplicar. Enrique no se sentía un hombre de reglas en el sentido normativo. Todo eso se debía tal vez a la escuela o a su propio carácter. De joven, prefería vagar por los montes que estar el trasero sentado, horas y horas, escuchando a alguien insípido y soso que impartiera normas y reglas de vida. No había pasado de la primaria y la única regla que utilizaba, era la de la vara de madera plegable que había fabricado el mismo y graduado con lápiz para hacer sus obras. Con el paso del tiempo, había inventado un refrán al respecto: “Quién toma la medida de la medida, se ahorra la desmesura”.

Desde su regreso al Callejón sin salida, se había levantado una casa a dos manzanas de la casa

familiar. Una base de concreto, cinco líneas de ladrillos, muros de madera y techo de tejas. Suficiente para él solo. Era, a pesar de todo, una casa cómoda que comprendía una sala con cocina y tres cuartos de los que uno le servía de despacho y cuya ventana se abría sobre la calle Los floreros, dando la puerta principal al Callejón.

La calle Los floreros era más bien una alameda con pocas casas que tenían grandes oasis floreadas de ambos lados. Un patio delantero y un gran jardín trasero. No había ni tienda, ni taller, ni fábrica. Solo mansiones y algunos predios vacíos o solares descuidados. Por ahí, no pasaban las mulas. Solamente los burros de los lecheros, panaderos y verduleros. Lo más común eran los carruajes y calesas de marca con gente de etiqueta. De memoria de vecinos, nunca jamás se vio a gente de la alameda pasar o pasear de día por el Callejón. Puede ser que hubiesen existido excepciones, siempre las hay, y más probablemente de noche, pero esa distancia a tan poca distancia se había im-

puesto con el tiempo como una regla que todo el mundo parecía respetar.

Raúl con su familia y Praxímedes con la suya, seguían viviendo en la casa familiar que habían dividido en dos partes, al igual que el jardín. Este cuidaba del hermano menor, Dionisos, que todavía usaba pantalones cortos. El hecho de que Raúl con su esposa Luisa y Praxímedes con la suya, Amalia, se quedaran en la casa familiar fue un arreglo común entre todos los hermanos. La verdad es que la familia Humvol tenía eso de poco común en el vecindario e, incluso, podríamos decir, mas allá de ese perímetro limitado, que era la existencia de ese sentimiento común muy fuerte de solidaridad entre ellos, en el sentido dúctil y acomodaticio de la palabra. Dicho de otro modo, cada quien vivía su vida por su lado, sin necesidad de verse a menudo o de encontrarse, todos reunidos, por motivos del calendario, que sean los cumpleaños, las fiestas de Navidad etc. etc.

Isabel, por su parte, había definitivamente doblado página con Pascual Cal, tras enamorarse unos años más tarde de Giuseppe Gómez R., empleado administrativo. Se habían ido a vivir a la Isla verde, un archipiélago situado a varias horas en barco del Estuario, famoso por sus ciudadelas y fortificaciones y que se había hecho célebre también por la edificación de balnearios. Vivía ella ocupándose con su marido de una finca de tamaño razonable.

En cuanto a María Luisa, estudiaba enfermería y vivía en casa de Aníbal que se había independizado tras ganar dos veces a la lotería. A su temprana edad, moraba en una mansión y vivía de sus rentas, alquilando casas en El Valle, la tercera ciudad del país. Allí se había trasladado también Justo, estudiante de derecho.

En lo que a Teodosio se refiere, vivía en Las Ramas, segunda ciudad del país, tras matrimoniarse con la Sra. Juana Ruiz de Mendoza, a quien ni conocía el propio Enrique.

Recordando a sus hermanos, Enrique optó por un fin de semana en Las Ramas que tampoco conocía. Los manuales de cuentas y administración bien podían esperar unos días más.

UDI-DEGT-UNAH

XXXVII

Desde las inmediaciones de Las Ramas, ciudad situada a unas leguas de la costa, detrás de unas lomas de no mucho relieve pero suficiente para protegerla de los fuertes vientos de mar, se sentía el olor tan particular y embriagador de los naranjos, limoneros y pomelos. A duras penas subía el caballo de Enrique Humvol por lo pedregoso, polvoriento y resbaladizo que estaban los senderos

en la estación seca. De tan estrechos, rocosos y abruptos que eran, apenas podían cruzarse dos jinetes o muleteros que abundaban en esa región. Todavía no se había construido la carretera circundante que permitiría unos años más tarde llegar a la costa más fácilmente.

A medida que se acercaba Enrique Humvol a los suburbios, se iba disipando el denso vapor cálido que arrojaba los techos y las fachadas blancas de las casas. Lo que más le llamó la atención a Enrique fue que, pese al bochorno, las aguas del río eran profusas y su caudal abundante. Flotaban y se hundían las sábanas y las prendas de vestir con el incesante bateo de las lavanderas abrigadas bajo chocitas con techos de paja. Las impuntuales lavaban y frotaban en el río mismo, agua hasta la cintura. Hileras de ropa limpia ondeaban secándose en las riberas mientras que grupos de niños se bañaban y jugueteaban aguas arriba. De vez en cuando, dejaban correr pelotas o flotadores para provocar a las lavanderas o se metían por

debajo del agua, como hábiles peces y les picaban las piernas para asustarlas.

El río rondaba la parte oeste de la ciudad, las más verde y, siguiendo su curso, se adivinaba el casco periférico de la antigua ciudad por la presencia de muros en ruina. A lo lejos, se divisaba la iglesia. Enrique empezó a dudar dado que, según le habían contado, la casa de su hermano se encontraba cerca de la iglesia. Pero no podía ser aquella, por la distancia que la separaba del centro. Pero a medida que se adentraban en las calles de la ciudad, no encontró ninguna iglesia. Se apeó del caballo y decidió ir a tomar algo en la terraza de un café que bordeaba una gran plaza pavimentada. La terraza estaba llena.

Las Ramas era de esas ciudades provinciales, administrativas y comerciales cuya riqueza y crecimiento provenía en gran parte, desde tiempos lejanos, de los cítricos y de las hortalizas. Los cítricos se exportaban a lomo de burros, hasta la costa o tierras adentro, hacia los países vecinos. Pero

grandes cambios se avecinaban para Las Ramas. El ferrocarril estaba por todos lados. Grandes vallas y mapas publicitarios anunciaban por las principales calles de la ciudad la próxima llegada del ferrocarril y de sus futuras líneas.

Enrique se dio cuenta de inmediato de la importancia del tema al escuchar las pláticas de los clientes habituales. Solo se hablaba de ese asunto e incluso los camareros y el patrón se metían en las discusiones, ocasionando querellas, broncas y disputas que largos meses durarían. El ferrocarril por ahí, el ferrocarril por allá, el emplazamiento de la futura estación que no se sabía si la pondrían en el centro mismo, lo cual parecía difícil, o en la periferia. Un solo relajo pues. De todas formas, la estación no figuraba en los planos. Solo se miraban las líneas que salían y partían de la ciudad pero no se sabía de dónde. “Al no querer problemas”-decía la gente sentada a la par de Enrique Humvol- “los van aumentando”. “A lo mejor -comentaba él que fumaba puro y que se miraba

más al tanto- “se le han olvidado indicar la estación en los planos o tal vez ni lo saben ellos mismos o más probable, lo esconden”. “Y ¿por qué lo harían? -Preguntaba otro de bigote, que parecía un tanto ingenuo. -“Porque tarde o temprano tendrán que demoler casas o edificios, ¡ignorante! “-le contestó él del puro medio enfadado- “¿La iglesia?” -se atrevió a preguntarle en voz baja Enrique Humvol como para no molestar pero no le dio tiempo de terminar sus frase. “¡Van a demoler la iglesia!” -lo cortó casi atragantándose él del bigote. “¡Van a demoler la iglesia!” “¡Qué escándalo es ese!” “¡Que vivimos en un mundo de locos o qué!” “¿Han oído?” “¡Van a demoler la iglesia!”, según el señor. “¿Qué lío es éste?”-Preguntaron los de las otras mesas contiguas- “¡Nos vamos a morir sin la iglesia! ¡Hostia! ¡Eso no puede ser! -¡Tranquilos! ¡Paciencia!- dijo él del puro- “por el momento el tren es de papel”.

- “La iglesia, por favor,” -repitió Enrique Humvol- “¿Podrían indicarme dónde queda la iglesia

porque dudo de que la iglesia de arriba sea la única iglesia?”

El de bigote se disculpó, riéndose por la confusión, y le explicó que en la ciudad, no había ninguna iglesia. La única era aquella, que se miraba en los altos de la ciudad y que se parecía más bien a una ermita.

*-Seguro que no hay ninguna iglesia en la ciudad
-inquirió Enrique Humvol un poco desnortado.*

-La única iglesia que hay es la de los altos. La otra iglesia es la de los bajos.

-Entonces, hay dos iglesias.

Y todos se pusieron a carcajear.

- ¡No! ¡Hombre! Nosotros somos buenos parroquianos como lo ve, incluso de la Iglesia pero más noche. Le voy a explicar sencillamente -dijo con un vaso de cerveza en la mano- la de los bajos, es la más famosa de las tabernas de Las Ramas por

ser también sala de baile y espectáculos y así se llama: La I-gle-sia. ¿Entiende usted?

-¡Ya! ¡Claro que ahora entiendo! y gracias por sus luces.

Enrique Humvol volvió a pedir una cerveza y se lió con los parroquianos que incluso conocían a su hermano Teodosio que era amigo del señor del puro llamado Max. Enrique pasó allí un gran rato muy placentero, sentado en la terraza del café. Y, como empezaba a anochecer, se despidió de los parroquianos con la promesa de volver a verlos.

Al llegar cerca de la taberna, Enrique Humvol le dijo a Avispa, su caballo: “al fin, con la iglesia hemos topado”.

XXXVIII

Enrique Humvol amarró a Avispa a un gancho de hierro del espeso muro de la casa de su hermano y vio a cuatro niños jugando en el patio. “¡Qué raro!” -Pensó entre sí- “Me imaginaba que solo te-nían dos hijos”. La verdad es que Enrique Humvol no se había tomado solo una copa en la plaza mayor sino varias. Los asuntos ferroviarios se los había tomado en serio como los iglesianos que

los consideraban ya como uno de los suyos por haber compartido mesa y cerveza con ellos durante largas horas.

El caserón de su hermano era una casa solariega con extenso jardín delantero sembrado de chagüites y árboles frutales y con un cenador cubierto de buganvillas que ampliaba la posesión y que había de dar frescor en los atardeceres cálidos y ventosos. Sonó la campana varias veces y se precipitaron los cuatro niños.

-¿Quién es usted? - preguntó el mayorcito.

-Tú eres Teodulio -le contestó con aplomo Enrique Humvol.

-Y, ¿Cómo lo sabe usted?

-Porque lo sé.

-Y, ¿Cómo me llamo yo? -preguntó él que parecía ser el segundo.

-Eres Mauro. ¿Me puedes abrir el portón, Mauro?

Los niños se quedaron asustados y sin saber qué hacer, se quedaron un momento paralizados y de repente, todos se fueron disparados hacia la casa como pajarillos espantados.

-¡Mamá!, ¡Mamá! -corrían gritando en coro. ¡Mamá! ¡Mamá! Ahí hay un señor que quiere entrar en casa.

-¿Y lo dejaron pasar? -preguntó la madre furiosa.

-Por supuesto que no – contestó la que debía ser la más chiquita, coqueta y aliñada que lucía un vestido coloreado con vuelos.

-¿Cómo quieres que lo hagamos si no tenemos la llave?- dijo ella como burlándose de su madre.

-¡No seas insolente! ¡Por favor, Bárbara!

-Lo más extraño- le explicó Teodulio a su madre, mirando a la vez hacia el hombre que no era más

que una silueta negra desconocida detrás del portón de la casa -es que conocía mi nombre y también él de Mauro.

Un tanto intrigada, la madre mandó a la empleada a ver lo que quería ese hombre. Mientras tanto, los hijos se quedaron en las faldas de su madre, menos Teodulio que dándosela de hombrecito, se dejó ir hasta la mitad del camino de guijarros que llevaba al portón. Y de ahí, no se movía, esperando que algo pasara.

-¿Quién cree que es? -preguntó Tatiana, de pelo rizado, a su madre.

-En seguida lo vamos a saber, Tatiana, ¡no te preocupes!

Teodulio se adelantó a la sirvienta y corriendo, le gritó a su madre: ¡Es Enrique! ¡Tío Enrique! ¡Es tío Enrique!

La madre esperó la llegada de la criada que le confirmó la identidad del desconocido.

-Y, ¿Por qué no le abriste el portón? ¿Y por qué no lo dejaste pasar?- preguntó la madre a la criada, un tanto irritada ésta por los reproches infundados de la señora.

- Esperaba sus órdenes, señora -contestó la sirvienta de mala manera- Imagínese que sea otro, un ladrón, por ejemplo ¿Cómo lo puedo saber yo?

Finalmente fue la madre rodeada de su séquito familiar la que fue a abrir el portón de la casa. Pero al llegar a éste, confusa y apenada, se dio cuenta de que no se había llevado consigo las llaves. Tuvo que decir a Teodulio que hablara con la empleada para que se las diera. Pero éste se negó firmemente y mandó a su hermano menor que aceptó con tal de ir en bicicleta. La madre estaba fuera de sí y, de la vergüenza, tuvo que aceptar a regañadientes.

Enrique miraba ese espectáculo con desprendimiento y curiosidad pensando en lo quieto y sose-

gado que debía de ser vivir con tantos hijos traviosos.

Después de un largo rato, llegaron las famosas llaves que eran dos. Dos gruesas llaves de acero que introdujo Juana Ruiz de Mendoza en las cerraduras, pensando en lo ridículo que debía parecer ella ante los ojos de su cuñado.

-¡Bienvenido a casa! -Le dijo la esposa de su hermano. ¡Disculpe la tardanza! -suspiró. Usted entenderá... ¡con los niños...! Me imagino que su esposa debe alegrarse como yo con tantos críos juguetones.

-Lo siento, Señora. Soy soltero y no tengo hijos.

-¡Qué torpe soy! -Confesó la Sra. Ruiz de Mendoza de Humvol, aún más nerviosa y colorada como un tomate.

-¡Pase! ¡Pase! ¡Vamos a casa que Teodulio no debe de tardar!

-¡Mamá! ¡Mamá! Preguntó Teodulio. Y, ¿El caballo?

-¿Y?

- No lo vamos a dejar solo.

-Y ¿qué? No es tu problema. Es asunto de tu tío.

-No lo vamos a dejar afuera, pobrecito. Nos lo pueden robar. Mejor llevarlo a las cuadras y allá estará más tranquilo y a sus anchas.

-Ese caballo no es tuyo-le contestó fastidiada la madre- Tu tío don Enrique sabe mejor que tú lo que ha de hacer con su montura.

-¿Te apetece llevar a Avispa a las cuadras?- le preguntó Enrique, divertido por lo avisgado que era su sobrino.

Subió al niño al caballo y lo llevó de las riendas hacia las cabellerizas.

-¡Miren!-Decía el chavalito a sus hermanos- ¡Qué buen jinete soy!

Los demás no se inmutaron al verlos pasar y más bien se burlaron de él. Dirigiéndose a sus otros hermanos, Tatiana les dijo:

- Anda Teodulio a caballo como si tuviera una escoba en el culo.

Y empezaron a reírse a todo romper.

-¡Tiene ínfulas de caballero y ni es capaz de montar a rienda suelta!- Agregó burlón y mordaz Mauro.

-¡Cuidado que ya viene Mamá! Si nos oye, nos va a castigar y ¡Recto al calabozo! - dijo Tatiana- la más atrevida y temeraria.

Los tres se dirigieron corriendo hacia la casa para ver de más cerca al tío Enrique y conocerlo. Pero en ese momento, la golosina pudo más que la curiosidad. Se precipitaron a la cocina y abrieron los armarios para saciar su estómago. Una vez engullidos los dos paquetes de galletas y una bolsa de caramelos en los bolsillos, se fueron a la despensa

donde la criada había preparado para la cena dos fuentes de mousse de chocolate. Al ver ese postre tan rico y untuoso, no pudieron resistir y los tres empezaron a meter los dedos en la primera fuente y a chupárselos de placer y de pura gula.

-¡Esta mousse de chocolate es para morirse! -dijo Mauro.

- ¡Come y calla! - le contestó Tatiana- que ya deben de estar en la sala.

-Vámonos -dijo Bárbara – nos van a sorprender.

- ¿y cómo me ven así? – preguntó Tatiana que se había hecho un bigote de chocolate.

Los tres se pusieron a reír a carcajada y al oír los pasos de la criada, se salieron por una de las trampas de madera que daba al jardín.

Lo cierto es que la casa solariega tenía algo de castillo de otras épocas construido por quién sabe que arquitecto quijotesco que queriendo hacer una

quijotada cometió una barrocada. Solo faltaban las trampas y por cierto, las había.

UDI-DEGT-UNAH

XXXIX

Llegó Teodulio a casa, elegante como siempre, vestido de camisa blanca, chaleco y pantalón ahuecado de lino gris claro.

- ¡No me lo puedo creer! -dijo al entrar en el salón- ¡Enrique en Las Ramas! Hace siglos, hermano. ¿Cómo andas?

- *Bien hombre. Muy bien, gracias. Y ¿tú? Siempre distinguido y refinado. Te has dejado crecer la barba.*

- *¡Uh! ¡Hace añales!*

- *Te luce. Yo te conocí de bigote fino.*

Y los niños, sentados en el canapé, se pusieron a sonreír.

- *¿Qué les pasa hijos? ¿No sabían que su padre llevaba bigotes?*

-*No, no sabíamos – dijo Mauro. Nos cuesta imaginarte con bigotes.*

Y Teodulio volvió a dirigirse a su hermano:

- *Así es hombre. Era otra época. Todo cambia. Así va del mostacho como de la vida.*

- *Vamos a celebrar tu llegada como se debe, hermano. Estoy contentísimo de verte. ¿Hace cuanto tiempo? ¿Ocho, diez años? ¿Ni conocías la*

casa? ¿Verdad? ¡Qué feliz me siento de verte nuevamente después de tanto tiempo!

Enrique se puso a sonreír.

-No, no la conocía y la verdad es que me ha costado encontrarla. Tienes una casa muy bonita y una familia preciosa. Tuve el placer de conocer a tu esposa y a tus cuatro chigüines así como a tu amigo Max que me dio la dirección exacta si no nunca hubiera dado con la Iglesia.

-¿Conoces a Max? -dijo sorprendido Teodulio. Ya ves, Juana, lo chiquito que es el mundo. Siempre te lo digo. El mundo es como una aldea.

La sirvienta llegó con una bandeja y dispuso en la mesa del salón la botella de ron, una fuente repleta de cubitos de hielo con trozos de limón, taquitos rellenos y galletitas saladas. Los niños se precipitaron hacia la mesa para agarrar unas cuantas de ellas pero, en seguida, la madre se interpuso desquiciada:

-¡Niños, al baño! ¡Y ya!

-Disculpe, don Enrique -dijo Juana- Hay hábitos y costumbres a los que una no escapa: el baño de los niños. Aunque es viernes y mañana no van a la escuela, el rito es inmutable todos los días de la semana.

-Anda, cariño, te esperamos para la cena- le contestó Teodulío.

Le cena pasó de maravilla incluso hasta el postre, cuando la criada sirvió la fuente de esa deliciosa mousse de chocolate. El padre hubiera querido más, pero desgraciadamente, no había más y su esposa reganó a su marido por ser demasiado goloso. Los niños no molestaron para nada tal como se lo imaginó Enrique. Después del baño, bajaron la escalera en pijama y en fila india, se fueron a cenar en la cocina. Luego, se despidieron de tío Enrique. Enrique Humvol se perdió un instante y quien sabe porqué, Orensia estaba con él, en sus pensamientos.

-¡Tío! ¡Tío! Mañana te vamos a enseñar nuestro castillo. Verás lo bonito que es –dijeron los niños– y los cuatro lo cubrieron de besos antes de acostarse.

El incidente de la fuente de chocolate pasó desapercibido por doble arreglo previo. Al darse cuenta la criada del desastre acaecido en una de las fuentes, llamó enseguida a los cuatro niños a la cocina para que se explicaran. Y de inmediato se armó la pelota. Teodulio empezó a hacer un escándalo diciendo que él no tenía nada que ver en eso, que él no era responsable de lo que había pasado y que, de todas formas, la mousse de chocolate no era su pastel preferido y que ya no era niño para andar con semejantes idioteces. Los otros tres agacharon la vista y en voz baja, uno tras otro, pronunciaron la misma frase condenatoria pero con distintas tonalidades:

-yo lo hice -dijo Bárbara ruborizada y apenada.

-Yo lo hice- dijo Mauro fingiendo sentir su pecado.

-Yo lo hice -dijo Tatiana por pura obligación y añadió ella, levantando los ojos al cielo como recitando algo aprendido de memoria en tono monótono:

-Nosotros lo hicimos. Somos los únicos culpables. Reconocemos nuestra completa responsabilidad en la medida de dedos. Lo sentimos mucho.

Tras confesar su culpabilidad y a cambio de no decir nada a los padres, la criada obtuvo de ellos una cooperación inmediata e irrevocable en los quehaceres domésticos: nada de exigirle a ella cosas que no le correspondiera y, más particularmente, en lo concerniente al arreglo de los cuartos de cada uno, incluso él de Teodulio: nada de dejar los juguetes tirados en el suelo, nada de cama sin hacer etc., etc....

El segundo arreglo fue consecutivo al primero y fue a iniciativa de Teodulio que se mostró inflexi-

ble para con sus hermanos. Los tres chiquillos se comprometieron a entregar al hermano mayor la mitad de los caramelos y golosina que recibían cada semana a cambio del silencio completo de éste sobre la fuente de chocolate.

A la mañana siguiente, Enrique encontró la casa vacía, sin ningún ruido. Estaba todavía con sueño y la cabeza le dolía un tanto como si hubiera pasado la noche en la Iglesia. Se dirigió al umbral de la puerta para ver el color del cielo y se encontró con toda la familia desayunando en la terraza bajo el cenador. Jugo de guayaba, café, chocolate, rebanadas de pan, tostadas untadas con mantequilla y jalea y rodajas de piña.

- ¿Con qué quiere desayunar, Enrique? -Le preguntó Juana.

-¡No! ¡Bárbara! -Exclamó el joven Teodulio enojado- ¡Tío Enrique se va a sentar a la par mía! Vos sos una cochina, todavía necesitas de un barbero para comer.

- ¡Niños! ¡Por favor! No van a empezar -dijo Juana con tono firme y decidido- Enrique desayunará al lado de su hermano y punto final. ¡No hay nada más que decir!

- ¡Así es, niños! -contestó el padre con tono a la vez autoritario y conciliador.

- ¡Ya ves! -Dejaste caer la rebanada al suelo. ¡Sos una cochina! -Dijo Teodulio dirigiéndose a su hermana.

- Y a ti ¿qué te importa? ¡Gordo feo! - contestó la menor sacándole la lengua.

- ¡Ya basta! -dijo la madre. Tienen que saber comportarse en la mesa como niños decentes. ¿Qué va a pensar su tío?

- Su madre tiene razón, intervino el padre. Lo primero es comer bien para tener fuerza. Y luego a jugar.

- ¡Chouette! Papito. Y ¿a qué vamos a jugar? - le preguntó Tatiana a su padre.

-¡Chouette! Y ¿Qué cosa es esa? -contestó el padre.

-Significa lechuza, Papito. Me lo enseñó mi profe de idiomas -Replicó radiante Tatiana.

-¡Lechuza sos vos! -le dijo Mauro.

- No le hables así a tu hermana -se interpuso la madre. ¡Ya es suficiente!

-Mamá. Por favor, no te enojés. Tatiana tiene razón. “Chouette” es “lechuza” en español pero significa también “guay” como cuando dices: ¡Guay Papito! ¡Chouette Papito!

- ¡Qué educados son esos chicos! - dijo Enrique Humvol-. Saben varios idiomas a su edad. ¡Qué bien! Eso les servirá en el futuro.

- Si no le molesta a su tío, niños, ya lo concertamos con su madre, iremos a pescar y a merendar a orillas del río.

-¡Chouette! ¡Chouette! ¡Chouette! -dijeron los niños.

-¿Qué te parece? Enrique.

-Enrique, sentado a la par de su hermano con una taza de café en la mano le dijo que sí, por supuesto que sí, que era una muy buena idea, una idea muy maja.

XL

Dos largos petates se extendían a la sombra de un frondoso chilamate encima de los cuales estaban varias cestas de mimbre, cojines y los bolsos de los niños llenos de juguetes. Teodulio había colgado dos hamacas entre los cocoteros a los pies de los cuales habían puesto el material de pesca: las largas varas de bambú, el rollo de hilo, los pedazos de corcho, los anzuelos y los cebos que no eran

más que granos de maíz cocidos. Los niños ya se habían ido a jugar a orillas del río y habían dejado tiradas sus bicicletas. En esa curva del río, las riberas verdes decaían lentamente hasta formar extensas playas de guijarros y sedimentos que les daban un aire de bahía marítima. Esas márgenes lozanas eran el lugar predilecto de los Ramareños que por ahí solían pasear los domingos por la tarde en familia y el sitio favorito de los jóvenes quienes acostumbraban frecuentar esa diminuta bahía al atardecer y más numerosos las tardes sabbatinas. Ahí dejaban huellas oscuras de fogatas como tantos fuegos de sus largas noches lejos de los padres.

Tatiana y Bárbara se habían precipitado en los márgenes arenosos para hacer castillos con palitas y baldes mientras que Teodulio y Mauro habían amontonado los guijarros más lisos para hacer rebotes encima del agua. Aburrido por no lograrlo y harto de escuchar los consejos de su hermano, Mauro se había juntado a sus hermanas y las

ayudaba en la edificación del castillo cuyos fosos se llenaban y se vacían según las corrientes. Desde la ribera opuesta, grupos de niños estaban divirtiéndose en las aguas y les hacían señales, brincando, saltando, danzando, exultando de alegría en las aguas.

Tras dar una vuelteita por las riberas y mojarse los pies para probar la temperatura del agua, Teodulio, Enrique y Juana se fueron a sentar debajo del chilamate. Corría un dulce viento entre los follajes que propagaban efluvios melosos de mangos, guayabas y guanábanas. La contemplación de ese paisaje idílico era propensa a la relajación, al abandono y a los ensueños. Enrique evocó sus viajes por los mares de la China meridional, el golfo de Tailandia, los mares de Célebes, de Java, Banda y Arafura. Juana y Teodulio se dejaban transportar por sus relatos marítimos y la descripción de los lugares que de ellos hacía. Al mismo tiempo, estaban viendo pasar las nubes bajas que

empujaba suavemente el viento como lentas balsas en los manglares.

-¿Y nunca pensaste en casarte? -Le preguntó repentinamente Teodulio a su hermano. No me vas a decir que por allá no has encontrado ninguna flor.

Enrique se puso a sonreír y le contestó bromeando:

-La verdad es que la vida de marinero te deja poco tiempo libre, hermano, contrariamente a lo que piensa la gente.

-¿Y ese anillo en la oreja? -Encareció Teodulio- se apareció por sí solo como en un cuento chino.

-Un regalo. Un simple regalo.

- ¿Y de quién? ¿Se puede saber? -preguntó con aire malicioso Teodulio.

-No molestes a Enrique, lo cortó su esposa. Esas cosas no son tuyas y no se dicen. Eres muy indiscreto, preguntón e indecoroso.

- Gracias Juana -dijo Enrique divertido. Esas cosas no se dicen y nunca se las diré a Teodulio -contestó guiñándole discretamente el ojo a su hermano.

En ese momento, llegaron corriendo los niños clamando por el hambre que tenían. La madre abrió una de las cestas de mimbre y le dio a cada uno dos bocados, uno de jamón y queso, otro de tortilla y sacó las dos cantimploras de jugo.

-¿Y cuándo vamos a ir a pescar? -preguntaron a sus padres Mauro y Teodulio, la boca llena.

-Después del almuerzo. Terminen tranquilamente los bocadillos y luego irán a pescar con su padre y su tío. Yo me quedo acá, tranquila. Y quienes quieran quedarse, que se queden conmigo.

Enrique y Teodulio estaban preparando las varas de pescar y dejaron a los dos niños varones meter el granito de maíz en el anzuelo. Mauro y Teodulio estaban bien animados, entusiasmados, convencidos de que, por la noche, comerían sus propios pescados fritos. Incluso el padre les había enseñado como vaciarlos y quitarles las escamas. Cada quien agarró su lugar y empezó, al fin, la partida de pesca. Bárbara y Tatiana venían a verlos de vez en cuando haciendo comentarios sobre la manera de pescar de cada quien y se burlaban de ellos, viendo que los salabres caseros quedaban desesperadamente vacíos. “Esta noche -decían ellas en voz alta- vamos a comer huevos con papas y nada de pescado. ¡Es una lástima!” -decía una- “porque a mí me encanta el pescado frito”. “No pican mucho por acá” -decían los niños- y cambiaban a cada rato de lugar. Enrique y Teodulio les decían que no hicieran bulla para no asustar a los peces y que se quedaran concentrados en el corcho, que siguieran atentamente el curso de las corrientes. Varias veces cambiaron el

granito de maíz que se había descompuesto de tanto quedar en el agua. El padre, para animarlos, les decía que eran mordiscos de peces y que tenían que fijarse en la línea inferior de flotación. No había pasado ni una hora cuando, aburridos y desilusionados, Mauro y Teodulio se rindieron y se retiraron en puntillas dejando tiradas sus varas en la ribera para irse a jugar raquetas con amigos suyos que acababan de llegar.

-Piensan que no les he visto- dijo el padre como reganándolos.

-Déjalos- dijo Enrique- Se disgustaron. Ya ves que ni nosotros hemos sido capaces de agarrar un solo pez. Parece que no es la buena hora. ¡Qué por ahí no pica!

-Y dime – Enrique - hablando en serio, estamos solos los dos ¿por los mares del sur, pica?

- Pica que sí pica, hombre, si sabes cebar el alma con sentimientos.

- *Te has vuelto filósofo ¿o qué? Hablas como un sabio.*

- *Así es de los sentimientos como de la vida misma. La simplicidad, el candor, la naturalidad, la sobriedad. Seis años navegando por los mares del sur. Eso te cambia en parte ¿no?*

-*Y el anillo, ¿es un anillo de compromiso?*

-*De cierta forma.*

-*¿Es guapa?*

-*¿Muy guapa?*

-*¿Cómo se llama?*

- *Hua.*

- *¿La quieres?*

- *Creo que sí. La quería. Mejor hablar en pasado que ya las distancias hacen las cosas imposibles. Ya no pienso volver por esas tierras. El pasado es el pasado. No te había contado. Acaban de ofre-*

cerme un puesto de vice director de una compañía naviera. Acepté la propuesta. Empiezo este lunes.

- Felicitaciones, hermano. Realmente, estoy muy contento por ti. Te lo mereces.

Ambos hablaron de sus andanzas y correrías. El uno, de la sastrería, el otro de la marina mercante y por supuesto, de la familia dispersa por todo el país. Después de tanto hablar y hablar, hubo un largo silencio. Los dos miraron hacia la curva de donde acababan de salir dos lanchas pesqueras que se estaban acercando lentamente.

Y, de inmediato, los dos se miraron a los ojos, riéndose.

-¿Piensas lo mismo?

-Lo mismo.

-¿Voy o vas?

- Como quieras.

- *Voy -dijo Enrique- Nadie se va a dar cuenta de mi ausencia.*

Enrique se puso a caminar en dirección a las lanchas que venían de atracar en las riberas. Se quedó un rato hablando con los dos pescadores cuyas redes estaban llenas de peces y regresó con un bulto que llevaba debajo del brazo cubierto por el chaleco.

-Aquí los tengo - dijo a su hermano- Los vamos a meter en los salabres. Ocho hermosas mojarras. Era como si no hubiera pasado el tiempo. Los dos niños Humvol del callejón haciendo a escondidas sus bandidencias.

- ¡Recojamos las varas y les damos la sorpresa!

-¡Sale!

- ¡Sale!

La partida de pesca y las mojarras asadas concluyeron el día que se fue tan rápido como el día anterior. Al día siguiente, se marchó Enrique Hum-

*vol muy de madrugada para El Estuario monta-
do en Avispa.*

UDI-DEGT-UNAH

XL I

Enrique Humvol se sorprendió a sí mismo. Había aceptado el puesto en la Cinta azul porque se lo había planteado como algo necesario. Y después de varios meses le encontró sal y pimienta. Había un buen ambiente laboral, algunas que otras zancadillas profesionales, la rutina, nada más. Ulises Hustia había tenido olfato. Enrique se metió en la piel de subdirector de la compañía sin ningún

problema y con una facilidad desconcertante. Lo supo El Comodoro desde el primer día por la independencia y desprendimiento de Enrique Humvol. Ni las primeras semanas estuvo encima de él. Solo insistió en mostrarme el funcionamiento de los archivos mercantes que él mismo había hecho años tras años: la empresa portuaria en sí que comprendía las oficinas, las instalaciones portuarias afines, propiedad de la compañía, la plantilla cuyos archivos se dividían entre los de adentro y los de afuera; las compañías propietarias de barcos y buques con las que trataba, el flete, los seguros y los litigios pasados y actuales con nombres de los respectivos bufetes de abogados. Y lo más importante: el dominio del calendario que solo él manejaba y que compartía conmigo solamente en las discusiones previas a las reuniones directivas.

Dichos encuentros, que solían celebrarse cada mes, tenían algo de solemnidad y pompa que yo encontraba un tanto desmesurado. Al Comodoro le parecía imprescindible ese protocolo que él mis-

mo había creado y respetado al pie de la letra desde la fundación de la Cinta azul. Estaba el Comodoro sentado detrás del timón, el vice-director, por ley a su derecha, y el invitado de honor, por ley a su izquierda. Las tres secretarías, cerca de mí, del lado derecho de la larga mesa y la secretaria suya, levemente detrás de él, para que pudiera susurrarle cosas al oído. La secretaria personal de don Ulises también tenía el cargo de supervisora de cuentas. Ese era el equipo directivo. Luego, venían el intendente, la secretaria del intendente, la archivista, la recepcionista, dos representantes de los obreros del muelle y dos del personal de mantenimiento. Cada reunión terminaba con un brindis en que se servía exclusivamente oporto y ron. Nunca se supo la razón.

Finalmente, la cosa era bastante sencilla. Las directrices del Comodoro eran como una brújula y yo tenía toda libertad para aplicarlas latitudinal y longitudinalmente. La lectura de los libros de cuentas y gobiernos que había comprado donde

Aristóteles, me habían sido de gran provecho para entender mejor y supervisar los capítulos de entrada y salida de mercancías, así como los valores del flete y sus fluctuaciones que se apuntaban con flechas al alza o a la baja en los márgenes de las columnas y de los bolsos de valores. Con la llegada del telégrafo, uno tenía la impresión de que se había acelerado el tiempo al igual que con la navegación a vapor. En este último caso, por cierto, los cargamentos llegaban y salían más rápidamente pero todavía tenían velas. En el caso del telégrafo, el Comodoro había sabido desviar las curvas falsas y dudosas que llegaban a las oficinas sin que nadie las hubiera pedido. Por ello, La Cinta azul había franqueado sin demasiados lances y percances los baches bursátiles y productivos que habían hundido por ejemplo, en El Estuario, a varias empresas navieras del nuevo puerto antes de que se construyeran los muros. Solo quedaban los atractivos rótulos y los enlodados terrenos baldíos de las compañías muertas antes de nacer.

XLII

En la Cinta azul, las personas con las que más se relacionaba Enrique Humvol eran las tres secretarias, cada una con sus manías y defectos. Ludivina, encargada de correo y redacción de cartas era muy susceptible y un tanto rencorosa, pero se le disipaba el resentimiento a la hora. Solo había que esperar esa hora. Luego era como si nada hubiera pasado y se podía dictarle nuevamente car-

tas a sabiendas de que había que decir las cosas lentamente, sino se perdía y se hundía en un sentimiento de profunda culpabilidad que le daba la impresión de no estar a la altura de su puesto. Para disimular su turbación que podía alcanzar la parálisis o brotes de tartamudez, se levantaba de inmediato pretextando ir al baño. La situación podía ser tan grotesca y risible que tuve que hablar a solas con Catarina y Anabel para explicarles que tenía Ludivina una enfermedad crónica incurable pero leve, que se llamaba el efecto disyuntivo de Lebrell y que por supuesto, tenían que guardar discreción absoluta al respecto. Muy sorprendidas y, en cierta medida afectadas por el secreto que acababa de comunicarles y agradecidas por habérselo comunicado, se mostraron más intencionadas con Ludivina. Ella misma lo notó sin entender lo ocurrido. Eran las rarezas de la Cinta azul. Con el tiempo, se relajó Ludivina y aprendió incluso a bromear mientras dictaba yo cartas comerciales. Incluso empezó a abandonar su uniforme azul marino que se había impuesto

ella misma como indispensable atuendo profesional.

En cambio, Catarina se vestía de la forma más descabellada pero siempre con elegancia, garbo y finura. Debía de tener un amigo o pariente sastre o costurero. Lo único es que se perfumaba en exceso, opinión que compartía el Comodoro. Ella trabajaba en la misma oficina y se encargaba de las relaciones con los clientes. Era más dinámica, sonriente, emprendedora, hacendosa e incansable. Muchas veces, solía quedarse después de sus horas para concluir un trabajo que ella misma juzgaba urgente terminar para el día siguiente. Así era Catarina. Solo le daba yo consejos y orientaciones de vez en cuando porque la verdad era que era muy eficiente al igual que Anabel, a quien tenía que hacer observaciones solo cuando se pasaba con los retrasos.

Anabel tenía a cargo la gestión del flote. Era efectivamente bastante impuntual pero muy correcta. Debía de ser su forma de actuar, una espe-

cie de dejadez natural, de indolencia imperturbable que la hacía pensativa, evasiva, como si no estuviera en su lugar o como si trabajar en la compañía no fuera más que una necesidad alimentaria. Pero tenía una memoria de elefante y facilidades en el cálculo mental que incluso el Comodoro la llamaba, a veces, para secundarle cuando recibía a peces gordos. En esas ocasiones, su único trabajo consistía en mover la cabeza levemente hacia arriba o hacia abajo para orientar las decisiones del Comodoro. Hacia arriba: verdad, exacto. Hacia abajo: falso, inexacto. En casos aún más serios, cuando se trataba de pujantes negocios, ella le ponía notas de papel con las cantidades aproximadas. En cualquier caso, recibía ella una prima excepcional que no era nada despreciable en aquella época.

Al cabo de un intenso semestre en La cinta azul, Enrique Humvol se sentía como pez en el agua y fue por ese periodo cuando el Comodoro empezó a

hablarle de China por primera vez desde su encuentro inicial.

UDI-DEGT-UNAH

XLIII

La nueva vida de Enrique Humvol era tan entretenida y ocupada que poco tiempo le quedaba para dedicarse a otras actividades. Regresaba agotado a casa. Comía lo que había en la despensa. Leía unas cuantas páginas para cansarse aún más y se iba a acostar. Y al día siguiente, la Cinta azul. Así cinco días y medio a la semana. Los fines de semana, los dedicaba a ordenar su casa y a

llevar su ropa a una señora del barrio que le lavaba y planchaba. Iba a buscarla la semana siguiente entregándole la ropa sucia del septenario. Así pasaba los fines de semana. Y los domingos: descanso y lectura de libros de cuentas y gobiernos en el patio. Un sábado por la tarde que pensaba ocupar para ir al mercado, encontró en el buzón una carta de Leo Daza. Leo Daza le invitaba a cenar el próximo sábado por la noche. Sin más precisiones. En ese momento, Enrique Humvol se dio cuenta de que medio año acababa de transcurrir sin que se percatara de ello. De inmediato, volvió a pensar en Orensia pero la miraba tan lejos en sus pensamientos que incluso se le había olvidado el semblante. E inclusive quién sabe por qué, pensó que ya se había casado ella.

La semana en la Cinta azul pasó volando. Ludivina y Catalina lo cumplieron acerca de sus nuevas prendas de vestir que le daban, según ellas, un toque más juvenil y menos formal. Incluso el Comodoro, al pasar por la oficina, hizo una

mueca sorpresiva con la mirada cuyas pestañas se levantaron como un acento circunflejo en la o de unos ojos redondos como platos. El fin de semana, Enrique Humvol se había tomado el tiempo de ir de compras y había decidido tirar a la basura sus trajes más antiguos. Se había comprado tres chalecos nuevos de esos que tienen estampas distintas de un lado y de otro y la dependienta lo había convencido de la necesidad de combinar esos nuevos modelos de chalecos con camisas monocolor de algodón fino y pantalones ahuecados a la cintura y más estrechos en los tobillos hasta el indispensable pliegue encima del zapato. El mismo se había sorprendido al aceptar las sugerencias de la gentil vendedora que le enseñó con mucha paciencia un sinfín de modelos recién llegados. Tenía ella una manera especial de sacar la ropa de las cajas de cartón. Suave y maquinalmente, quitaba la prenda de su envoltorio y tras desplegarla, se acercaba al cliente como si estuviera verificando la medida sabiendo de antemano que era la buena. Y luego, acercaba el espejo ro-

dante esperando, sonriendo, la opinión del comprador. La verdad es que pocas veces Enrique Humvol gastaba en ropa nueva y cuando lo hacía, ya sabía de antemano lo que compraría. Esta vez gastó más de la cuenta y además de las prendas de vestir, se compró dos pares de zapatos: uno negro de puro cuero con hebillas y otro marrón oscuro estilo mocasines. A Enrique Humvol no le gustaba perder tiempo atando cordones de zapato cuando era tan fácil – decía él – deslizar el empeine y ya, listo para caminar.

Esa semana había recibido la visita de Genaro, un amigo de infancia que había pasado por la casa familiar antes de dar con la suya. A Enrique le había sorprendido el cambio repentino de oficio de su amigo. Efectivamente, la última vez que lo había visto por casualidad, fue cuando tras el periodo de corte, le tocaba entregar leños a las tortilleras, herreros, alfareros y artesanos de forja y fragua de la capital, amontonados en un carrete tirado de bueyes. Genaro era dueño de grandes ex-

tensiones de bosques en las afueras de El Estuario y, hasta ese momento, vivía bien de su oficio de leñador por cuenta propia y repartidor de leña a domicilio. Al enterarse Enrique de que se había retirado del oficio Genaro, éste le explicó sencillamente que se había quedado en la madera, solo que ahora prefería tocarla que cortarla. En efecto, Genaro había pasado de leñador a músico. ¡Genaro músico! ¡Nunca me lo hubiera imaginado! -pensó entre sí Enrique. Y ¿qué tocas? - Le preguntó asombrado a Genaro. Y éste contestó con naturalidad que tocaba violín, guitarra, flauta y gaita y que le iba muy bien. Daba clases particulares y se había integrado a la orquesta filarmónica de la capital. Enrique no se lo podía creer y se imaginaba esa bestia de músculos de un metro noventa tocando violín vestido de moño en el selecto y rimbombante escenario del Gran Teatro capitalino.

Genaro hablaba de su pasión por la música como si siempre hubiera existido en él. Tocaba al oído

sin conocer ni una nota ni saber leer una partitura. Había inventado su propio sistema de transcripción musical en función de la posición de los dedos dependiendo de los instrumentos, o sea las cuerdas o los hoyos.

Su afición había nacido en los bosques después de cortar leña. Era como una placentera pausa y además le hacían compañía las notas musicales. Se había fabricado unas cuantas flautas y tocaba sentado en un León, solo y perdido en el claro que él mismo había dibujado a fuerza de hacha, rodeado de árboles, sotobosques, flores y animales monteros. Era una manera de descansar y refrescarse la mente. Hasta el día en que apareció en ese lugar desolado, un irlandés llamado Irwin que buscaba trabajo de leñador. A Genaro no le gustaba emplear a gente. Demasiado papeleo. Prefería hacerlo todo solo aunque ganara menos. Pero ese irlandés de gafas y casi calvo le cayó en gracia y de toda forma, era por una temporada corta. Y

la verdad era que en ese momento a Genaro le sobraba trabajo así que lo contrató.

Después de unos días de ardua labor juntos y de oír a Genaro tocar flauta, Irwin le dijo que tenía mucho talento que tocaba justo y medido y, sobre todo, que tenía unos pulmones tan grandes y potentes como una gaita. Le explicó que en su país y en las regiones vecinas, era un instrumento muy común que se componía de un saco que se llenaba de aire al que se metía una flauta en la extremidad. Y muchas veces las bandas musicales tocaban gaita, whistle y tamborines. Irwin le propuso ayudarlo a fabricar una, antes de su partida y lo consiguieron. El ensayo tuvo lugar en el claro que acababan de abrir a fuerza de hacha. El inicio fue una catástrofe. Genaro no lograba dominar el movimiento del brazo derecho sobre el fuelle. Pero, con el tiempo y los consejos de Irwin, consiguió adaptar el instrumento casero a su corpulencia y a su estilo. Redujeron el corte de forma drástica para dedicarse exclusivamente a la práctica

del “wollen pipe” como decía Irwin. Y con un entrenamiento diario y un buen maestro, consiguió producir sonidos, combinación de sonidos y luego piezas tal como la famosa melodía “Whiskey in the jar” que resonó como el bramido de mil ciervos en las soledades selváticas. Irwin soltó una lágrima de emoción. A falta de whiskey, celebraron el evento con ron puro y aguardiente de mango case-ro. Terminaron bailando alrededor de la mesa, uno tocando gaita y otro, cantando entre vapores alambicados:

“Mientras pasaba por las montañas de Cork y Kerry

Vi al capitán Farrell

Su dinero estaba contando

Primero saqué mi pistola

*Y luego saqué mi espadín
Dije: "¿La bolsa o la vida?"
O te llevará el diablo.*

*Tomé todo su dinero
Y eran muchos peniques
Tomé todo su dinero
Y eran muchos peniques
Tomé todo su dinero*

*Tomé todo su dinero
Y lo llevé a casa a Molly
Ella juró que me amaría
Que nunca me dejaría*

Pero el diablo la corrompió

Me engañó fácilmente

Para tu conocimiento

Musha rinu dum a do, dum a da

Un trago para ti, padre, ¡hey!

Un trago para ti, padre, ¡hey!

Hay whiskey en la jarra

Estando ebrio y cansado

Fui al aposento de Molly

Llevando mi dinero conmigo

Y nunca supe del peligro

Durante cerca de seis o siete meses

En campaña con el capitán Farell

Anduve por montes y valles

Disparando con mis pistolas

Y lo maté

Con ambos cañones

Ahora

A los hombres a quienes les gusta pescar

A los hombres a quienes les gusta labrar la tierra

Y a los hombres que quisieran escuchar

El rugir de una bala de cañón

Les digo que yo prefiero dormir en el aposento de Molly

Pero aquí estoy en el calabozo

Aquí estoy con una bola de hierro y una cadena.”

Tras la salida del maestro del pipe, Genaro dedicó las tres primeras horas del día de los trescientos sesenta y cinco días del año a la práctica de la flauta y de la gaita. Y un fin de semana, pasando por la tienda de música del barrio Arcabuz que acababa de abrirse, decidió entrar por curiosidad y se decidió por comprar una guitarra y un violín. Y de la misma forma en que aprendió a tocar flauta y gaita y con el mismo empeño y tozudez de leñador, empezó a tocar guitarra y violín en las soledades selváticas.

XLIV

Al día siguiente, Genaro le contó a Enrique cómo fue reclutado en el Gran Teatro de la capital mientras daba el examen del selectivo y selecto Concurso quinquenal. Cuando le tocó a él presentarse, su inexperiencia, su ineptitud a leer notas y partiduras que compensaba él con su propio sistema de apuntes, sin hablar de su aspecto físico ge-

neral y de la desconocida gaita, lo condenaron de inmediato.

El propio director lo interrumpió y le dijo que no, que no, que ni era necesario que se presentara en los exámenes prácticos que consistían en saber tocar perfectamente al menos cuatro instrumentos y que ni entendía como pudo ser aceptada su candidatura. Furioso y fuera de sí, el director le dijo que se fuera en seguida. Estaba yo por irme cuando varios miembros del jurado pidieron un receso para examinar mi caso a puerta cerrada. El director se opuso tajantemente pero, ante la insistencia de los otros miembros del jurado, tuvo que aceptar a regañadientes. El receso pareció durar una eternidad y no sabía yo si debía irme o no. Del otro lado de la puerta, se oían discusiones apasionadas y exaltadas, enardecidos diálogos e incluso gritos tónicos y exclamaciones de cólera, momentos de crispación que alternaban con breves silencios.

Los tres candidatos siguientes del día estaban conmigo, esperando su turno. Todos andaban de perno negro con una pajarita alrededor del cuello y los zapatos lustrados. Parecían pingüinos. Estaban petrificados al oír las disputas y querellas de sus insignes e ilustres maestros. Uno se atrevió a decir tímidamente: “hasta los dioses pelean, ¿no les parece? Y nadie contestó. Ni una inclinación de la cabeza, ni una mueca de asentimiento o reprobación. Nada. Era como si estuviesen presos de los hielos polares. Tampoco la larga espera derritió los ánimos. Tan solo los dedos se movían con frenesí.

Finalmente, tras hora y media de receso, uno de los miembros del jurado, la cara encendida, abrió la puerta y me dijo en tono de lo más seco que pasara. Otro de los miembros del jurado, de rostro más ameno pero el semblante tenso, me ordenó tocar un instrumento tras otro, piezas de mi elección. Me ejecuté sin rechistar y en un silencio mortífero empecé con la gaita tocando una mar-

cha fúnebre que resonó en todas las piezas del aparatoso teatro. Luego toqué flauta, guitarra y, por último, violín, pensando en el silencio de los claros selváticos. Abandoné la sala con una paz interna, satisfecho de haber dado lo mejor de mí mismo. Un año después, supe que tras mi ensayo, habían vuelto a encenderse los ánimos hasta el punto de que se había salido de rabia el Director y tuvo que suspenderse el concurso por varios días. Vuelta la calma, pudo el resto de los concursantes dar la prueba. Pero ese episodio no fue el punto culminante del Concurso quinquenal. La apoteosis del Gran teatro tuvo lugar al no publicarse los resultados. Pasaron los días, los fines de semana, dos largas semanas y nada. Empezaron a filtrar las declaraciones, las invectivas y los rumores a través de la prensa hasta que explotó la bomba de relojería. En una semana, se armó la gran trifulca, el relajo mayor que contagió al conjunto del Gran Teatro, miembros del jurado, participantes, administración, público y curiosos que vinieron hasta las afueras del Gran Teatro para

seguir de cerca el desenlace final en medio de los disparos de las cámaras fotográficas y los vaivenes de los periodistas capitalinos, provinciales y de los corresponsales de la prensa internacional. Cada quien se expresaba en la prensa sin tapujo, sin límite alguno, como un volcán que empieza a entrar en irrupción tras años de silencio:

“Tempestad en el Gran teatro”

“Guerra entre Clásicos y Pragmáticos”

“Desconcierto en el foso del gran teatro”

“Extraño silencio del Director general”

“Hablan los Neutrales: no estamos en el baile del sillón”

“Los neutrales no lo son tanto: bailan al son que les toca”

“Renuncia el director del Gran teatro”

“El leñador le cortó la cabeza”

“El hacha pudo más que la batuta”

“Carta abierta del Ilustrísimo Maestro don Guillermo: los verdaderos motivos de mi salida”

“Carta abierta de los Lógicos: miente Luis XVI”

“Segunda carta del ilustrísimo Maestro don Guillermo: mi destino no es provincial sino internacional.”

“Segunda carta abierta de los Pragmáticos: se cayó para siempre el busto de Julio César”

“El gran teatro sin batuta. El público desesperado. ¿Y ahora: qué?”

“Todo sobre la conspiración de los Pragmáticos

“Hablan los Lógicos: “La música antes que nada”

“La impostura de una dirección colegiada”

“Las palmas de tango se ponen de moda”

“Contagio internacional: “Renuncia en cadena de directores de orquesta”

Ese suceso increíble pero verdadero duró casi un mes y le costó el puesto al Director de la orquesta del Gran Teatro. Por supuesto, pese a su voluntad, Genaro se encontró en medio de la tormenta devastadora que se disipó tras la renuncia del Director. Y al día siguiente, se publicó la famosa lista de los aprobados en la que Alastre Genaro salía de primero.

Por la tarde, El Gran teatro esperaba a Genaro y sus cuatro instrumentos y Enrique le prometió ir a verlo lo más pronto posible.

XLV

Llovía a cántaros cuando Enrique Humvol salió de la Cinta azul. Era una de esas tormentas tropicales que lo barre todo en las calles como caudalosos ríos torrenciales que incluso embisten puertas y levantan techos. Debido a las fuerzas diluviales que se abatían sobre El Estuario y el puerto en particular, Enrique Humvol tuvo que agarrar un camino que no solía coger. Estaba empa-

pado hasta los huesos. No se veía ni a dos metros de distancia. No había nadie en las calles ni un perro. Arreciaba y arreciaba la tormenta como escurriendo el cielo. No se veía nada. La ciudad estaba como inmersa en el mar y solo se oía el tremendo estruendo de la lluvia sobre los techos.

Uno tenía la impresión de oír la estridencia prolongada de los clavos que se arrancaban por sí solo de la madera y del techo como desgarradores gemidos. El cielo había oscurecido como si fuera de noche. A duras penas caminaba Enrique Humvol de tan maciza que estaba la lluvia. Tenía agua hasta los tobillos y el oleaje callejero lo arrastraba todo hacia el puerto.

Se formaban torbellinos ventosos que se rompían en las fachadas de las casas. Enrique no tuvo más remedio que refugiarse en una tienda de abarrotes iluminada. Se quedó ahí un gran rato platicando con algunas personas que también habían encontrado techo ahí mismo y unos clientes esperaban con su bolsa de compras el cese de la tormen-

ta para volver a casa. La tienda estaba impregnada de olores tales como especias, arroz y frijoles cuyos sacos se amontonaban hasta el techo de la parte trasera. Enrique Humvol compró una toalla de mano para secarse la cara y el pelo, una cajilla de huevos y un chilero casero. “¡Vaya tormenta! Y lo más raro” – le dijo el dependiente – “es que esté fuera de temporada”. Enrique Humvol pagó sin prestarle mente al dependiente y le dijo maquinalmente: “deme también un paquete de cigarrillos”. Y al levantar la cabeza, se dio cuenta de que nunca había visto tantos bicales de tabaco para pipa en El Estuario. Viendo su interés, el dependiente bajó del mostrador cuatro bicales, los abrió y le hizo olfatear unas briznas de cada tipo de tabaco. Uno aromatizado con vainilla, otro con whisky, otro con cereza y el último con mango. Enrique cambió el paquete de cigarrillos por cuatro bolsitas de tabaco de cada sabor.

Al fin, cesó la tormenta y emprendió Enrique el camino de vuelta a casa. Antes de llegar a su do-

micilio, se dio cuenta de que se le había olvidado su paragua y decidió regresar a la tienda. Fue justo en ese momento preciso, al dar la vuelta, cuando tuvo la primera duda que luego se transformó en certeza. Alguien lo estaba siguiendo. La sombra negra con sombrero de filtro negro no era ningún fantasma aparecido con la tormenta. En cuanto la silueta negra lo vio emprender el camino contrario, ella desapareció de inmediato por una callejuela adyacente.

XLVI

De regreso a casa, Enrique Humvol dejó el paraguas en el umbral, los huevos en la mesa y se fue a cambiar de ropa. Instintivamente, corrió levemente la cortina de la ventana de la sala para ver si se aparecía la sombra negra e hizo lo mismo en la habitación que daba a la otra calle. No había nadie afuera. Solo el aguacero que seguía cayendo a chorros anegando el patio. Se sirvió un café se-

rano humeante, abrió una bolsita de tabaco con sabor a vainilla y encendió una de las pipas que había comprado en China. Enrique estaba convencido de haber visto esa sombra varias veces. No solamente cuando se refugió en la tienda de abarrotes y la vio pasar por el escaparate sino en otras ocasiones. No había visto su cara pero sí, su andar peculiar y su indumentaria todo oscura como un hábil fantasma adiestrado a seguir su presa. La sombra negra no podía esfumarse como las volutas de la pipa pero sí un fantasma. Y como la sombra no era ningún fantasma decidió andar ojo al Cristo. De repente, al agarrar el libro de cuentas y gobiernos, dio en el blanco. Recordó que lo había visto en el Universo en plena luz y tenía cara y cruz. La sombra negra estuvo ahí presente cuando se le cayó encima el librero a Aristóteles y en el momento del incidente, ni se preocupó ella por el estado de salud del librero, solo se precipitó para recuperar su sombrero que tenía una marca distintiva: un cordón de cuero trenzado en los bordes. Era la misma sombra, el

mismo sombrero, el mismo hombre. Casualidades no había, azares tampoco.

El hecho de que lo siguieran desde hacía tiempo empezó a inquietarlo. No paraba de fumar con pipa y desde la ventana, las bocanadas se mezclaban con las trombas de agua que caían sin cesar por el techo provocando en él una sensación de malestar aumentado por la oscuridad. Decidió no preocuparse en demasía pero volvió a surgir en su mente unas imágenes del naufragio y los interrogantes del rescate. Luego pensó en la Cinta azul, su nuevo trabajo. Sin hacerse demasiadas ilusiones, Enrique intentaba encontrar las causas que pudieran explicar la omnipresencia de la Sombra negra de quien no sabía absolutamente nada. Obviamente, no tenía suficientes elementos. Solo intuía que tenía que ver con el naufragio y pocas posibilidades que se relacionara con la Cinta azul.

No quiso alarmarse en demasía. Decidió andar con cuidado y aguardar cierto tiempo solo para

ver si continuaban siguiéndolo. En este caso y solo en este caso, tendría que actuar. ¿Cómo? No tenía la menor idea pero sabía que tendría que actuar solo o con las únicas dos personas con las que podría contar en ese momento: Héctor Hipólito, o sea Doble H., y Pedro.

Se fue a la cocina sin ganas de preparar la cena. Sacó el sartén del armario y los huevos de la cajilla. Agarró tomates, cebollas y chiltomas de la cesta. Miró por casualidad el reloj de mano y se dio cuenta de que ya eran las siete y media. Siete y media -repitió entre dientes- como si se acordara de que tenía algo que hacer a esa hora. Pero nada se le ocurrió. Empezó a trozar dos chiltomas y al cortar una cebolla, de repente, recordó Enrique que se le había olvidado por completo la cita donde los Daza. Hoy era sábado. Tenía media hora de retraso. Se precipitó al baño y empezó a echarse agua en la cara y en el pelo para refrescarse. Se peinó mirándose en el espejo y, rápido, se fue a su cuarto un tanto desordenado que no había arre-

glado desde hacía más de quince días, o tal vez más. Y se puso a buscar la camisa blanca que había planchado la víspera. No la encontraba. Empezó a buscar otra, pero ni una estaba planchada. Se puso a planchar una mal que bien. Se la puso, agarró la botella de ron añejo, el regalo para Orensia y estaba dispuesto a salir cuando vio en la luna del armario, la camisa blanca que había puesto en una percha, en el tirador de la ventana. Volvió a cambiarse y salió precipitadamente de su casa, sin olvidarse de cerrar la puerta del portón con llave, lo que no solía hacer nunca.

XLVII

-¿Y qué te parecen, Enrique, los nuevos proyectos de ampliación portuaria ahora que estás metido de lleno en la marina?

-A decir verdad, Sr. Daza, todavía no se ven claramente las cosas. Eso sí que avanza la construcción del dique, pero de negocios y nuevas instalaciones, a ver, el tiempo lo dirá.

Rocío había dispuesto en una mesita un combo de langostinos, camarones, conchas, arañas de mar, puré de bogavante cuyas pinzas había dispuesto en forma de pirámide. Alrededor de la fuente ovalada, había puesto rodajas de limón y naranja agria. Debajo de las dos pirámides, un misceláneo de frutas y verduras cocidas, envueltas en un batido de huevos con mostaza.

Leo Daza acababa de abrir una botella de Marina alta que armonizaba a la perfección con el combo marino. En eso, llegó Orensia, sonriente y un tanto distante, y se sentó a la par de ellos.

-¿Qué celebramos?- preguntó ella.

-Pues... vaciló su padre. Celebramos el placer de volver a encontrarnos y también... el ascenso de Enrique Humvol.

- Tanto tiempo sin verle. ¿Parece un hombre muy ocupado, Señor Humvol?- dijo Orensia.

- *Muy ocupado, efectivamente. Mi nuevo puesto no me deja mucho tiempo libre y en casa, estoy inmerso en libros de cuentas. Nada apasionante pero algo imprescindible.*

- *Hija, ¿Sabes que don Enrique es vice director de la Cinta azul? Dicho de otro modo, segundo en mando después del Comodoro.*

- *¿Usted conoce al Comodoro?*- *dijo sorprendido Enrique.*

- *¡Claro! Practicamos hípica juntos. Pero nunca mezclamos nuestra afición común por la hípica con el negocio. Solo una vez, si bien recuerdo, Cafexport trabajó con él porque debido a cosechas excepcionales, la compañía naviera con la que solemos trabajar, que se encuentra en La Roca y que se llama la West Company Naviera, no pudo satisfacer nuestros pedidos. Don Ulises es todo un caballero ¿No te parece Enrique?*

- Claro. Estoy completamente de acuerdo. Todo un comodoro. Y pronto pienso que vamos a abrir negocios con China.

-¿Con China?- contestó, asombrado, Leo daza.

-Sí, con China. Usted sabe que conozco bien esa región. Navegué durante años por esos lados. Pero bueno, por el momento, no son más que proyectos.

-¡Vaya Comodoro! La cinta azul en China. ¿Quién lo creería?

- ¿Hablas chino?- Le preguntó Don Leo.

-Me las apaño, pero por escrito, me cuesta más, debido a las grafías.

-Yo constato que usted no se aburre, en ningún momento, en su nuevo puesto- le dijo Orensia. Me alegre por usted.

-Bueno, en el trabajo cotidiano, la verdad es que estoy muy bien rodeado: Ludivina, Anabel y Ca-

tarina son adorables y me segundan a la perfección, así que no me pierdo en cosas de poca monta.

-Como escribir cartas por ejemplo- le contestó Orensia.

- Son las secretarias las que las escriben. Ellas son muy eficientes. ¿A no ser que quiera referirse a otra cosa?

El padre empezó a toser como si hubiera notado algo entre los dos y, en seguida, le llenó el vaso de vino blanco a Enrique.

-¿Qué le parece la Marina alta?- Le preguntó Leo Daza.

-Me encanta. Es un vino blanco a la vez seco y afrutado. Nunca lo había probado antes. ¿Usted no toma Orensia?

-No me apetece. Gracias por su atención. Pocas veces he visto a marineros sobrios. ¿Será una leyenda?

- *Se pierde algo, Orensia. La Marina alta tiene brío y la miró fijamente a los ojos. Es delicada y de fragancia otoñal. Tiene cuerpo fino, elegante que es sabia de viñas antiguas encorvadas cuyos racimos de uvas doradas tales perlas del rocío poniendo, deslizan a lo largo del resplandor de su belleza.*

- *No sabía que tenía dotes de poeta- le dijo don Leo, entre divertido y seducido.*

-*O son los efluvios de la Marina- lo cortó Orensia.*

- *¡Hija! Pienso yo que Enrique tiene toda la razón. La Marina alta es un vino caprichoso como una hija única.*

Enrique sonrió y Leo Daza levantó su copa:

- *¡Quién no prueba Marina alta, no sabe de vida!*

- *¡Quién no sabe de Marina alta, no sabe de viña!- le contestó Enrique Humvol.*

Así pasó toda la cena. Orensia, por su mal genio o mal humor, fue el delicado pato de la fiesta y no logró romper en ningún momento la amistad que acababa de forjarse, ese día, entre don Leo Daza y don Enrique Humvol.

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

La sombra negra

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

XLVIII

Héctor Hipólito Rodríguez estaba corrigiendo pruebas en la mesa del comedor cuando oyó por la ventana los pregones de un vendedor de periódicos:

¡Última noticia! ¡Última hora!: “El Estuario – El Valle ya enlazados. Inauguración de la nueva línea férrea dentro de cuatro días”.

“¡Última hora! ¡Última noticia!: “Explosión a bordo pudiera explicar el hundimiento del Comodoro.” “Parece que El Comodoro navegaba sin ningún seguro.”

¡Última noticia! ¡Última hora!: “Explosión a bordo pudiera explicar el hundimiento del Comodoro”. “Parece que El Comodoro navegaba sin ningún seguro.” ¡Última hora! ¡Última noticia!: “El Estuario – El Valle ya enlazados. Inauguración de la nueva línea férrea dentro de cuatro días”.

Héctor Hipólito salió a comprar el periódico y buscó la página sobre el Comodoro. No era una página sino dos. Apartó las pruebas y se puso a leer el artículo sin firma. Según el periodista, El Comodoro se había hundido a unas 200 millas marinas de Qingdao (Tsing Tao), por las costas chinas y no por las Filipinas, y la causa del naufragio no se debía a mares encrespados y enfurecidos, sino a una falla técnica que hubiera ocasionado la explosión de la caldera. En un cuarto de

página, había también un croquis del buque con la ubicación exacta de la caldera y un mapa de las costas del Mar amarillo. Sin más tardar, Héctor Hipólito escribió una nota a su esposa que dejó en la mesa: “Estoy donde Enrique Humvol. Regreso por la noche. Encárgate de los hijos y de la cena. No tardaré. Besos”.

Empezaba a anochecer. Enrique estaba leyendo de pie el periódico, tomándose una taza de café cuando de repente oyó repicar el timbre. Se asomó a la ventana y reconoció la silueta de su amigo Doble H.

- Soy yo. Enrique, le gritó Doble H desde el portón.

Se acercó Enrique, las llaves en la mano.

-¿Te enteraste?

-Sí. Claro. Le contestó Enrique. Mejor hablemos adentro.

Los dos se sentaron y empezaron a comentar la noticia del Comodoro. Enrique acababa de poner la doble página en la mesa.

-¿Un café?

-Por favor.

-¿Lo leíste?- preguntó Doble H.

-Sí. Acabo de terminar el artículo.

-¿Qué te parece?- Le preguntó doble H.

-Creíble y muy bien documentado.

-Significa que el gobierno miente desde el inicio.

-Correcto. Nos mienten a todos- contestó Enrique-. Desde el principio, lo que se ha dicho del naufragio son verdades o mentiras a medias. Yo sabía que el barco no se había hundido por las Filipinas sino en el Mar amarillo. Y te lo había contado. Pero ante el asedio de la prensa y la propaganda gubernamental, recuerdas que yo decidí ausentarme una larga temporada de casa esperando

que las aguas volvieran a su lecho. Ahora me doy cuenta de que es peor de lo que me imaginaba. Eran puras falacias y embustes. Disfrazaron las cosas haciendo creer que era un naufragio por mal tiempo y, además, uno se entera ahora de que el barco no estaba asegurado. Ahí hay gato encerrado, te lo digo. Lo quieren tapar todo y maquillar las cosas.

-Y viste que no hay ninguna firma al final del artículo. Pienso que él que lo escribió no quiere correr ningún riesgo. Es la primera vez que desmienten tan tajantemente al ministro de guerra y al gobierno- dijo Doble H. Por primera vez se pringa El Periódico.

-Esto puede convertirse en asunto de Estado- encareció Enrique.

- Si ya no lo es – le contestó Doble H agregando:

-¿Y no recuerdas lo de la explosión?

-Te lo juro que no. No oí nada. Solo voces y gritos que venían de las máquinas diciendo “!Agua! ¡Agua! ¡Agua!, ¡Entra el agua a chorro por las bodegas!” ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua! Vamos a hundirnos todos.”

-Y luego ¿Qué pasó?- preguntó Doble H.

-Luego hubo como un silencio y, de repente, resonó la alarma de emergencia del buque que toda la tripulación identificó de inmediato como que nos estábamos hundiendo. Cundió el pánico. Unos empezaron a sacar los botes salvavidas a la carrera cuando ya el barco estaba zozobrando seriamente por la popa. Y, en unos cuantos minutos, empezó a levantarse cada vez más por la proa así que nadie tuvo tiempo de sacar los botes de salvamento.

-¡Qué barbaridad!- Exclamó doble H. ¡Qué barbaridad!

-Los que se habían subido adentro -prosiguió Enrique- se quedaron atrapados sin poder bajar y no

paraban de gritar. Otros se habían subido al trinquete y otros al bauprés como por instinto de supervivencia. La mayor parte se tiró al agua con o sin boyas de salvamento o salvavidas para no quedarse aprisionados en el buque. Cada quien hizo como pudo. ¡Fue un auténtico desastre! Nadie tuvo tiempo de hacer nada.

-Y tú ¿qué hiciste?

- Mi tabla de salvación, Doble H., fue que me tiré al agua y logré amarrarme de lo que quedaba del palo de mesana que se había fracturado en varios pedazos.

-¡Dios mío! ¡Qué suerte tuviste!

-Se oían gritos atroces de desesperación, de horror, de muerte que ya ni quiero recordar... sin hablarte del mar rojo que se formó alrededor de lo que quedaba del buque con el baile macabro y enloquecido de los tiburones que se llevaban los cuerpos hechos pedazos y descuartizados.

-¡Qué horror!

-¡Un espanto!, doble H, ¡Una monstruosidad sin igual! Yo tuve la posibilidad de quedarme inmóvil, envuelto en trozos de velas encima de una parte del palo quebrado y así, derivé durante días y días solo, en medio del mar inmenso y de un silencio abrumador. Y ahora me siguen otros tiburones...

-¿Qué es esa loquera? -Le preguntó Doble H- intrigado.

-Es una suerte que viniste a verme. De todas formas, yo hubiera ido a buscarte. Es algo muy serio, Doble H., te lo juro, algo muy serio que empieza a quitarme el sueño. Yo lo pude comprobar. Alguien me sigue desde hace días, ¿Cuántos son? No lo sé. A lo mejor, desde que regresé a El Estuario.

Y Enrique empezó a contarle lo de la sombra negra.

-¡Hostia! ¡Qué lío es éste! -Exclamó Doble H. estupefacto e inquieto por su amigo- Y, de inmediato, dijo:

-¡No te preocupes, Enrique! No te voy a dejar solo en este trance. Necesitas ayuda y estoy dispuesto a apoyarte. Hiciste bien en contarme todo lo que acabas de decirme. Vamos a pensar bien las cosas y vamos a actuar juntos. Y si fuese necesario, avisaré a algunos amigos míos para que nos echen una mano. Sobre todo, no tienes que mostrar preocupación alguna, ni miedo. ¡Pórtate normal, como que nada! ¡No cambies tus costumbres!

-Es fácil decirlo –interrumpió Enrique.

-Yo sé, pero es importante que no cambies tu forma de actuar. Y haz exactamente como cada día. Yo sé que no es nada fácil pero lo vas a lograr. Y sobre todo, no hagas nada por tu propia cuenta. Eso te lo pido, amigo. Puede ser muy peligroso. No sabemos todavía si se trata de una persona o si se trata de un grupo de personas. Y ni sabemos

lo que quieren de ti. Eso es lo peor. Pero yo intuyo que esa sombra negra está relacionada con El Comodoro.

Los dos comenzaron a elaborar un plan para desenmascarar a la sombra negra y, Doble H., que ya había empezado a tomar notas sobre el acoso del que se sentía víctima Enrique, siguió tomando apuntes mientras los dos estaban barajando hipótesis sobre los varios planes posibles. Y llegaron a la siguiente conclusión: primero Doble H lo seguiría a su vez durante varios días o semanas para evitar cualquier equivocación. Y en caso de que fuese completamente cierto, los dos localizarían su casa y encontrarían un medio para introducirse en ella, sin despertar ninguna sospecha. Había que actuar con mucho sigilo y prudencia. Los tiempos no eran para permitirse torpezas, deslices o errores mayores que pudieran poner más en peligro a Enrique Humvol.

Ambos concertaron volverse a ver la próxima semana, a la misma hora.

XLIX

La plática con su amigo lo había tranquilizado. Se sentía Enrique con menos angustia y menos preocupación. Sabía que, en casos serios como éste, podía contar con Doble H. y que él estaría siempre a su lado, y a la altura de las circunstancias por su propia vivencia y por su facultad de análisis.

Nunca se hubiera imaginado Enrique Humvol encontrarse en medio de semejante tormenta. Pero ahora, a esa altura, no se podía hacer nada, se precipitarían las cosas por sí solas. Solo había que aguardar y tener paciencia. El artículo del Periódico ya era algo importante. Era como una brecha abierta en las mentiras gubernamentales. Sabía él que iban a pasar cosas y que tenía que seguir viendo normalmente, como siempre lo había hecho. Las cosas vendrían de afuera y no de él. Algo trascendental estaba pasando. Se sabía pero no sabía qué. La veracidad del artículo, su precisión, su coherencia general, el anonimato. Sabían más de la cuenta y tomarse el riesgo de publicarlo podía costarle caro, muy caro. Solo había que esperar.

Al fin, iba a saber una parte, aunque fuese mínima, de la verdad y eso lo tranquilizaba y le ayudaba a no perder los estribos. Pero por otra parte, intuía que todo se podía poner bien feo y que, tanto él como su amigo, corrían riesgos grandes.

Pero bueno, son cosas de la vida -dijo entre sí Enrique- Tampoco había porqué dramatizar tanto. Ellos mentían, ellos disimulaban las cosas, y ellos eran los responsables. Solo faltaba saber precisamente quienes eran ellos y por qué precisamente lo hacían.

¿En qué medida podía representar yo un peligro? ¿Por qué vigilarme? Se preguntaba a sí mismo Enrique. Eso todavía no lo entendía y le costaba imaginarlo. ¿Podía ser que la respuesta viniera indirectamente de El Periódico o de otro diario? A no ser que decidieran callarlo como ocurrió en semejantes ocasiones, cuando la papa empezaba a ser demasiado caliente. Luego solo quedarían los rumores, las indiscreciones, la vox populi o los panfletos pegados de las paredes. A no ser que decidieran callarlo a él también para siempre, empezando con la intimidación y luego... Mejor no pensarlo ni imaginarlo.

En cuanto al rescate, Enrique Humvol no se hacía ninguna ilusión. Sabía que eso también era

parte de la verdad disimulada pero era todavía demasiado temprano. Al inicio, afirmaron que no había ningún superviviente. Y cuando se supo que yo era uno de ellos, los periódicos empezaron a hurgar no para encontrar la verdad sino buscando sensacionalismo. Y siempre volvía la misma pregunta en la mente de Enrique Humvol: ¿Cómo lograron rescatarme? Enrique empezó nuevamente a contemplar varias hipótesis. La primera. La casualidad. Unos pescadores o navegantes lo encontraron en la isla perdida y lo llevaron a tierra firme.

La segunda, el ejército organizó búsquedas no por Filipinas claro, como lo afirmó el ministro de guerra en la prensa, sino por Tsing Tao. En efecto, como lo había leído en un libro sobre los naufragios comprado donde Aristóteles y que, de memoria, decía: “en caso de avería o de naufragio, el buque pasa bajo control de la Marina de guerra”, ellos aprovecharon pues la ocasión para buscar restos y rastros del buque y para investigar el lu-

gar exacto donde había zozobrado el barco y, me encontraron por casualidad en la isla. Sería entonces el ejército el que me salvó. Y para no despertar sospechas, me dejaron tirados en unas playas habitadas por pescadores. Todo encajaba.

Pero de inmediato surgió otra pregunta: ¿Por qué seguirme a mí si ellos fueron los que me rescataron? Nada encajaba. Me hubieran dejado por muerto en la isla -pensó de inmediato Enrique Humvol-. Miró por la ventana, se quedó pensativo y tomó un sorbo de café.

La tercera hipótesis le vino a la mente al ver las muñecas rusas que tenía en su despacho. El ejército dentro del ejército. Esa frase resonó en su mente como el inicio de alguna revelación. Se levantó y volvió a repetir entre sí el ejército dentro del ejército. Los que lo salvaron bien pudieran ser miembros del Ejército pero tenían otro propósito. Y ese motivo, no lo tenía Enrique Humvol por mucho que buscara y recordara escenas que suce-

dieron antes, durante el naufragio o en las casas de pescadores después del rescate.

Buscó su cuaderno en que apuntaba lo sucedido desde que regresó a El Estuario. Volvió a leer las cincuenta páginas atentamente, agregando precisiones, abreviaturas en el margen o corrigiendo errores. Pero dejó en seguida de modificar ciertos apuntes del cuaderno, pensando que era tontería que no servía para nada, que más bien lo embrollaba, para centrarse exclusivamente en la lectura. Se puso a leer en voz alta. Todo le parecía normal. Había un buen ambiente a bordo, algunas disensiones y desacuerdos entre marineros, lo cual también era perfectamente normal. Releyó algunos pasajes de cenas y almuerzos en el Comodoro, en las que se había preocupado exclusivamente por apuntar los nombres de la mayor parte de los marineros y mecánicos que pudiera recordar. Nada más que cosas normales. Los oficiales que secundaban al capitán, nada del otro mundo, nada especial.

Y recordó que una vez, por muy mal tiempo, había tenido que bajar a las bodegas. Eso sí que se le había olvidado apuntarlo. Era un detalle que pudiera tener su importancia. Hizo un inciso en el margen de la página, apuntando bodega con signo de interrogación. Efectivamente, algo en las bodegas había llamado su atención. Unas quince cajas inmensas o tal vez una veintena, estaban superpuestas en un mismo rincón con las mismas iniciales cuando había lugar para ponerlas unas al lado de otras, para evitar cualquier caída. Normalmente -pensó en su fuero interno - los estibadores no se molestan en hacer cosas ilógicas que además les va a dar más trabajo de lo debido. A no ser que recibieran órdenes para disponerlas así. ¿Y qué? -Dijo en voz alta como hablándose a sí mismo. Cansado de tantas hipótesis y elucubraciones, cerró el cuaderno y lo metió en la gaveta.

Estiró los brazos bostezando y pensando que todavía le faltaba alistar su ropa para ir al día siguiente a la Cinta azul. Pero antes, abrió la peta-

*ca de cuero fino que estaba en el escritorio y llenó
la pipa de tabaco.*

UDI-DEGT-UNAH

£

En el Periódico, la situación se había puesto tensa tras la publicación del artículo sobre El Comodoro. Estaban esperando una reacción del gobierno y ésta no tardó en llegar. Por la tarde, llegó la policía al local situado Calle de los Tres poderes. Dos policías se quedaron abajo vigilando la entrada del periódico. El jefe, acompañado de cuatro uniformados, se subió directamente al des-

pacho del Director. Los policías se quedaron afuera esperando, y el jefe se sentó directamente en el sillón frente al escritorio donde don Alberto Sáenz estaba trabajando. Los demás periodistas, en la sala de redacción, siguieron con su labor como si nada, echando un vistazo de vez en cuando hacia el despacho de vidriera. Don Alberto Sáenz había bajado los estores. Mal agüero.

-¿Qué tal? Alberto. Otra vez con las tuyas. Un día te van a confiscar la imprenta o te van a cerrar el periódico y tendrás que despedir a toda esa gente. ¿Eso es lo que quieres?

-Buenos días, Jesús. ¿Cómo estás? Siempre tan amable. Te estaba esperando pero no tan pronto. ¿Un café? o ¿prefieres un licor?

-Sabes que no puedo tomar. Estoy en servicio –le contestó el jefe, Jesús Villaespesa.

-Yo sí que me voy a tomar un licor. ¿Seguro que no quieres? Es un coñac Napoleón.

-No me tomes el pelo. Estás en la mierda y no es necesario que te hagas el bravucón.

- ¿Qué quieres? -Le preguntó el Director.

-Tú lo sabes muy bien. No me hagas perder más tiempo: artículos, datos, expedientes, archivos sobre El Comodoro. Nos llevamos todo. Mis hombres se van a encargar de ello. Y no te hagas el fanfarrón. Si has disimulado documentos, esta vez vas directamente a la cárcel. Son órdenes y aquí estoy yo para cumplirlas.

-¿Y de dónde vienen las órdenes esta vez?

-Directamente del Gabinete.

- ¿Alguien está enfermo?

- No te burles de mí, que algún día te va a pasar algo. ¡Toma! Aquí está la orden de registro.

Y se la tiró en el escritorio.

-Espero que la próxima vez no sea de arresto. Te metiste en un buen lío. El Ministerio de guerra

quiere tu cabeza y el gobierno se la va a dar en una bandeja. Te lo advierto, ¡Tómalo como quiera!

- Son medidas... -Se contuvo don Alfredo Sáenz y alzó la copa de coñac-... napoleónicas. La casa es tuya, pues Emperador. Solo te falta el sombrero ya que tienes la mano en el buen lugar.

El jefe de policía se levantó bruscamente y tiró la puerta tan fuerte que hizo temblar la vidriera. Cada periodista y secretaria siguió haciendo lo que estaba haciendo, sin rechistar, en un silencio tan tenso y angustiado que una de las secretarias estuvo a punto de desmayarse.

Salió a su vez don Alfredo Sáenz y dijo en voz alta al personal:

-Aquí está Napoleón. Entréguenle todo lo que exija sobre el Comodoro sin ningún comentario. Manda el Imperio.

El jefe no pudo dominarse y dirigiéndose a los periodistas exclamó en tono marcial, recto como una I:

-Yo cumplo con mi deber y nadie me va a parar. Si unos de ustedes, que no son más que busca-basura y busca-mierda se atreven a resistir o a esconder documentos, los arresto de inmediato. ¡Policías, hagan su trabajo!

Los policías pidieron al conjunto de los periodistas que se apartaran de su escritorio, que fueran a tomar un café o que salieran a dar una vuelta, el tiempo necesario para que ellos registraran el local. Alfredo Sáenz les dijo a sus colegas que cumpliera las órdenes y que solo él se quedaría en el Periódico.

Intervino Jesús Villaespesa tajante para oponerse a la decisión de Alberto Sáenz:

-Usted también, Sr Sáenz.

-Yo no me muevo de acá.

-¡Policías!- gritó Jesús Villaespesa-¡Hagan su trabajo!

Alberto Sáenz se fue a su oficina con toda tranquilidad y regresó a la sala, un libro voluminoso en las manos:

-Cito: artículo 24, alineado 9, página 1987: “En caso de registro de domicilio, sea particular o de una empresa, la policía procederá al registro de dicho lugar en presencia de los dueños o de uno solo de ellos o de un abogado del dueño, a solicitud de éste.” ¿Sigo leyendo? -preguntó Alberto Sáenz- dirigiéndose a Jesús Villaespesa.

- ¡Me cago en la leche! –contestó furioso el Jefe.

-¡Usted está de muy mala leche, Señor Villaespesa! -dijo el director de El Periódico- en tono de burla.

Los demás periodistas intercambiaron miradas y sonrisas cómplices y esperaron las instrucciones del Director.

-Ya pueden irse a dar una vuelta. No se preocupen, pero no tarden -dijo Alberto Sáenz-. Tenemos mucho trabajo pendiente, y además, con este percance, aún más. Yo me quedo. ¡Que le guste o no a Napoleón!

UDI-DEGT-UNAH

LI

Por la noche, como a eso de las ocho, repicó la campanilla del portón. Enrique Humvol se asomó por la ventana y vislumbró una silueta desconocida. Se puso detrás de la pared, esperando. Volvió a tintinear la campanilla y se oyó la voz de la silueta: “¡Sr Humvol! ¡Sr Humvol! ¡Es urgente!” Enrique no se inmutó y quedó aguardando en silencio. Se fue por la otra ventana a ver si había

gente por la calle. Otra vez la campanilla y la misma voz musitando: “¡Sr Humvol! soy reportero del Periódico. Necesito hablar con usted”. No había nadie más en la calle. Estaba por irse el hombre cuando Enrique Humvol decidió finalmente salir a su encuentro.

-Señor -le dijo Enrique- ¡No se vaya! ¡Espere un momento!

El hombre regresó al portón y quiso decirle algo pero Enrique lo interrumpió:

-¿Qué quiere?

-Mejor estaríamos en su casa, si me permite -surró el hombre.

-¿Quién es usted?

-Soy periodista. La policía acaba de allanar El periódico.

Enrique vaciló un momento y le pidió su tarjeta de prensa. El hombre se la mostró. Efectivamente era del Periódico. Abrió el portón.

-“Pase” - le dijo Enrique.

Se sentaron a la mesa y Enrique trajo dos cervezas. El hombre se identificó como Martín Zuleta, reportero del Periódico y empezó a contarle el allanamiento policíaco y el embargo de buena parte de los documentos sobre el caso de El Comodoro. Tal vez para meterle de inmediato en confianza, le contó que se había escondido la mayor parte de los archivos y de las pruebas que implicaban al Ministerio de guerra y al gabinete gubernamental.

-¿Usted fue el que escribió el artículo de dos páginas? -le preguntó Enrique.

-Sí. Fui yo. Y por eso, quería hablar con usted.

-Es un buen artículo. Pocas veces se habla así en este país.

-Gracias por el cumplido. Pero la situación está bien fea. Hace poco, amenazaron directamente al Director, don Alberto Sáenz. El próximo paso puede ser el cierre del Periódico o el encarcelamiento del Director.

-¿Y él tiene miedo?

-Esta vez, lo vi un poco tenso, más que de costumbre. Pero es un roble. Creo que en el caso de El Comodoro no cederá. Si no, no me hubiera dado el visto bueno para publicar el reportaje. A no ser que retroceda. No lo creo. También tiene él sus apoyos y contactos.

-¿Qué quiere de mí? -Le preguntó Enrique.

- Yo sé que contrariamente a las afirmaciones del gabinete, hubo supervivientes. Al menos uno. Y ese uno, es usted. Lo supimos por la prensa internacional que mencionó su nombre. Pero el gobierno siempre lo negó, afirmando en repetidas ocasiones que no había ningún superviviente. Cuando se supo, yo me encargué de investigar el

caso y me di cuenta de su situación en aquel momento. Que la prensa y otras personas, seguramente de la policía o del ejército, le estaban hostigando a diario. Y busqué por otro lado.

-Permitame repetir la pregunta: ¿qué quiere de mí?

-La verdad. Que me cuente su historia. Por escrito o en varias entrevistas.

-Por el momento es imposible. Yo tengo muchas cosas que hacer. Soy un hombre muy ocupado. Puede ser que en el futuro acepte. Pero no le prometo nada. Por el momento, lo veo difícil.

-Está bien. Esperaré. Si me permite, le doy mi dirección personal, por cualquier cosa. Martin Zuleta. Calle Romero, n°7, Barrio Nuevo.

- Si me permite, ¿por qué no firmó su artículo?

- Es sencillo. Medida de protección. Sin nombre, la policía u otros agentes del gabinete no pueden saber, en teoría, quienes son los que están llevan-

do el caso de El comodoro. Así que, en caso de problemas, tienen que arreglárselas con el director don Alfredo Sáenz; lo que pasó hoy.

-Y sobre la ausencia de seguro. ¿Cómo lo supo usted?

-Fuentes propias. No le puedo contar nada por el momento. Lo publicaré si nos dejan hacerlo. Pero le puedo decir que algún familiar de algún ministro está implicado en el asunto.

- Y ¿lo de la caldera? -Inquirió Enrique.

-Usted me podría ayudar –dijo, sonriendo Martin Zuleta. Con su colaboración, podríamos avanzar mucho más rápido, juntar informaciones y cruzarlas. Pero no le voy a rogar. Esperaré como usted dijo. Cada cosa en su debido momento. La urgencia hizo que me decidí a venir a verlo hoy. En cuanto a la explosión de la caldera, por el momento, lo que tenemos son fuentes internacionales y la comprobación de que durante el periodo del naufragio, no había ningún ciclón, huracán o

tempestad por el Mar amarillo. La calma completa.

- No le voy a quitar más tiempo. Le agradezco que haya aceptado hablar conmigo. Es muy amable de su parte. Yo sé que tampoco es fácil para usted y que debe de tener cierto temor hacia los periodistas. Que pase una buena noche y no vacile en contactarse conmigo por cualquier problema. Por mi parte, tenlo bien presente, iré hasta el final, hasta donde se pueda ir.

Enrique Humvol le acompañó hasta el portón. La calle estaba completamente oscura.

LI

Como cada día, Enrique Humvol se fue a la Cinta azul y despachó rápidamente los asuntos corrientes dado que tenía mucho trabajo. Tres buques salían esa misma semana del Estuario. Uno para San Francisco, otro para Acapulco y el tercero para la Habana. En este último caso, era un poco más complicada la cosa dado que las cargas pasaban por tierra firme hasta El Caribe. Lo más difí-

cil era la coordinación con los carreteros y muleteros por una parte, la Cinta caribeña y el barco mismo que tenía sus propios imperativos de viaje y de entrega por otra. Luego las oficinas de la Cinta azul caribeña se encargaban de fletar el barco hasta la Habana. En ese viaje se manejaba bastante dinero y eso sí que importaba el tiempo porque el tiempo era dinero. Por cada día de retraso, nos cobraban el 0,25 % del monto global del cargamento sea cual sea el motivo de la demora, incluso el mal tiempo que era frecuente en estación lluviosa. El Comodoro decía que era puro abuso pero la ganancia final podía más.

Un día, me contó el Comodoro que en uno de esos viajes a La Habana, perdió la mitad del valor del flete en una emboscada organizada por bandoleros. Ir de costa a costa no era tan peligroso sino que había que ser buen conocedor de las pistas, tanto en tiempos de lluvia como en tiempos de hambruna y de filibusterismo. En este último caso, los filibusteros solo intervenían cuando va-

lía la pena. Es decir, cuando sabían de antemano de algún cargamento precioso. En este caso, el sueldo de los estibadores de la Cinta Azul se multiplicaba por cinco, o más, para vigilar las afueras, las entradas y salidas sospechosas y durante los seis meses anteriores al flete, no se reclutaba a nadie. En efecto, me contó el Comodoro que él mismo pudo comprobar que los filibusteros tenían sus propios contactos incluso en La Habana misma.

Los viajes a San Francisco o a Acapulco los preparaba yo solo. Mientras que el viaje a La Habana era responsabilidad exclusiva del Comodoro. Solo me daba directrices e instrucciones secundarias. El resto, él mismo lo hacía todo sin consultar con nadie de la Cinta Azul, ni con su propia secretaria personal. Uno se imaginaba que con los años, había tejido sus propias redes de contactos por cuestiones de seguridad y él mismo, y solo él, daba el día de salida que a veces se retrasaba, las rutas de transporte que a veces se cambiaban, y

los días de embarque que a veces se adelantaban en la Cinta caribeña, estando él en la Cinta estuariana. Desde ese viaje en que perdió la mitad del valor del cargamento, nunca más tuvo problemas serios, solo unas cuantas escaramuzas. Esa seguridad y serenidad, ese raigambre y aplomo personal, le valía entre la gente de la Marina mercante un aura, un renombre y una fama que había traspasado las fronteras.

A lo largo de todos esos años en negocios marítimos, El Comodoro conocía todo el teje y maneje y las infinitas astucias del oficio que si bien variaba en ciertos aspectos, seguía el mismo en muchos. Sabía de las preocupaciones e aspiraciones de los pajes y grumetes o estibadores, hasta las de los altos funcionarios de los gabinetes ministeriales o de los grandes empresarios marítimos de colosal hacienda. En ese mundo de los hombres de mar en que un tiburón se traga a una sardina pero en que también una sardina se puede tragar a un tiburón, el Comodoro había sabido sobrenadar, con

viento o sin viento, siguiendo las corrientes o a contracorriente. Pero nunca se extravió en el comercio de esclavos que él juzgaba obsceno e inhumano y que todas las naciones habían practicado o seguían practicando con matices. E incluso tenía mucha simpatía por los cimarrones. Pero en ese mundo de los hombres de mar, había cosas y opiniones que era mejor guardarse para sí mismo. Un negocio podía irse a pique con facilidad por contrariar, descontentar, enfadar o enfurecer las voces de las autoridades.

Estaba yo finiquitando lo de San Francisco y Acapulco cuando en eso, entró el Comodoro en la oficina.

-¿Todo bien? -me preguntó el comodoro.

-Todo bien, don Ulises.

-Sabes que el buque para San Francisco se va en dos días.

*-A tiempo estamos. Vamos bien. Hablé con los es-
tibatadores, no hay ningún problema. Solo uno de
ellos que se enfermó.*

- ¿Y qué tiene?

-Una fuerte gripe con alta fiebre.

- ¿Y qué dijiste?

-Nada. Que no lo sustituiríamos. Que esperaríamos su regreso.

*- A propósito -le dijo el Comodoro- ¿Te enteraste
de lo de El Periódico?*

*-Claro que sí. Por toda la ciudad se habla del
allanamiento.*

-¿Qué cosa más rara, no? -preguntó el Comodoro.

*-Por cierto. Vivimos en un país extraño. Cuando
uno dice la verdad, le cierran la boca.*

- ¿Y qué piensas del artículo sobre el Comodoro?

- ¿Sobre usted? le dije, a modo de bromas, Enrique Humvol.

-Me la esperaba. Nada fino Enrique. Tiene otra por el estilo como: ¡Qué Hustias me está preguntando, Hostias! ¡Hustias está de mal hostia! ¡No se ve ni hostia ni hustia! ¿Dónde hostias habrá puesto la llave hustias?

Enrique se puso a reír a carcajada ante el salero del Comodoro y ni le dio tiempo de contestar a la pregunta de don Ulises. De toda forma ya se había ido.

£III

A la semana, como concertado, Doble H se apareció en casa de Enrique. Se miraba cansado y un tanto preocupado.

-Mira, Enrique. No quiero asustarte. Pero la cosa va en serio.

-¿Quieres una cerveza?

-Bueno, gracias. O mejor un trago.

-Ya voy -le contestó Enrique.

-Como te decía, la cosa va en serio. La sombra negra anda detrás de vos. No hay ninguna duda. Cuando sales de tu casa, se aparece por la calle Buen camino y te sigue como a cincuenta metros de distancia. A veces se para, mira los escaparates, se compra un bocado, pero te sigue. Tenlo por seguro. Una vez llegado a la Cinta azul, se desaparece y vuelve cuando te vas de la oficina. Ayer, lo seguí y logré localizar donde vive.

-¿En serio? Muy buen trabajo, Doble H. Me alegro. Las cosas van más rápido de lo pensado.

-No te alegres tanto. Vive en la calle La Fama. Y ahí está el problema.

-¿Y por qué? No entiendo.

-¿Sos bruto o qué? Porque ahí mismo está la comisaría, hombre.

-¡Dios mío! ¿Cómo vamos a hacer? —se preguntó Enrique en voz alta.

- No lo sé. Tenemos toda la noche para pensarlo. Entre las malas noticias, la buena es que su piso no está pegado a la comisaría. Eso nos da un margen. Pero tenemos que ser muy prudentes y prever una puerta de salida, por si acaso.

-Tienes razón –dijo Enrique.

-Ya lo he pensado bien y no hay miles de soluciones. Tengo que entrar en su casa cuando la sombra negra te vigila. Por la mañana o por la noche. Ese día, cuando vayas al trabajo o regreses de él, tienes que tomar tu tiempo y así, me darás más tiempo. ¿Qué te parece?

-Muy bien, lo haré. Pero ¿Cómo vamos en entrar en su casa? No tenemos la llave.

-Eso lo he pensado también. El vive en el tercer piso, el último piso. Lo bueno es que podré escapar por el techo en caso de emergencia. Ya he visto cómo se podía hacer. El problema son las llaves. O bien le robamos la llave de su casa y en este caso, tiene que llamar a un cerrajero mientras

nosotros lo vigilamos para saber donde cambia la cerradura. Y luego, hacemos el doble de la llave pagando al cerrajero. O bien le robamos la llave y se la devolvemos el mismo día para sacar una copia.

-¿Qué te parece?

-La verdad es que no sé. El problema es que tendríamos que contratar a otras personas y eso no me gusta para nada. Después serían capaces de hablar o venderse.

- ¡Qué rico el trago!

- Es ron añejo cubano. Sabes que en el trabajo siempre nos regalan cosas: botellas, tabaco etc.

- ¡Qué bien! Te lo habías guardado, bandido.

-Si quieres, la próxima vez te regalo una. Y si logramos salir de ese follón, una caja entera o dos.

-¡Salud!

-¡Salud!

-Hay otra posibilidad -dijo Enrique- saboreando el trago helado. Sería encontrar una llave maestra. Yo ejercí de carpintero hace años. Tú lo sabes muy bien. Yo conozco a un cerrajero que es muy buen amigo mío. Trabajé mucho con él. Yo sé que sigue en el oficio. Le puedo inventar cualquier cosa y me la presta.

-Sírvenme otro, por favor, que ya me siento mejor -le dijo Doble H. Tienes toda la razón. Buscar lo más sencillo y menos peligroso. Habla con tu amigo yo te haré el trabajo.

-¡Ah! A propósito, no te dije que vino a casa un tal Martin Zuleta, el periodista que escribió el artículo sobre El comodoro. ¿Y te diste cuenta del allanamiento de El Periódico?

- Por supuesto. Son perros. No me extraña. Un día este país va a reventar de tantas mentiras, engaños y corrupción.

-Bueno, te cuento en pocas palabras. El se ve bastante serio y honesto. Incluso me dio su direc-

ción personal. Quería entrevistarme pero me negué.

-Hiciste bien. Hay tener mucho cuidado.

- Sabe muchas cosas y me contó que habían guardado los archivos y documentos principales sobre el caso El Comodoro. Además me confesó, porque se lo pregunté, que alguien del gobierno está implicado directamente con lo del seguro o, más precisamente, por la ausencia de seguro. Y ese Martin se ve convencido de lo que hace. Me da la impresión que tiene una imagen noble, algo idealista de su trabajo de reportero. De esos jóvenes tozudos a quienes no les da miedo enfrentarse a la verdad.

-El tiempo lo dirá

-El tiempo lo dirá.

- Desde la semana pasada, Doble H, no paro de pensar en el naufragio y en el rescate. No te había contado que desde que regresé a El estuario, tomo

apuntes para intentar recordar lo que sucedió y me da la impresión de que con todo lo que está pasando, fueron los militares quienes me salvaron.

-¿Qué dices? Preguntó Doble H, asustado.

- No veo otra alternativa. Pienso que es el ejército dentro del ejército. Me explico: el gobierno está metido hasta el cogollo y, en particular, el Ministerio de guerra que no ha parado de mentir. Descarto como rescate posible el Ministerio de guerra porque me hubieran dejado morir en la isla. Entonces la única posibilidad es que sean otros militares que me hayan rescatado. Son los únicos en tener tantos medios. Me rescataron por algo. Por que están buscando algo. ¿Qué te parece?

-La verdad es que no sé. Parece novela. Pero sé que no es ninguna ficción. Lo que acabas de decirme es creíble. ¿Quién te va a rescatar en un lugar perdido al otro lado del mundo? ¡Sigue!

- Lo que no encuentro es el motivo.

-Mira. Te voy a decir algo. Desde que regresaste a El estuario y me contaste parte de tu historia, tuve tiempo de averiguar dónde estaba Qing dao o Tsing Tao, ciudad portuaria de la que nunca en mi vida había oído hablar. Como tú sabes, está en el Mar amarillo en las costas Chinas. Ahí están metidos todos los Imperios: alemán, inglés, francés, ruso, japonés y no muy lejos español y están descuartizando al país del tamaño de un continente, ¿sabes lo que significa?, con la complicidad de gente del imperio chino Qing que está en decadencia. En eso, puede ser que tenga parte de la respuesta.

-¿Qué quieres decir?

- Siempre lo mismo: todo poderoso es don dinero. Si hay tanto misterio y mentiras y ahora, peligro en torno al naufragio y a tu rescate, es que hay gato encerrado. En este momento, las cosas empiezan a moverse: El Periódico, la sombra negra y nuestros planes. Por el momento es con lo que contamos. En lo que a lo que tú dices se refiere,

pienso que tienes razón. Debe ser un grupo de militares que actúan por su propia cuenta. Y para mí, hay cosas imparables: el motivo es la plata en una trama de liquidación del imperio chino y de sus riquezas por los demás imperios. Plata hay. Sobra plata. ¿Y el cargamento del Comodoro? -le preguntó Doble H.

- Lo único que recuerdo es que había algo raro en que no dejo de pensar desde hace días. Unas grandes cajas unas encima de otras cuando había lugar para dejarlas unas al lado de otras. Yo conozco muy bien el medio de los estibadores y ellos nunca se complican la vida. Es la única pista que tengo.

-Entonces digo yo: el grupo de militares o, como tú dices, el ejército dentro del ejército, te rescataron porque piensan que vos sabes algo y que los puedes llevar a ese algo que ellos quieren.

-¡El cargamento hundido! -dijeron en coro Enrique y doble H.

-¡El cargamento hundido! -Repitieron.

UDI-DEGT-UNAH

LIV

Enrique Humvol logró obtener sin ninguna dificultad una llave mayor donde su amigo cerrajero. A sabiendas de que la sombra negra podía andar detrás de él, entró por la otra puerta de la tienda dedicada más exclusivamente a la herrería. Y salió de la tienda con una linterna de hierro forjado y esperó la semana siguiente para entregarle la

llave a Doble H cuando ya todo lo habían planeado.

En la calle de los artesanos, no muy lejos del mercado central, solo se hablaba susurrando o cuchicheando del allanamiento de El Periódico y del Comodoro. Y cuando pasaban los policías a caballo por las calles, silencio, o cada quien cambiaba de conversación. Eran de esos temas de los cuales no se podía tocar, al menos en público, al igual que criticar al gobierno o hablar de corrupción generalizada. Y ni hablar de las protestas que empezaban nuevamente a organizarse en torno al aumento del coste de la vida. En este último caso, si lo agarraban a uno, terminaba detrás de los barrotes. Así le pasó a mi amigo Eloy Soriano por haberse reagrupado con otros amigos y difundido folletos contra las repetidas subidas de impuestos. Así que cuando estaba por explotar un escándalo, mejor era callar y quedarse quieto, porque el gobierno estaba al acecho de cualquier pretexto o in-

ventaba cualquier maniobra cínica para desviar la atención.

Después de entregarle la llave maestra a Doble H, Enrique se puso ansioso y nervioso. Le costaba dormirse, fumaba más de la cuenta, no tenía apetito, estaba como desganado. Ya se habían ido los buques para San Francisco y Acapulco. Cada vez que se iban los barcos, Ludivina y Catarina se salían al muelle. A Anabel no le importaba un bledo. Prefería quedarse a la sombra, en la oficina, fumando un cigarrillo en ausencia de sus colegas. En cuanto a Ludivina, miraba esos buques con ternura y pasión infinita, tal vez porque se imaginaba caminando por las playas de Acapulco con gafas de sol o viajando al lado del capitán vestido de azul y blanco y gorra blanca en un camarote de primera clase. Nunca había viajado ella. Solo conocía el muelle de El Estuario y Catarina tenía que consolarle diciéndole que un día, se iría bogando por los mares inmensos disfrutando de las palpitantes y emocionantes aventuras

marítimas hasta San Francisco. Y ella contestaba casi con lágrimas en los ojos: “pero no sé nada de inglés” y se ponía a tartamudear. Catarina no quería contradecirla por el efecto Lebrell del que le había hablado don Enrique. Y siempre supo guardar el secreto.

En cambio, a Catarina le gustaban las partidas de los buques no por los destinos, sino sencillamente porque era algo impresionante, y a ella le gustaba la pintura y más precisamente la acuarela. Los domingos, solía venir al Estuario con su caballete y pintaba el muelle, los transeúntes y los barcos de pesca. A menudo, cuando salían los buques veleros, pero más cuando llegaban a El Estuario, acudían los curiosos y los vendedores ambulantes, contemplando ese grandioso espectáculo. Las calles portuarias se llenaban de vida, de idiomas y acentos más diversos y extraños los unos que los otros. Al irse, lo más maravilloso era el desplegar de las múltiples velas en el palo mayor y el trinquete y el izar de los tres foques que

daban al buque un porte majestuoso al hendir el oleaje la proa. Una vez, Catarina le pidió al Comodoro la autorización de subirse a bordo de uno de ellos, solo por curiosidad. Y como estaba bien humorado don Ulises, incluso la acompañó personalmente para visitar la sala de pilotaje, la sala de mapas y los camarotes de primera clase. Ambos volvieron encantados y nunca se supo nada más. Magia de El Estuario -comentó Anabel- viendo pasar al Comodoro con perfume de mujer.

LV

Solo quedaba por irse el barco con destino a la Habana cuya partida dependía del Comodoro. Solo se esperaba, pues, las ordenes. Enrique se puso a ver el paisaje por la ventana. Era una mañana radiante. Acababa de llegar a la oficina mucho más tarde que de costumbre. Había ido a comprar tablas de madera para construirse una biblioteca. Se miraba el mar quieto y apacible, el

muelle y, por el otro lado, los terrenos baldíos, los edificios mercantes, él de la Aduana y una hilera de almacenes. Y más allá el Estuario.

Se quedó así pensativo, y de repente, vio un destello de luz por una de las ventanas de la Aduana. Pensó que era el cansancio o tal vez el estrés y no le puso mente. Volvió a sentarse. Llegó Anabel y le presentó algunos documentos metidos en una carpeta de cuero que tenía que aprobar. “¿Los leíste?”-Le preguntó Enrique a Anabel. “¡Claro que sí! Todo está bien. Las cuentas cuadrarán” -contestó ella- con tono habitual. Enrique Humvol se puso a leerlos detenidamente y a revisarlos, rubro tras rubro, examinando en prioridad las grandes cantidades. Eran gastos ordinarios que después pasarían a contabilidad y a archivo. Firmó los documentos uno tras otro y cerró la carpeta.

De repente se oyó una alarma aguda que le perforó los tímpanos. Sobresaltó y recordó que era la sirena semanal del puerto y al ver el reloj en la

pared, tuvo un escalofrío que le heló hasta los huesos. Eran las nueve con cuarenta minutos. Doble H. debía de estar calle La Fama o a lo mejor, ya había salido o a lo mejor, lo habían detenido. En ese momento, como faltándolo el aire, se asomó nuevamente a la ventana. Y nuevamente un destello de luz lo deslumbró. Medio atontado, se alejó, fue a buscar su pipa y volvió a ver, como si nada, por la ventana, fumando con pipa. No había duda. Desde una de las vidrieras de las oficinas de Aduanas, una silueta lo estaba observando con un catalejo. Siguió fumando un largo rato y volvió a sentarse. Tuvo que controlarse de tan grande que era la confusión. En su mente, se mezclaban imágenes de Calle La fama, disparos de cámaras periodísticas, la sombra negra con una pistola en la mano, el Comodoro hundiéndose, los silbidos de los policías, el cabeceo de gigantes buques en la bahía de San Francisco y Doble H. herido y esposado, espiado por centelleantes catalejos parecidos a deslumbrantes espejos. Pensó que se estaba volviendo loco. Discretamente, se fue al

baño y se metió la cabeza en el lavamanos mojándose la testa a chorros. De inmediato, se sintió mejor. Esperó recobrar completamente el aliento y volvió a sentarse al escritorio como si nada. Sacando unas cuentas, entendió que lo que se había imaginado se estaba convirtiendo en realidad. No solamente lo espiaba la sombra negra sino el hombre del catalejo, es decir, el ejército dentro del ejército. Y empezó a garrapatear al margen de las cuentas. Pensó un momento, entre sí, que mejor nunca hubiera dejado la carpintería. Solo eso faltaba, que se me sume la maldición del marinero a la del carpintero, por culpa de esa protervia militar y perfidia gubernamental.

Al regresar a su domicilio, decidió Enrique Humvol ordenar su casa y empezar a construir la biblioteca. Harto estaba de ver tanto desorden en su cuarto de habitación que más bien parecía almacén. Por motivo de seguridad, habían cambiado la fecha de encuentro con Doble H. Llegaría mañana, a los ocho días y no siete días.

LVI

Doble H. se quedó en el café de enfrente tomándose un café negro hasta esperar la salida de Sombra negra. Se sentía nervioso pero no en demasía. Al fin salió Sombra negra que dobló a los pocos pasos por la calle esquinera. Doble H. esperó tres minutos por si acaso, y se fue hacia la puerta de entrada del edificio. Miró de reojo a ambos lados y subió las escaleras hasta el tercer

piso donde decía Sr. Álvarez. Introdujo la llave maestra sin dificultad alguna y penetró en la casa de Sombra negra.

Sin pensarlo se fue recto a la sala y empezó directamente a revisar las gavetas de las dos cómodas. Desplazó los objetos de la vitrina, libros, bisutería y otras figurillas. Abrió una cajita de madera y dos diminutos cofres sin encontrar nada concluyente y se fue en carrera al cuarto de dormir. Miró por debajo de la cama y del colchón, en las gavetas de la única cómoda y nada.

Abrió el armario y al fin se encontró con el inicio de algo: un uniforme militar con charreteras de tres rayas. Un oficial del ejército- dijo entre sí- y empezó a palpar los bolsillos del uniforme y a revisar los de las chaquetas, pantalones y camisas. En uno de los bolsillos de una chaqueta, encontró varias notas y papeles que desplegó y hojeó con precipitación y le llamó la atención una carta titulada Advertencia del Impresor y algunas notitas escritas a mano. Miró su reloj de mano. Ya te-

nía que irse. Eran las nueve y cuarenta. Pero en ese preciso momento, oyó como el ruido de una llave en el cerrojo. Esperó unos segundos. Alguien estaba caminando en la sala, se oían claramente los pasos. “Mierda -pensó en su fuero interno- estoy frito. Regresó la Sombra negra”. Y se escondió de inmediato en el armario detrás del uniforme. Se quedó paralizado y pensó en cómo salir de ese lío tremendo. Estaba atrapado y bien. De repente, la voz empezó a cantar y se sintió medio aliviado. Era una voz de mujer. Debía de ser la empleada doméstica. Escuchó atentamente su voz para intentar localizar en que pieza estaba. En el baño no. En el comedor tampoco. Estaba en la cocina. Pensó en una estratagema para distraerla pero no se le ocurrió nada. La única oportunidad era que estuviese ella en el baño, única pieza en tener una puerta. Gracias a Dios, era una señora maniática. Empezaba por echar cloro en todas las tuberías del piso de suerte que después de meter cloro en el lavamanos de la cocina, se fue al baño. Doble H aprovechó ese lapso de tiempo para salir

del armario del cuarto de dormir y desaparecer del piso a hurtadillas. Por prudencia, se había quitado los zapatos debido al entarimado de madera chirriante. Inclino el tirador de la puerta hacia abajo, levemente, y bajó con cautela las escaleras en calcetín. Todavía se oía el canto de la empleada doméstica. Una vez en el hall del edificio, tomó el tiempo de ponerse los zapatos y salió como si nada, sonriente y aliviado, seguro de tener ya algo concreto.

LVII

A los dos días, como previsto, Doble H. llegó a casa de Enrique Humvol. Enrique miró por la ventana y se fue a abrirle el portón.

-¡Hola!

-¡Hola!

-¿Qué tal estás? Te veo preocupado -le dijo Enrique.

- *Mira hombre. ¡Mala suerte!*

-*¿No pudiste?*

- *No. No pude. Mala racha. La sombra negra no salió de casa.*

-*¡Caramba! ¿Qué vamos a hacer?*

-*Esperar. No hay de otra. E indolente, le sacó de su cartapacio los documentos que tiró con dejadez en la mesa. ¡La jodimos a esa Sombra negra! Tengo algo para ti.*

-*¿Lo hiciste?*

-*Claro que sí. Luego te detallaré los pormenores. Todo salió perfecto.*

-*¿Qué susto me has dado, Doble H.? Ya me estaba imaginando que tendríamos que volver a empezar. ¿Un trago?- Le preguntó Enrique.*

-*¡La botella!, hombre. ¡La bo-te-lla! Repitió doble H.*

-La botella, por supuesto -contestó Enrique, muy animado.

- Te cuento – le dijo doble H- entusiasta y seguro de sí mismo. Ya avanzamos. La Sombra negra se llama Barrell y es capitán del ejército.

-Se confirma pues lo que habíamos pensado- dijo Enrique.

-¡Ah! Antes de que se me olvide, te devuelvo la llave maestra. Logré abrir la puerta sin ningún problema. Mira, hallé esos documentos en los bolsillos del capitán Barrell. Notas y una carta que me parece un tanto extraña. La leí pero no entendí absolutamente nada.

-Antes de examinar los documentos detenidamente, quisiera contarte algo doble H. Te lo juro que no es paranoia mía o loquera mía. Tú me conoces muy bien. Escucha lo que te voy a decir. Ahora estoy seguro de que hay dos bandos. Acabo de descubrir que el primero o el segundo me espían con catalejo en mi despacho de la Cinta azul des-

*de el edificio de Aduanas, que está justo enfrente.
¿Desde hace cuánto tiempo? No lo sé. Pero ya no
hay dudas posibles. Hay dos bandos. Tal vez esas
notas y cartas nos van a permitir entender de qué
bando es el capitán Barrell.*

*Brindaron de contentos pero el contento fue breve
cuando Doble H. leyó en voz alta el enigmático
documento titulado “Advertencia del Impresor”.*

*“Sé de mi oficio bastantes cosas como poner una letra tras otra sin equivocarme. Si a veces me
equivoco, la culpa puede tenerla la calidad del papel o las manos heladas que tiemblan o el ojo,*

Quevedos uso recordando a Pedro Calderón de la Barca,

Universidades me encargan trabajos, dibujos y cumplo siempre con la misma dedicación.

Irreverencias encuentro a menudo por tan sabias que son y me enorgullezco de reproducir obras del

Espiritu;

No quiere decir que todas sean escritos doctos porque ligeros los hay como las finas plumas de acero

En el papel, o plomo derretido en el molde que corren al ritmo de inspiraciones, improvisaciones

Sonidos, líras y musas. Incluso el soplo divino es delicado regocijo cuando el plomo no frena aires.

Respiraciones, respiros de la rima, pausas de estrofas, silbidos de letras en el paladar,

Encantan los oídos, incluso de los más reacios a las artes, llamadas bellas con razón, poesía, novela,

Sátiras, teatro.

Como suele decirse, el Impresor exprime la esencia de la flor expresando la belleza de las letras tal la

Anáfora del poeta o el ánfora del alfarero,

Tinta y barro

Aguas dulces y amargas

Ron

O

N

Aguanse los barcos como se aguan los sótanos, las cavernas y la cerveza

Escondidos en los arrecifes, los peñascos de donde salen cantos preciosos y hermosos;

Hércules

Columnas levantó en la búsqueda de esas voces

Acuáticas,

Blancas y cristalinas

Oropeles de montes o valles escondidos

Esteros y deltas dormidos

Sueños y somnolencias, soñolencias y ensueños;

La China es canto

Alteraciones de asonancias como el áspic en la lengua o debajo de la piedra

La princesa persigue por el cielo de Oriente

La libélula vaga de una vaga ilusión como un

A

V

E

*-¿Qué te parece Enrique? -le preguntó doble H-
¡Me-nu-da carta, no?*

*-¡uf!- Le contestó Enrique, rascándose la cabeza.
¿Qué lío es éste? La verdad es que no entiendo
nada. Parece un lenguaje codificado. Si me permi-
tes, la voy a volver a leer.*

*- O tal vez para empezar miremos las notitas,
quizá son más sencillas de entender. Esta, por
ejemplo, que dice: “Jefe. Estoy atando cabos.
Pronto caerá en nuestras redes E.H”.*

- ¡La gran puta! – se soltó Enrique. E.H. soy yo.

-No sé, Enrique -dijo Doble H, sirviéndose otro trago. No es más que el inicio. Pero al menos tenemos algo concreto.

-Tienes razón –contestó Enrique. Tenemos que reflexionar y no perdernos. Es de suponer que el capitán Barell les escribe notas a sus superiores para informarles de lo que pasa. Te imaginas, Barrrell es capitán del ejército, es decir oficial. Quiere decir que este asunto tiene que ver con la cúpula militar. Me temo lo peor.

-Estoy de acuerdo contigo. Pero relájate, te veo muy tenso. Tómame un trago. No hay que tomar las cosas tan a pecho. Tenemos estos papeles y de ellos vamos a sacar algo.

Enrique Humvol se sirvió doble trago y luego, fue a buscar su pipa. Pusieron las notitas en la mesa pero tampoco entendieron algo. Solamente eran notas breves, arrugadas, de unas cuantas palabras que se dirigían exclusivamente al “jefe”. El

papel provenía de un cuaderno cualquiera y todas las notas las escribía en negro la misma mano.

-Algo podría hacer yo -le dijo Doble H a Enrique. Pero claro que eso puede dilatar meses y meses. Sería volver a seguirlo para ver a quien entrega esas notitas y con quien se comunica, si se puede, claro.

-Demasiado peligroso -le contestó Enrique-. Y ese Barrell no es ningún neófito. Algún día se va a dar cuenta y te puede pasar algo. Esa gente no juega. Mejor ir despacio y con calma. Pero claro, si no hay de otra, sería encontrar una propuesta cercana a la tuya. Eso lo veremos más tarde.

Y Enrique empezó a leer la abstrusa carta en voz alta. No se sabe si fue por el cansancio, los nervios o los efectos del ron, pero Enrique Humvol tuvo esa frase poco ortodoxa: "¡No sabía yo que los militares eran poetas!" Los dos se pusieron a carcajear y ronearon nuevamente sus copas.

-Me imagino -dijo Doble H. que algo tiene que ver con el Comodoro y contigo por lo de China y tal vez con lo del Periódico por el impresor pero, por el resto -dijo Doble H con dificultad y sueño- te confieso que no entiendo nada.

- Para mí, te digo, es como una cortina de humo. Un disfraz literario, una sopa de letras que solo creo yo, Aristóteles estaría en condición de elucidar.

-Puede ser que tenga la razón -dijo Enrique-. Esperemos verlo y hablaremos con él. Seguro que encontrará algo, alguna pista, algo. Gracias por lo que has hecho, Doble H., te lo agradezco sinceramente. Pero ahora, tienes que volver más a menudo al lado de Rosita y de tus hijos, que bien podría Rosita comprometerlo todo, sin querer, averiguando cosas por su propia cuenta. Debe de hacerse preguntas sobre tus repetidas ausencias, me imagino.

-Lo sé, Enrique, lo sé. Entiendo tus preocupaciones. Pero así es la vida. No te preocupes. A Rosita no le gusta para nada meterse en líos. Ella me conoce perfectamente. Conoce mi forma de ser, cuales son mis inquietudes. Ella es de toda confianza.

-Bueno -dijo Enrique tranquilizado, sirviendo dos copas más de ron- te quedas esta noche en casa e iré yo solo a ver a Aristóteles los próximos días. Pero ahora, me vas a contar con detalle cómo hiciste para entrar en casa de Sombra negra.

LVIII

Llovía ese día cálido cuando Enrique Humvol caminaba por el barrio Enero Paz con destino a la librería El Universo. Tenía los papeles bien guardados en una carpeta de cuero usado y miraba cuidadosamente alrededor suyo por si acaso lo siguiera el capitán Barrel, quien también conocía la librería. Ahora se había acostumbrado a fijarse en la Sombra negra o en otra presencia sospechosa y

había aprendido él mismo unos trucos para perder momentáneamente a sus perseguidores. Aunque poco había estudiado, las horas libres como marinero le habían servido para leer libros de aventura entre ellos Don Quijote de la Mancha, uno de sus libros favoritos. Y de regreso a Al Estuario, la frecuentación de Aristóteles le había llevado a interesarse por las piezas de teatro cuando entran y salen los personajes de escenario y por toda la maquinaria escénica. Claramente y como mínimo, sabía el beneficio de entrar en tiendas o lugares con dos salidas o entradas. Y el Universal también rellenaba esos requisitos tras la caída del librero. Finalmente, Enrique Humvol había construido la separación entre la librería y la casa de Aristóteles y, de hecho, tenía la posibilidad de irse por la puerta del domicilio de Aristóteles.

Cuando llegó, éste estaba sentado en una butaca leyendo y acariciándose la barba. Solo había una persona en la librería. Aristóteles se encontraba mejor. Ya no tenía la pierna enyesada y los dolo-

res de cabeza se le habían ido. Los dos estuvieron platicando, como de costumbre, y Enrique Humvol le dio a entender con la mirada que esperaba la salida del cliente para hablar con él a solas. Iban a ser las doce y media, hora de cierre. Aristóteles se acercó tranquilamente al cliente que estaba hojeando libros de geografía y le dijo, amablemente, que era hora del almuerzo.

Los dos se fueron al comedor de Aristóteles y Enrique dispuso los documentos en la mesa explicándole todo lo ocurrido desde su último encuentro.

-Con todo lo que me estabas contando, se me está entrando hambre. ¿Quieres un bocado?

-No, no quiero molestarte, Aristóteles. Te molesto suficientemente con esos líos.

-No te preocupes, hermano, cada cosa se arregla en su debido momento. ¿Te apetece una tortilla con patatas?

-Con gusto, gracias.

Regresó Aristóteles a la mesa con la tortilla, pan, el chilero y dos cervezas.

-Ahora me siento listo para tener conocimiento de esa carta -dijo Aristóteles, después de tomarse un sorbo. Y empezó a leer el documento titulado "Advertencia del Impresor". Luego, dijo como pensativo y perdido en sus cavilaciones:

-El significado de la carta... no es tanto el fondo... sino la forma. El estilo de la carta se inspira en formas y recursos literarios... que son más aptos para confundir a la gente. Enrique estaba escuchando atentamente, sentado en la silla y picando trozos de tortilla.

-El lenguaje poético utiliza palabras con muchas acepciones y las combina con efectos estilísticos... rimas, sonidos, grafías o representaciones mentales e incluso, disposiciones peculiares de letras... que sea en forma horizontal o vertical... lecturas al revés o también codificaciones de letras. Y sonriendo, le dijo a Enrique:

-¿Nunca lo has hecho en clase entre amigos?

-Sabes, Aristóteles que la escuela nunca ha sido fortuna mía. Prefería la escuela del monte.

-Es una lástima, Enrique. Yo, al menos, mucho me divertí con esas maneras de escribir. Así cuando el maestro lograba interceptar una nota, no podía hacer más que regañarnos porque no entendía el contenido del mensaje. Incluso con mis primeras novias, me divertía recopilando versos de poetas célebres y los modificaba con estilo barroco para que los padres no se enteraran en caso de que encontraran la carta. Más seriamente -siguió Aristóteles- te puedo decir, de inmediato, que hay un acróstico.

-¿Un qué? -preguntó Enrique, atónito.

- Un acróstico, hombre. Fíjate en la primera letra de cada verso y te dará una frase... me imagino... muy coherente.

Leyó en voz alta Enrique como si estuviera en la escuela deletreando letra tras letra:

S--E Q—U—I—E--N--E--S R---E---S---C---A---
T--A---R---O---N A E---H
C---A---B---O E—S L--A LL—A—V--E

-Dios mío, dijo Enrique. E.H. soy yo. ¡Me temo que ese maldito naufragio me persiga toda la vida!

*-Ya al menos -se puso a sonreír Aristóteles enco-
giéndose de hombros- tenemos algo. Son gentes
muy hábiles. Te lo aseguro. La carta está muy
bien hecha. La primera etapa consistirá en desme-
nuzarla así como las notas que trajiste. Y eso me
va a llevar tiempo, créeme.*

*-¿Cuánto? -le preguntó Enrique a la vez preocu-
pado e impaciente.*

*-Después de lo que acabo de leer... de todo lo que
me has contado sobre el capitán Barrell por una
parte, y Aduanas por otra, entre otras cosas... y*

de lo que leo en la prensa sobre el Comodoro... de la visita sorpresiva y sorprendente del tal Martin Zuleta de El Periódico... diría yo... una semana o dos. Pero después, nos esperará lo más difícil. Habrá que hacerse muchas preguntas para no equivocarse y entender las cosas cabalmente. O dicho de otro modo: ¿En qué lío estás metido? o ¿En qué lío te han metido o te quieren meter? El resto, no es tu problema ni el mío tampoco. Yo olfateo que unos de ellos te quieren utilizar con un fin bien preciso que todavía nos escapa. Pero pienso que nosotros también ataremos cabos. Si no me equivoco, necesitan de ti y por consiguiente, van a cometer fallas, necesariamente multiplicarlas y nosotros esperaremos con perseverancia hasta descubrir la verdad. Paciencia... Paciencia...

LIX

Era de noche. Enrique volvía de la Cinta azul exhausto. Ya se había ido el último barco para La Habana. Se sentía más aliviado. Al fin estaría menos preocupado. Al recordar su vida pasada de marinero, nunca se hubiera imaginado que un simple trabajo en tierra firme en una compañía naviera cualquiera conllevara tantos lances. Pero, al mismo tiempo, lo divertía. Se sentía a gusto en

la Cinta azul y el oficio en sí no era tan pesado. Tenía su propio espacio y ya empezaba a acostumbrarse a la carga de misterio o de fantasía que comprendía cada viaje. Tal vez se debía a la impronta personal del Comodoro. Al llegar a casa, abrió el buzón y encontró una carta. Era de su amigo Genaro Alastre que le mandaba dos invitaciones para el próximo concierto en el Gran teatro. “Esta vez, cuento contigo. No me falles” decía la carta firmada por Genaro con el emblema de una gaita-flauta entrelazada con un violín-guitarra.

Por la tarde del día siguiente, Enrique Humvol se presentó a casa de los Daza. Lo recibió Rocío y lo llevó hasta el salón donde se encontraba Leo Daza. Al ver a su amigo Enrique, aquél dejó el periódico en la mesita y se levantó a saludarlo.

-¡Hola! Enrique, me alegra verte. ¡Siéntate!
¡Siéntate!

- *No le voy a molestar mucho tiempo, don Leo. Solo quería dejarle una carta a Orensia.*

- *Aquí está ella. No te preocupes, la voy a buscar en seguida. O mejor dicho anda a verla. Ella está en el patio disfrutando del atardecer.*

Orensia estaba de cuclillas cortando flores cuando se presentó Enrique. Llevaba un sombrero de paja rodeado de una cinta amarilla cuya extremidad deslizaba sobre sus hombros. Por encima de su vestido blanco de colores pastel, había puesto un delantal de jardinera. A sus pies estaba una cesta de mimbre en la que ponía las flores rojas y amarillas que acababa de cortar. Ella no había oído los pasos de Enrique en el césped. Enrique la quedó viendo un largo rato y empezó a toser para avisarle de su presencia.

-*¡No me asuste, padre, que estoy podando! y con tantas espinas...*

- *No se preocupe, Orensia, yo nunca dejaré que algo o alguien la hiera en mi presencia.*

Del susto, Orensia se cayó para atrás y se sintió con pena y avergonzada. Enrique la ayudó a levantarse y ambos quedaron frente a frente, los cuerpos enlazados. Se miraron a los ojos un largo pero intenso momento y de repente, ella lo soltó.

-¡Qué barbaridad! - A veces me porto como una niña. ¡Discúlpeme! Mire en qué estado ando, toda manchada de polvo y con un delantal tan grotesco. ¡Qué ridícula parezco, No?

Enrique se puso a sonreír y volvió a acercarse a ella, casi tocándole las manos.

-Aunque feota, usted es un encanto.

Orensia se puso a ruborizar como cuando llegó Enrique de sorpresa a su casa la última vez y nuevamente, tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlar sus sentimientos. Ella se quitó el delantal, recogió el sombrero y metió la podadera en la cesta de mimbre llena de flores.

-Vamos a casa- le dijo ella.

-Si me permite, le llevo la cesta de mimbre.

-No gracias. Lo hago yo misma.

-En este caso, acepte mi brazo y caminemos juntos hasta la casa. No quisiera que cayera otra vez.

Y Enrique le presentó su brazo arqueado para que ella lo agarrara y ella puso el suyo encima de él de Enrique, sin vacilación alguna, y pensó, entre sí, “¡Qué hombre más atento y galante!”.

Leo Daza observaba la escena desde la ventana con ojos de plato sin saber qué pensar al conocer muy bien el carácter de mula de su hija. Por primera vez, se imaginó él que la cosa iba en serio con Enrique. No se lo podía creer. Muy bien conocía a su hija y nunca la había visto dejarse coquetear tan fácil y naturalmente. Había tenido novios, claro pero no novios de ese calibre capaz de subyugarla, cautivarla, seducirla y encantarla de esa forma. Eso o mejor dicho, la naturalidad y la espontaneidad de su hija para con Enrique Hu-

mvol le llamó mucho la atención. Y apenas se conocían, pensó, en su fuero interno, Don Leo. El había notado algunos cambios en Orensia desde hacía poco, pero no era para tanto. Eran más bien lo que él interpretaba como cambios leves y sin importancia.

Al verlos a ellos en el jardín caminando juntos, eran como si fueran amantes. No había la menor duda: eran como amantes. Y Leo Daza estuvo tanto más azorado y turbado cuanto que percibió la lisura, mansedumbre y suavidad de la relación que existía entre ellos, como si se conociesen desde hacía años. Formaban una autentica pareja de enamorados que no necesitaban ocultarse de la mirada de los demás. Andaban libres de todo prejuicio. No había la menor duda: era como si asumesen ellos su estado de novios.

Fue cuando don Leo entendió que el inicio de esa relación de amor tenía algo que ver con la fiesta en la finca de Gabriel. Enrique no era Manrique. Dubitativo se puso y, de repente, los vio caminar

juntitos y sonrientes de alegría en el jardín, como si fuera día de boda. Se rascó los ojos y fue a acogerlos en el umbral de la puerta. Cada quien andaba por su lado.

Orensia fue a dejar la cesta en la cocina y no se había percatado que encima de ella, estaba un sobre. Lo abrió en seguida:

“Si le place, Orensia, me gustaría compartir una noche con usted en el Gran Teatro. El concierto tendrá lugar el día 8 a las siete y media. Yo pasaré a buscarla a su casa. E.H.”

LX

Con el paso de los años, El Valle se había transformado en una ciudad próspera gracias al cultivo del café. Los montes colindantes y traseros sólo los ocupaban para el cultivo del oro negro. Los rumores del tren ya no eran rumores. La línea El Valle-El Estuario estaba ya terminada. Solo faltaban los rieles, las locomotoras y los vagones. La estación estaba ya lista para acoger los sacos

de oro negro y los pasajeros con destino a la capital. El único problema era que, en la propia capital, no había ninguna estación. Pero una mañana, Enrique Humvol oyó desde su despacho de la Cinta azul una algarabía tremenda. Se asomó a la ventana y vio llegar varias cuadrillas de obreros con palas y barras. Desde ese día no pararon las obras durante meses hasta la llegada misma de los rieles.

En la Cinta azul, ese tumulto infernal obligaba a trabajar con las ventanas cerradas pese a los abanicos que funcionaban a toda velocidad. La atmósfera era sofocante, opresora y daba fuertes dolores de cabeza. Cada quien tenía al lado de su escritorio, un mínimo de un galón de agua para refrescarse a cada rato. Desde el inicio de las obras, las únicas palabras del Comodoro fueron: “queridos colegas, no hay mal que por bien no venga”. Luego todo el mundo en la Cinta azul entendió el porqué de las cosas. Lo que se tomaba como un mal necesario se explicaba por el sencillo

hecho de que La cinta Azul aseguraba el bien necesario, es decir, parte del transporte de rieles por barco hasta el Estuario.

Y efectivamente, vimos llegar a los pocos meses, cantidades infinitas de rieles que otras decenas de cuadrillas de obreros empezaron a armar. Y esta vez, el ruido fue aún más fuerte. Todo el santo día, martillazos en el hierro como si fueran martillazos en los tímpanos. ¡Un verdadero infierno! Pero como decía el Comodoro: “queridos colegas, no hay mal que por bien no venga”.

Y llegaron otras decenas de cuadrillas de obreros, carpinteros y albañiles en ese infierno de hierro y polvo. Esta vez para construir la estación. La estación del estuario pero no la de El Estuario. Esas obras gigantescas en las que estuvimos inmersos dilataron más de un año. ¡Un autentico martirio! Pero como decía el Comodoro: “queridos colegas...”

De la noche a la mañana, el estuario se había convertido en un inmenso circo abierto con un montón de carpas y tiendas de campaña cuyas linternas iluminaban de noche las orillas del mar, único momento del día en que descansaba el hor-miguero. Por la mañana, muy de mañana, llega-ban los vendedores ambulantes. ¡Café caliente! ¡Café caliente! ¡Ya viene el lechero! ¡Lechero, le-cherero! ¡Panes! ¡Panes calientitos! ¡Tortilla! ¡Tor-tilla! ¡Tortilla con queso! ¡Tortilla con queso! Los barracones encendían sus linternas y sus hornillos y empezaba a sentirse los olores a gallo pinto, fri-tanga, sopa de res, vaho y pescado frito. Y ya em-pezaban sin cesar los primeros golpes de picos y martillazos hasta el anochecer.

Desde las ventanas de la Cinta azul, estábamos presenciando las primicias de la era del ferroca-rril. Y cada quien en la Cinta azul presentía que la obras ferroviarias se les habían llevado la de-lantera a las obras portuarias que tendrían que esperar el paso del tren.

LXI

El arranque imprevisto y fulminante de las obras en el estuario obligó a Enrique a comprarse botas. El estuario se había convertido en un pueblo lodoso en el que había que saber dónde uno pone los pies. En la Cinta azul, las obras habían pasado a ser el único tema de conversación y bastaba asomarse a la ventana para ver el espectáculo en vivo. Durante las pausas y el almuerzo, ni era ne-

cesario ir hasta el centro para comer. Ahí mismo, se encontraba de todo y barato.

Ludivina, de por sí tímida, torpe y un tanto ingenua, había sucumbido a los requiebros de un carpintero que, a diario, iba a almorzar en el mismo lugar que ella. Había confiado sus secretos a Catarina que fue la única en seguir yendo al centro. Anabel por su parte, consideraba los inicios de las obras como un vasto caos momentáneo y ni se inmutó ante las transformaciones ocurridas. Esperaba el fin de las obras para volver a encontrar tranquilidad.

Al Comodoro le gustaba esa bulla que le cambiaba de la rutina. Y para el negocio era excelente: tres barcos mensuales llegaban al estuario para descargar toneladas de rieles, pernos, tornillos, clavos herramientas etc. etc. Y frente a las nuevas necesidades, había contratado a más esquiladores mientras durasen las obras. Sus dos únicas preocupaciones eran la incompetencia de la Portuaria, “los Ineptos”, decía él, contra quienes recriminaba

cada día por su incompetencia. “Nada se ha previsto para la ampliación del estuario. Son unos cuantos estúpidos -decía él- y la verdad era que incluso se había parado la edificación de los diques. Otro de sus temas era la llegada de las locomotoras y vagones. El Comodoro por haber viajado a Estados Unidos y a Europa conocía el tamaño descomunal de esas bestias de acero. Había mandado varios mensajes a sus amigos para encontrar la forma de descargar las bestias de los barcos que no eran simples toros. Estaba esperando las respuestas con avidez. Varias veces a la semana, el Comodoro salía con Enrique a ver los avances en la construcción de la estación marítima. Ambos se ponían a discutir con los carpinteros y capataces y cuando estaban, los ingenieros y arquitectos. Las obras iban bien y se había previsto, según los ingenieros, las medidas adecuadas contra los deslizamientos de terreno y los posibles maremotos. Claro está que tenían que reanudarse en cuanto antes las obras de edificación de los diques. Pero eso no era problema de ellos sino de La

Portuaria. En eso, todo el mundo estaba de acuerdo incluso los “Ineptos” que también llegaban de vez en cuando a inspeccionar las construcciones y dar sus sabios consejos sin que nadie les reprochara nada. Cada quien tenía sus reservas y competencias. Algún día, se volvería a reanudar lo de los diques. ¿Cuándo? Nadie sabía. Eran de esos misterios impenetrables del estuario.

En uno de esos encuentros semanales en el hormiguero, en presencia de Enrique, el Comodoro había notado la eficiencia de un joven carpintero que también ejercía de albañil y sabía de embaldosar pisos y alicatar muros. Pero lo que más le llamó la atención fue que ese joven ordenaba y limpiaba todas sus herramientas antes de dejar el trabajo, cuando los demás no lo hacían. Le preguntó a Enrique lo que pensaba de ese hombre. Enrique le dio su punto de vista de antiguo carpintero, contestándole que, realmente, hacía muy buen trabajo. Pero conociendo al Comodoro, sabía que había gato encerrado y que el Comodoro tenía

alguna idea en el coco. Siguieron yendo a la futura estación marítima que ya tenía muros y maderamen. Solo le faltaba el techo. En el camino de regreso a la cinta azul, el Comodoro invitó a Enrique a su despacho. Enrique presintió que era algo importante. Solo los dos estaban presentes. Enrique se sentó a su derecha como siempre.

-Mira, Enrique -le dijo el Comodoro-. El estuario está cambiando y pronto llegará el ferrocarril. Es tiempo de desplegar el foque.

Enrique no entendía absolutamente nada y solamente se le salió una interjección:

-¡Claro!

- Así es Enrique. Hay que tener las cosas claras y ser clarividente. Dejemos de rodeos. ¡Al grano! Tengo planeado ampliar la Cinta azul y abrir dos almacenes más. Pero eso no es todo. La estación se va a quedar en el puerto y no creo que haya estación en la ciudad. Así que también voy a abrir un restaurante.

Enrique no sabía que decir y repitió lo mismo pero con entonación más enérgica:

-¡Claro!

-¡Claro! Enrique. Vamos a ampliar la Cinta azul.

-La vamos a ampliar, Comodoro -le contestó Enrique.

-Por eso, necesito contratar a ese joven carpintero para que me haga las obras y, después, le encontraremos un puesto en la Cinta azul. Veo que ese joven tiene talento y talente.

- ¡Buena idea! -le dijo Enrique, comparto su punto de vista. Y ¿Cuándo empezamos?

-¿Qué te parece? ¿Antes o después de la construcción de los rieles y de la estación? Todavía no sé. Soy indeciso. Por eso quería hablar contigo.

-Yo pienso que antes. Mejor empezar ya. ¿Para qué esperar? Aprovechemos la presencia de los

obreros y de las empresas de construcción. Aquí están en el estuario.

-Tienes razón. Mañana mismo hablamos con el joven y lo contratamos si él quiere, por supuesto.

Al día siguiente, el joven carpintero acababa de firmar un contrato prometedor en el despacho de Enrique que quintuplicaba su salario. Diego Álvarez salió de la Cinta azul como noqueado y le preguntó a Enrique si podía dejar sus herramientas en las oficinas. Empezaba en la Cinta azul dentro de dos días.

-¡Por supuesto! -Le dijo Enrique, sin ningún problema.

Efectivamente, todas sus herramientas las mantenían tan limpias como nuevas.

LXII

Enrique Humvol llegó a EL Universo más relajado que de costumbre. De cierta forma, las obras en el puerto hicieron que la vigilancia disminuyera. El capitán Barell no podía adentrarse con tanta facilidad en el estuario. Su presencia hubiera sido sospechosa. En cuanto a los de Aduanas, también habían dejado el catalejo por temor a que se descubriera el acecho.

Eran las doce y media cuando entró Enrique. La puerta de la librería no estaba cerrada con llave. Aristóteles lo esperaba en la sala tomando café. Enrique se sentó a la par de él y Aristóteles le sirvió una taza. Enrique le agregó dos cucharadas de azúcar en polvo. Aristóteles se levantó a cerrar la puerta con llave y volvió a sentarse.

-Yo me di cuenta que ya, al fin, empezaron las obras en el estuario. ¡Menudo trajín, me imagino!

-Hablemos de otra cosa, por favor, Aristóteles. ¡Qué estoy que no aguanto! Todo el día, martillazos y golpes de picos. ¡Un auténtico martirio! Me siento agotado.

- Bueno, como te lo había prometido, me enfrasqué en el descifrar de la carta y de las notitas. Las noticias son bastante buenas. Me explico: Tú, E.H, Enrique Humvol, estás metido de lleno en un lío que te supera por su magnitud. De eso volveremos a hablar. El acróstico es de lo más sencillo. Lo podemos analizar y comentar en dos

partes: “yo sé quienes rescataron a E.H” Y “cabo es la llave”.

La parte más interesante es sin lugar a dudas la segunda. No te voy a aburrir con definiciones sino que voy a resumir las cosas. Un “cabo” tiene múltiples acepciones. Puede ser el extremo o parte en que termina algo, extremo de la pata o la parte pequeña que queda por consumir de una vela, el mango de una herramienta o el lado de un lugar por ejemplo. También puede tener una acepción geográfica siendo un cabo, el saliente de la costa que penetra en el mar. Igualmente puede tener un sentido castrense, un individuo de la clase de tropa superior al soldado que puede ser “cabo primero” u oficial siendo “segundo cabo” en un sentido más antiguo. De igual manera, puede designar una profesión como capataz en algunos trabajos del campo. De la misma manera puede ser sinónimo de aniversario más bien de defunción.

Enrique empezó a bostezar. Se sirvió otra taza de café. Esta vez sin azúcar.

-Yo sé, Enrique, que empiezo a aburrirte pero eran necesarios dichos desvíos y recovecos del espíritu para llegar al meollo del asunto. Esos martillazos no te van a perforar los tímpanos de ninguna manera, muy al contrario, te van a abrir la mente. Y Aristóteles empezó a hablar razonando y a razonar hablando, como si estuviera impartiendo cátedra. Prosiguió:

-En lenguaje marinerico, un cabo es una cuerda. Pero la cuerda no es la cuerda de un barco o la cuerda que maneja a diario el marinerico sino la cuerda: un grupo de persona e ideas afines, lo que da por sustitución: “Un grupo de personas e ideas afines es la llave”. Pero la “llave” no es el instrumento para abrir el cerrojo de la puerta que por igual se escribe “clave” que también puede ser clave de un enigma sino por aproximación fonética: “Yavé”, es decir Dios. Lo que da: “cabo es Yavé” o “cabo es Dios”. Fácilmente, la gente estrecha de mente y corta de espíritu, podría imaginarse que se trata de una secta o de una disidencia o hetero-

doxia religiosa asimilando “cabo” con “grupo de personas afines” y “Yavé con Dios” lo que daría: “Un grupo de personas e ideas afines son Yavé”. Pero esas personas estarían en el error, en la mera confusión mental. Pues “yavé” no es Dios sino el seudónimo de una persona o de un grupo, lo que da: “Los amigos de Yavé”.

En ese momento preciso, Enrique Humvol estuvo a punto de abrazar a su viejo amigo y exclamó como maravillado:

-¡La cuerda de Yavé!

ℒXIII

Enrique Humvol no podía creérselo. Aristóteles había logrado descifrar parte del enigma de la carta. “La cuerda de Yavé” repitió, con sigilo, Aristóteles. Y le explicó a Enrique que no era más que una sencilla metáfora, siendo la cuerda el hilo que torcido con otros, forma otro hilo, más grueso o sea, una cuerda de hilos o una cuerda de amigos.

-Pues -dijo Enrique- Todo eso corrobora mi tesis según la cual hay un grupo de militares dentro de los militares. Es decir que ese grupo se llama o se nombra a sí mismo: “la cuerda de Yavé”

-Así es, le dijo Aristóteles. Pero ahora, agregó con énfasis, vamos a interesarnos por el fondo de la carta que utiliza una forma poética propicia a la codificación del lenguaje. Siendo el Impresor la pluma o la reproducción de la pluma, es él y solamente él, él que “expone la esencia de la flor expresando la belleza de las letras”. Es decir que la tinta es el mar y la tinta es la mar. Y esa mar no es cualquier mar. Es una mar que se encuentra en China y que a semejanzas del Mediterráneo, tiene sus Hércules que dan suerte o mala suerte, que protegen o destruyen. La mar en sus inmensidades es testigo de la cólera de los dioses y también de los mortales, de ahí la “advertencia del impresor”.

-Por supuesto -dijo Enrique, como atontado.

-¿Sigo? ¿Está claro?

- Lo suficiente creo yo para tener una idea aproximada de las cosas— contestó Enrique.

- Pero más allá de esa primera lectura -prosiguió Aristóteles- se encuentra lo hundido en “aguas dulces y amargas”, lo “escondido” en “sótanos y cavernas”, en los “arrecifes, los peñascos de donde salen cantos preciosos y hermosos”. ¡Ojo! Enrique, ahí se encuentra la fuente de tu desgracia. Marcó una pausa Aristóteles.

-Esos “cantos”, amigo Enrique, no son voces de marineros o de sirenas o de Dioses sino piedras, piedras preciosas tan preciosas como la anáfora del poeta o el ánfora del alfarero. Los cantos preciosos y hermosos son preciosas y hermosas piedras al igual que la china es piedra. Dicho de otro modo, en Advertencia del Impresor, “china” es, a la vez, la materia preciosa y el lugar donde se hundió el Comodoro y del que eres el único sobreviviente.

Calló Aristóteles y hubo como un silencio diáfano y, luego añadió, con una lógica implacable:

-De ahí, el interés de ellos por ti. Porque a mi modo de ver, no saben dónde se hundió con precisión El Comodoro. Y piensan que solamente tú lo sabes. En el fondo de la mar de China y del buque, están unas cajas de piedras preciosas. ¿Diamantes, oro, plata? ¿Quién sabe? El porvenir lo dirá. Y precisó con una afirmación tajante, líronda y meridional:

-Ya no hay ninguna duda, el capitán Barrel es de la Cuerda de Yavé. Su misión: recuperarte a cualquier precio para saber dónde está el cargamento hundido. Por ello, aparece en una notita "Cabo estoy atando cabos, pronto caerá en nuestra redés EH". "Cabo", estimado Enrique es esta vez y, sencillamente, el "jefe" o "responsable" de un grupo de personas. El capitán Barell se dirige al cabo de la Cuerda de Yavé. ¿Sencillo? ¿Mondo? ¿No?

*Enrique se sentía un poco perdido y deslumbrado
ante tantas luces pero fascinado por lo que oía.*

UDI-DEGT-UNAH

LXIV

Aristóteles prosiguió con tranquilidad su cátedra de desciframiento de la carta y de las notitas ante el asombro cada vez mayor de Enrique.

-Y la segunda notita “El cabo suelto todavía no es cabo” significa llanamente que tú, Enrique Humvol, eres “el cabo suelto”, el punto o aspecto parcial sin conectar con los demás, con el “cabo” es decir una parte del todo o un dato disperso que

combinado con otro u otros, contribuye a formar una idea de un asunto. Ya tenemos la respuesta – dijo perentorio Aristóteles, el librero, como si hablara de Metafísica o de Poética el propio Aristóteles. Necesitan de ti para encontrar el cargamento hundido de El Comodoro. Sin ti, el cabo y la cuerda no existen. Solo tú, Enrique Humvol, eres su razón de ser. Cuando tengan lo que quieran, se deshará la Cuerda y volverán a ser uno, el Ejército.

Enrique se quedó con los ojos desorbitados y se puso a reflexionar, cavilar y recapacitar. Después de unos minutos, dijo:

-Mejor hubiera nacido en otro lugar o me hubiera quedado con la carpintería. Otra vez la maldición que me persigue. Mejor estar encima del techo de una casa como sencillo mortal que encima del techo del mundo como un Dios.

-No te pongas fatalista -le dijo Aristóteles. Los Dioses de mármol tienen pies de barro. Caen los

Dioses al igual que los Imperios. Así va del cielo como de la tierra y de los mares.

- Entonces, Héctor Hipólito tenía la razón -dijo Enrique- Doble H. tenía toda la razón. El cargamento hundido de El Comodoro son piedras preciosas robadas a China. No solo los Imperios descuartizan a China sino que además, le roban chinas preciosas.

-Parece que así es la triste realidad -le contestó Aristóteles. Vivimos en un mundo cruel y sin piedad.

-Ya avanzamos bastante gracias a ti, Aristóteles, y te lo agradezco muchísimo.

-No he terminado Enrique. Falta la primera parte del acróstico: "yo sé quiénes rescataron a E.H." Sé que estás fatigado y lo entiendo. Solo te pido un minuto más de atención. Son cosas que aparentemente van más allá del entendimiento pero no es nada del otro mundo. Esa primera parte es sencillamente una pantalla, una mampara, una

cortina de humo, puro artificio o si prefieres, polvo de Celestina. Sirve para engañar o confundir al otro bando, a los oficiales, a la cúpula, por si acaso agarrara el mensaje codificado, la advertencia del Impresor. Dicho de otro modo, hacerles creer a ellos que no fue la “Cuerda de Yavé” la que rescató a E.H., siendo ellos quienes en realidad lo hicieron. Ya ves, como te decía, nada del otro mundo. Nada que un mortal no pueda entender.

Enrique esbozó una sonrisa.

-Ahora solo hay que esperar -le aconsejó Aristóteles. Puede ser que la Cuerda entre en contacto contigo que es de esperar. En cuanto a los de Aduana, es decir, a mi modo de ver, la cúpula, el gobierno, van a seguir con las apariencias, disfrazándose de corderos aunque ahora con las revelaciones de El Periódico, puede ser que la bomba de relojería explote y que tengamos algunos elementos más. Paciencia. Paciencia...

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

Índice

| | |
|------------------------|---------------|
| <i>Los vecinos</i> | <i>p.17</i> |
| <i>Tío Gabriel</i> | <i>p. 71</i> |
| <i>Los Daza</i> | <i>p.123</i> |
| <i>La cinta azul</i> | <i>p. 243</i> |
| <i>La sombra negra</i> | <i>p. 343</i> |

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH

UDI-DEGT-UNAH